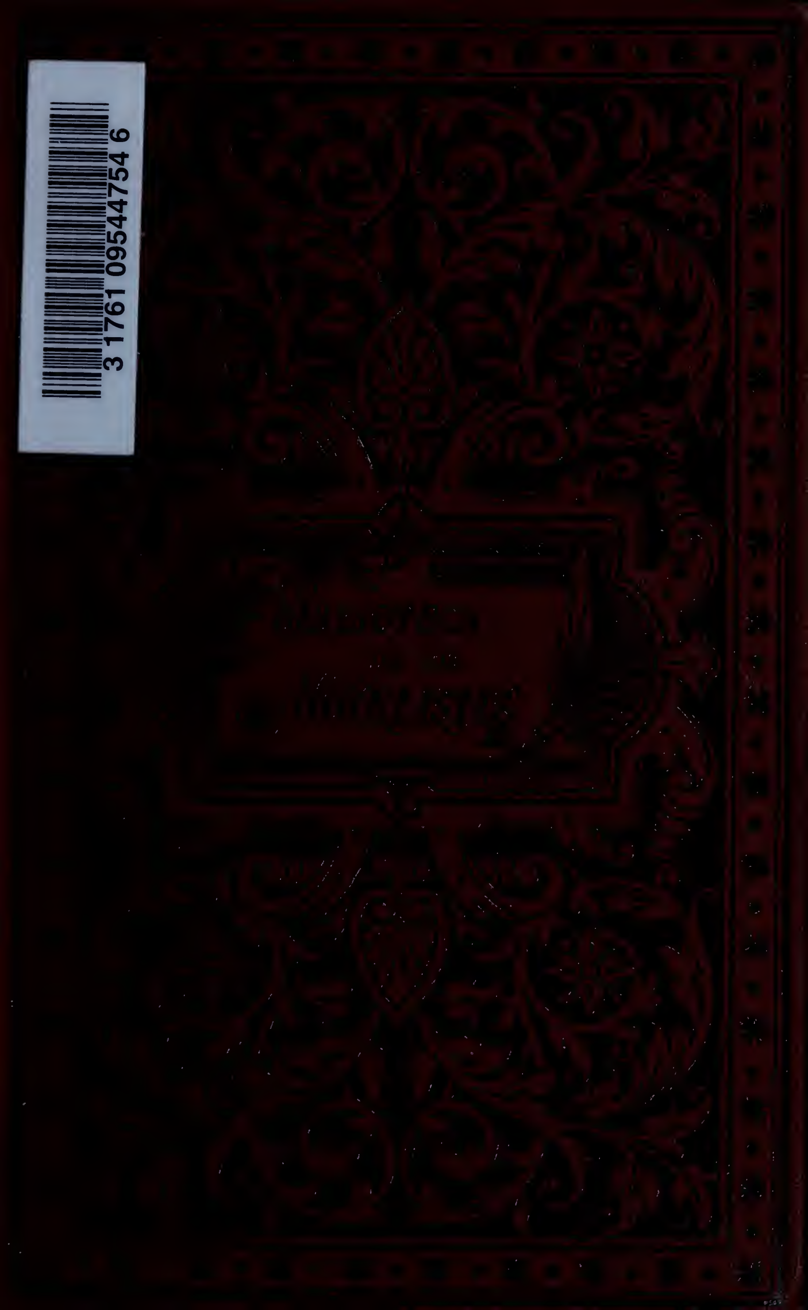

3 1761 09544754 6

EL

REY DE ANDALUCIA

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

CRONICAS ROMANCESCAS DE ESPAÑA

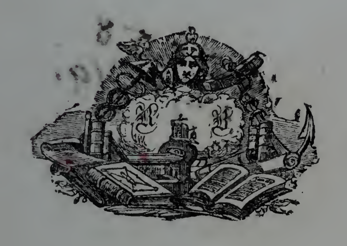
EL

REY DE ANDALUCIA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO SEGUNDO



PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1868

CAPITULO PRIMERO

DE COMO JOSÉ MARÍA ERA UN HOMBRE QUE VALIA LO MENOS POR TRES FIERAS

I

Entró en el cortijo tan tranquilo como si nada hubiera hecho.

Isabel estaba á la puerta y desde que le vió se puso pálida.

Las andaluzas tienen el corazon de fuego, no necesitan para enamorarse mas que de un momento, y se enamoran con uno de esos amores que no se conocen mas que sobre aquella tierra de la poesía y del calor.

José María se habia apoderado de su sér entero.

Su amor podia crecer, pero no podia ya dejar de ser.

La palidez, pues, de Isabel, era la palidez del amor.

Y acaso, y sin acaso, la pobre niña no comprendia lo que pasaba en su alma.

Inútil es decir que José María era su primer amor.

Las andaluzas no aman mas que una vez y su amor es su vida.

II

— ¿Y mi abuelo, señor José María? dijo tranquilamente la muchacha, porque habia visto ir en tan buena armonía al viejo y al bandido que no temia nada.

— Lo he enviado con un encargo á Fuente la Lancha.

La niña miró con estrañeza á José María, pero no se atrevió á preguntar.

— Le he enviado por unos papeles que urgen, dijo José María.

Cuando se habla de papeles á una chica en Andalucía, generalmente estos papeles son los que se necesitan para casarse.

Isabel se puso vivamente encendida.

Cármen se habia acercado.

— Me alegro de que hayas venido, morena, dijo José María, porque así me escuso de llamarte.

— ¿ Y para qué tiene usted que llamarme á mí? dijo Cármen.

— Para decirte cuatro cosas de parte de Juancho, el del ventorrillo.

Se puso escesivamente roja y pálida la muchacha.

— Él queria venir, dijo José María, pero yo no lo he consentido porque esto hubiera sido un compromiso.

— Ay, sí señor, dijo la muchacha, porque Juancho y mi abuelo y mi padre y mis tios están enemistados, y si Juancho viniese seria cosa de que se mataran.

— Por lo mismo es menester que tú vayas á ver á Juancho.

— ¡ Yo !

— Sí, hija mia, sí, el pobre está desesperado.

— Mas desesperada estoy yo: pero esto no es cosa de que yo vaya á verle.

— Si tú no vas él vendrá y tú tendrás la culpa de lo que suceda.

— ¡Ay no, Dios mio! ¡que va á suceder una perdicion.

— Pues vente con tu hermana y conmigo.

— ¿Y á dónde tengo que ir yo? dijo Isabel.

— A donde yo vaya.

— ¡Pues no faltaba mas! dijo Isabel.

Cármen no decia ni sí ni no.

Estaba profundamente pensativa.

— Yo tengo que hacer un viaje, dijo José María y tal vez no pueda volver nunca por aquí.

Y miraba de una manera fija y penetrante á Isabel.

Esta se aturdia mas de momento en momento.

A lo simpático que era José María se unia la influencia de su celebridad.

— Si os venís conmigo, mañana estaremos casados, tú con Juancho, Cármen, y tú conmigo, Isabel.

— ¡No, no! dijeron las dos jóvenes á un tiempo.

— Nosotras no nos vamos, dijo Cármen.

—Nosotras no dejamos á nuestros padres, añadió Isabel.

—Entonces yo me voy á buscar á esos tres buenos mozos.

—¿Y para qué? esclamó asustada Isabel.

—Porque yo he prometido á Juancho llevarle tu hermana, y si tu hermana no me sigue de buen grado tendré yo que verme la cara con su padre y sus tios.

Y se entró y se dirigió á un rincon donde tenia la escopeta.

III

Las dos jóvenes se abalanzaron á él.

—¡No por Dios! dijeron.

—¿Sabeis que lo que manda José María lo ha mandado el rey? dijo el bandido.

Y aunque no centelleaban sus ojos, aunque su voz no era amenazadora, las dos jóvenes temblaron.

Habia algo en José María que imponia terror cuando mandaba.

Junto esto con que Juancho era una tentacion

para Cármen, y José María un resbaladero para Isabel, y que ambas, hijas y nietas de bandido, eran hembras bravas y decididas, se entró en el terreno de las transacciones.

—De modo, dijo Cármen, que si usted se casa con esta y Juancho conmigo, y luego nos llevan ustedes donde no puedan cogernos, será otra cosa.

— Pues por supuesto, mujer, dijo José María; ¿qué quieres tú que hagamos Juancho y yo sino casarnos con vosotras si estamos enamorados como dos palomos de vosotras y sin vosotras no podemos vivir? ¿para qué le he dicho yo al abuelo que vaya por unos papeles á Fuente la Lancha sino para quitarle de aquí y aprovecharme de que están en la labor los otros? Pero lo que se ha de hacer, hacerlo y á no perder tiempo, que puede sospechar el abuelo y volverse, ó puede venir cualquiera de los otros.

—¿Qué dices tú, Cármen? preguntó Isabel.

— ¿Y qué quieres que te diga, Sabela? respondió Cármen.

— Tú eres la mayor.

—Pues yo digo que si juran que se casarán con nosotras cuanto mas antes, que sí; porque

mira que esto no se puede resistir, y que si un dia se nos echa encima la justicia...

— ¡ Oh ! ¡ cómo ! dijo José María.

— Sí señor, contestó bajando la cabeza Cármen; algunas veces ha parado aquí alguno de los alrededores que andaba detrás de esta y detrás de mí, ha pasado la noche y no ha parecido.

— ¡ Ah ! ¿ y esos hombres traian dinero ?

— ¡ Sí ! contestó Cármen bajando los ojos; porque dice mi abuelo que si no le presentan el dote que nos habian de dar...

— ¿ Y no ha venido nunca la justicia?...

— No señor; porque tres que han sido se los han llevado al monte al camino de Fuente la Lancha, y los dejaron en un sitio muy malo.

— ¡ Ah ! ¿ con que aquí se han hecho los tres asesinatos de que se nos ha echado á nosotros la culpa sin comerlo ni beberlo ? ¡ bueno ! ¡ bien ! ¿ y sabeis que si siguen haciendo eso y la justicia se entera, os prenden por cómplices y os encierran, y sabe Dios si os ahorcarian ?

— ¡ Dios mio ! esclamó Isabel.

— No diga usted eso, contestó estremecida Cármen.

— ¡ Ah ! dijo José María; con que vosotras

erais dos pedazos de queso puestos aquí para atraer á los ratones.

—Sí señor.

—¿Y ha roido algun raton el queso?

—¡Jesus! ¡qué habian de roer, dijo Cármen, si á nosotras no nos veian el pelo!

—Pues andando, y no hay que perder tiempo: no desconfies: mañana estaremos tan unidos que no volveremos á separarnos mas.

IV

Vacilaron aun algun tiempo las muchachas; pero cedieron al fin á las razones de José María, y sobre todo al miedo que supo causarles este acerca del peligro en que se encontraban de caer en manos de la justicia si continuaban su abuelo y sus padres comiendo ratones.

De tal manera se habian cometido y cubierto aquellos crímenes que nadie habia sospechado de los cortijeros de los madroñales.

Se habian atribuido estos asesinatos á José María y á los suyos, tanto mas cuanto siempre habian quedado sobre los cadáveres pequeñas

cruces hechas con dos fragmentos de rama atados con un esparto.

Esta señal solia ponerse sobre los que mataba José María.

Era, por decirlo así, su divisa.

V

José María habia procurado averiguar quiénes eran los que cometian aquellas falsificaciones.

Pero no habia podido dar con ellos.

Irritóse de una manera terrible al saberlo por un medio tan estraño, y se le pusieron, como suelen decir los de la tierra baja, negras las entrañas.

—Dime tú, Cármen, dijo José María; ¿dónde tiene enterradas sus onzas, que deben ser muchas, tu abuelo?

—Eso no lo sabe nadie mas que mi tio Colás, contestó la muchacha: dicen que las tiene enterradas.

—Pues donde tenia lo uno, dijo José María como hablando consigo mismo, debe tener las otras.

— ¿Y qué es lo uno? dijo Isabel.

— El secreto de otro asesinato, contestó José María: pero vamos andando, hijas, vamos andando, si no quereis que yo os lleve á la fuerza.

— No, no, á la fuerza no, dijo Cármen, porque para eso tendria usted que matar á nuestros padres: bien que nos vayamos, porque yo quiero á Juancho y á mí me parece que Sabela le quiere á usted; pero no estaría bien que á nuestros padres les causáramos una desgracia.

—¿Vosotras sabreis teneros á caballo? dijo José María.

— ¡Vaya si sabemos! dijo Cármen que era la mas viva; ya verá usted.

En cuanto á Isabel estaba profundamente pensativa.

VI

José María entró en la cuadra.

Habia á mas del suyo un caballo, y ademas una mula, un asno y seis grandes bueyes.

José María enalbardó el caballo y la mula.

Luego echó yescas, y metió la yesca encendida en una pelota de paja y la agitó hasta que la paja ardió.

Entonces arrojó la paja encendida en un monton de heno seco, y soltó al asno y á los seis bueyes.

— Pobres animales, dijo ; ellos no tienen culpa ; que escapen.

Y salió llevando su caballo de la mano y arreatados el otro caballo y la mula.

VII

Se habia levantado instantáneamente un humo denso, y como el aire corria hácia la parte interior de la casa, muy pronto el humo la invadió.

— ¡ Oh ! ¿ qué es esto ? esclamó Isabel ; ¡ se ha pegado fuego !

— Tonta, esclamó de una manera siniestra José María : vuestros padres acudirán antes a apagar el fuego que á seguiros, y así me escusaré yo de tener que matarlos.

Era tan lúgubre el acento de José María que las dos jóvenes se aterraron.

O mas bien quien se aterró fue Cármen, porque Isabel si se puso pálida fue de cólera.

—Tú haces lo que quieres, dijo á José María; pero tú no me conoces á mí... aunque soy una muchacha valgo tanto como tú, ¿lo oyes? y si me voy contigo... ¿á qué es andar con empachos? es porque te quiero: y si no me quejo de lo que haces es porque á mi familia le está muy bien merecido: pero no me engañes, José María, no me engañes, y si me engañas guárdate: ahora vámonos, y vámonos cuanto antes, que no tardarán en acudir.

Y saltó sobre la mula.

Cármen saltó sobre el caballo.

José María montó.

Diez minutos despues estaban marchando por unas asperezas erizadas de carrascos y monte abajo.

VIII

Al llegar á una rambla José María silbó de una manera poderosa.

Sabia que aunque él no lo mandase siempre á

alguna distancia estarian algunos bandidos á tiro como quien dice de silbido.

Apenas acababa de resonar el que habia soltado José María cuando contestó otro.

Sonaron poco despues pisadas de caballos por las revueltas de una escarpadura y apareció Veneno con otros tres.

—A ver como os llevais á esas mozas y las poneis en lugar seguro y las respetais como cosa mia.

—Descuide usted, dijo Veneno, que las trataremos con mas cuidado que á las niñas de nuestros ojos.

—¿Y á dónde vas tú? gritó con acento firme y terrible Isabel.

José María no contestó.

Revolvió su caballo y se lanzó al galope por la rambla abajo.

Isabel quiso seguirle.

—Perdone usted, reina, la dijo Veneno cruzándose con su caballo delante de la mula de Isabel: el capitan va muy bien solo y él sabe lo que se hace.

—¡Sí, los va á matar, ó ellos le van á matar á él!

—¿Y á mí que me cuenta usted, señora? dijo Veneno: si el capitan va á matar á alguno razones tendrá, y yo para no darle motivo á que me mate me las llevo á ustedes, niñas: con que picando, ó arremeto yo á usted y la pongo sobre mi caballo y me la llevo, y otro arremete con la otra señorita y vamos andando.

Fue necesario hacer lo que Veneno habia dicho, porque ninguna de las dos queria menos que volver al cortijo.

Quedaron abandonados en la rambla paciendo muy á su gusto el caballo y la mula del cortijo, y Veneno y uno llamado el Pardo se llevaron sobre sus caballos y al trote á las dos hermanas.

IX

José María dió muy pronto vista al cortijo.

Los tres hermanos, á pesar de que el incendio era terrible, le abandonaron para ir en seguimiento de José María.

Este, cuando los vió adelantar corriendo con las escopetas al hombro, no habia salido aun de la espesura.

Antes de que aquellas tres furias se apercibiesen de él, José María echó pie á tierra, desvió su caballo y tomó posicion entre la arboleda.

Colás venia delante corriendo.

José María se tiró la escopeta á la cara y disparó.

Colás dió un salto y cayó para no levantarse mas.

La bala de José María le habia entrado por entre las cejas.

La distancia sin embargo era todavía formidable.

José María era un tirador terrible.

X

Al ver esto los otros dos se detuvieron y miraron terribles, coléricos, al lugar de donde habia salido el tiro, ó mas bien en la direccion en que habia venido.

Pero solo vieron un poco de humo que se elevaba.

José María habia cambiado de posicion.

Se habia corrido por entre los árboles quince pasos mas allá.

Los dos hermanos apuntaron y tiraron á su sombrero que se veia salir sobre un matorral.

Los dos tiros traspasaron el sombreron.

— ¡Ah! esclamaron con una especie de rugido los dos hermanos.

Era un rugido de feroz alegría.

Creyeron que habian matado al bandido.

De improviso una bala rompió la escopeta de Francisco que se encontró desarmado.

Diego se puso á cargar apresuradamente su escopeta.

— ¡Ah! esclamó; ó no está solo, ó hemos herido á otro, ó no era mas que su sombrero.

Esta era la verdad.

José María habia puesto su sombrero sobre un matorral y se habia retirado algunos pasos entre una espesura, desde la cual veia perfectamente á los dos hermanos.

XI

Antes de que hubiera podido acabar de cargar su escopeta, José María se habia echado encima.

Habia arrancado á Diego la escopeta y la habia roto contra una piedra.

La ventaja de las armas estaba de parte de José María.

Tenia su escopeta cargada y á la cintura cuatro pistoletes.

Diego y Curro no tenian mas que sus cuchillos de monte.

—¡Ah! ¡ah! dijo José María; ¿con que vosotros sois los que os valeis de la hermosura de vuestras hijas para atraer tontos á vuestro cortijo y los engañais y los robais y los matais, y luego los poneis en la montaña al borde de un sendero y dejais sobre ellos una cruz para que por esta señal todo el mundo crea que quien ha hecho las muertes ha sido José María?... ¡Ah, canallas! ¡esto es muy bueno, muy cómodo! pero las conveniencias se acaban, y jugar conmigo es jugar con pólvora.

José María habia arrojado su manta y se veia su camisa horriblemente ensangrentada.

XII

Los dos hermanos, que eran dos jabalíes, se habian hecho atrás.

Tenian los cuchillos en las manos, revueltas al brazo las mantas, y miraban á José María con la espresion recelosa del lobo que busca la ocasion mas á propósito para acometer.

José María y ellos formaban un triángulo.

El bandido se apoyaba en la escopeta que tenia asida por la garganta y su boca tocaba al suelo.

Estaba, pues, en actitud de matar á cualquiera de los dos de un solo golpe rápido, y para el otro le quedaban cuatro armas de fuego.

Diego y Curro estaban, pues, contenidos, pero terribles.

No hablaban.

Sus miradas siniestras y feroces devoraban á José María.

La palidez de la cólera aparecia en sus semblantes.

Sus rudas bocas entreabiertas dejaban ver el temblor de los labios.

XIII

— ¿Veis esta sangre? dijo José María, es la de vuestro abuelo: ¿os acordais de vuestras hijas? ¡yo haré de ellas mis queridas!

Los dos dieron un paso hácia José María.

Este permaneció inmóvil y mirando de una manera terrible.

Ninguno de los dos se atrevia á avanzar.

— Ahí está vuestro padre muerto sobre el lugar donde tenia enterrado el oro que ha adquirido por el asesinato á traicion y por el robo cobarde: ahí está vuestro hermano Colás muerto: vuestra casa arde allá abajo: vuestras hijas son mias: así castigo yo á los pícaros que se atreven á insultarme: lo que hago es leeros vuestra sentencia, porque yo hablo muy poco: lo que hago es deciros por qué os castigo; y os castigo de este modo y por mi propia mano para que todo el mundo sepa que yo no necesito á nadie para hacerme respetar.

Los dos escuchaban sin dejar ni un momento de observar los menores movimientos de José María.

— Ahora, dijo este, y para mataros con honra, teneis vosotros la ventaja, mirad.

Y José María disparó su escopeta y la arrojó.

Luego disparó sus cuatro pistoletes y los arrojó tambien.

En cuanto hubo disparado el último, los dos hermanos se le echaron encima.

XIV

Sucedió una lucha magnífica.

José María saltó atrás, salvando en aquel salto de retroceso y de una manera maravillosa una gran piedra, un dentellon de roca que tenia trás sí á alguna distancia.

Aquella roca le sirvió de parapeto.

Su cuchillo-bayoneta, dejando ver señales de sangre fresca aun, armaba su mano.

Diego se le acercaba encorvado por la derecha.

Curro como un lobo por la izquierda.

De improviso José María salió de través, vino á quedar al alcance de Diego y muy lejos de Curro, y paró con su manta una terrible puñalada que Diego le habia tirado.

Giró en seguida, salió de línea, ganó á Diego el flanco izquierdo y le tocó en un hombro.

— Ráscate eso, dijo, mientras voy por mas.

Y volviéndose á Curro que se habia precipitado sobre él, le atajó dándole un corte en la pierna derecha.

Se comprendia que José María no queria acabar en el momento.

Su maestría era suprema y su sangre fria infinita.

De la esgrima del puñal habia hecho un arte seguro.

XV

Pero las habia con fieras.

Cierto es que de esprofeso no los habia herido para ponerlos fuera de combate.

Sin embargo, por lo general un hombre herido ó se acobarda ó se enfurece.

En el primer caso huye.

En el segundo se descompone.

Diego y Curro ni huyeron ni se descompusieron.

Por el contrario, se aplomaron mas.

Conocieron que José María les llevaba una gran ventaja por la destreza.

Eran poca cosa dos hombres contra él tratándose solo de una pelea al cuchillo.

Diego se inclinó rápidamente y cogió una piedra.

— ¡Ah! esclamó José María! ¡cobarde! sea pues tú lo quieres.

Y poniéndose rápidamente el cuchillo sobre la palma de la mano, le lanzó á Diego.

El cuchillo partió como una flecha, como una bala y se clavó hasta el puño en el pecho de Diego.

El brazo de este, que se habia levantado para arrojar la piedra á José María, cayó inerte.

Poco despues cayó Diego.

Curro se aterró, y al volverse sobre él José María, dió á correr.

— ¡Ah, no! esclamó José María: es menester que te quede señal para memoria de esto: ade-

mas es necesario que me digas donde teneis vuestro dinero no sea que yo me equivoque.

Y mientras decia esto seguia como una exhalacion á Curro que volaba.

Muy pronto le alcanzó y al sentirse alcanzado se volvió de repente y tiró una terrible puñalada á José María.

Este, que iba prevenido, la paró con la manta y al pararla dió una terrible bofetada á Curro.

Este rugió.

Aquello habia sido una bizarría del bandido.

—Si es que yo no te quiero matar, dijo; si es que quiero que quede alguno que lo cuente.

Curro, al sentir aquel ultraje, se habia vuelto loco.

Acometió de nuevo con un furor indecible á José María.

Este le esperó.

Paró el golpe con el brazo izquierdo y dió una terrible puñada en el pecho á Curro que vaciló.

Otra segunda puñada en la cabeza le tiró en tierra.

José María le arrancó el cuchillo de la mano.

Estaba sombrío, irritado, terrible.

Su palidez era espantosa.

La ferocidad, aquella ferocidad que generalmente estaba oculta bajo sus buenas maneras, lucia al descubierto.

Tenia la espresion del tigre sediento de sangre.

El hombre, en situaciones dadas, tiene la fisonomía del animal á quien se parece.

— Toma, dijo, toma; y cogiendo una oreja de Curro le cortó de un solo golpe la mitad.

Luego le dió dos cuchilladas en la cara.

Curro perdió el conocimiento de dolor.

XVI

José María cortó dos puntas de rama y con dos espártos hizo dos cruces y puso una sobre cada uno de los muertos.

Luego arrancó su cuchillo del pecho de Diego y le envainó.

Recogió su escopeta y la cargó.

Luego cargó los pistoletes.

Todo esto con una calma y una sangre fria horribles.

El cortijo ardia á lo lejos.

Acudieron algunas gentes y se veian cuatro hombres que subian á la carrera el repecho en lo alto del que, junto á la espesura, estaba José María.

Aquellos hombres eran migueletes.

José María los saludó con la mano como á antiguos amigos.

Luego volvió la espalda y se metió en la espesura.

Recogió su sombrero.

Estaba atravesado por dos balas y tan abajo que si le hubiera tenido puesto José María hubiera sido volado su cráneo.

—Tiraban bien, dijo el bandido; pero yo tiro mejor.

Y yendo al lugar donde habia dejado su caballo lo desató y partió.

XVII

Entretanto los cuatro hombres á quienes habia saludado con la mano José María, llegaron á la carrera.

Eran cuatro migueletes.

Otros muchos hombres allí abajo procuraban dominar el incendio del cortijo.

— ¡ José María ! dijo uno de los migueletes levantando la cruz que estaba sobre el cadáver de Colás.

— ¿ No te lo decia yo que era José María ? dijo otro de los migueletes.

— No se podia asegurar, estábamos muy lejos.

— ¡ Bah ! bien le conocí yo.

— Pues no estamos aquí muy seguros, dijo un tercero mirando á la vecina maleza.

— No : se ha hartado ya hoy de sangre y ha huido, dijo el cuarto.

— Sin embargo, nuestra obligacion es seguirle, dijo el primero que habia hablado.

— ¡ Y este cadáver, y este herido ! dijo otro.

Los migueletes, encontrando un pretesto, creyeron prudente no seguir el alcance de José María.

Por otra parte, haberse metido á buscarle en el monte, hubiera sido lo mismo que ponerse á buscar un alfiler en un gran monton de paja.

XVIII

José María, á causa del desmayo de Curro, no habia podido preguntarle acerca del escondite del oro de Damian.

Pero repetia:

— Donde ha ocultado lo uno ha debido ocultar lo otro.

José María, que conocia palmo á palmo la montaña, se dirigió sin vacilar y por el camino mas corto al lugar donde habia quedado el cadáver de Damian.

Llegó.

El cadáver estaba horrible.

Su semblante habia adquirido una espresion de demonio.

Por un accidente tenia estendido el brazo derecho con la mano crispada hácia el hoyo de donde habia sacado José María el terrible papel que contenia una prueba de fratricidio contra don Luis de Villegas.

— ¡Ah, ah! dijo José María; no parece sino

que sueñas que tienes agarrado tu tesoro y que te aferras á él para que no te lo quite nadie.

José Maria cogió el azadon y se puso á cavar.

Cavó un largo espacio.

Como era vigoroso y hombre de campo hizo una escavacion considerable.

Nada se encontraba.

— No, dijo José María, esto no es tierra firme toda, en otro tiempo se la ha removido: aquí hay algo.

Y siguió cavando.

XIX

Al fin sonó un crugimiento.

El azadon habia roto una nueva olla.

— ¡ Ah, al fin ! dijo José María suspendiendo el cavar.

Y sacando mas tierra descubrió algunas onzas de oro.

Por último apareció el vientre de una grande olla.

José María fue á su caballo, le acercó y echó á puñados en sus alforjas aquel oro.

Apareció vacía la grande media olla que habia quedado en la escavacion.

José María vió que la olla no habia llegado á llenarse.

— ¡ Vamos ! no hay mas, dijo ; antes de enterrar una segunda olla, el viejo hubiera llenado esta : creo que con lo que he sacado habrá un millon y medio de reales en oro fresco y morondo : no ha podido robar mas el abuelo y ha robado bastante : todo lo mas que yo cavase seria inútil. ¡ Buen dia ! un secreto que vale un mayorazgo, millon y medio largo de reales, y una moza rubia que vale dos millones ; además un escarmiento para que nadie se atreva á insultarme ni á servirse de mí.

Hizo una nueva cruz, la puso sobre el cadáver del tio Damian, montó á caballo y partió.

XX

Dos horas despues estaba en un pequeño valle cercado de rocas tajadas y espesuras impenetrables.

A la izquierda se levantaba una montaña roqueña caprichosamente accidentada.

En la cumbre de esta montaña estaba el pueblo de Fuente la Lancha.

Al entrar en aquel estrecho y sombrío valle donde no se veia una sola habitacion, nada que revelase la existencia de séres humanos, José María habia lanzado un poderoso silbido.

Con pocos segundos de intérvalo fueron saliendo de entre las espesuras, de entre las rocas, hombres á caballo.

Poco despues los cincuenta bandidos rodeaban á José María y miraban con curiosidad, pero sin asombro, la sangre que manchaba su camisa.

—¿Y esas mozas? preguntó á Veneno.

—Encerradas en la cueva larga, señor José María.

—Bien: mientras yo me mudo de camisa y de chaleco y de faja, dijo el bandido, contad lo que hay en esas alforjas y haced las partes.

Y José María, tomando de la grupa de su caballo una pequeña maleta, se metió con ella entre la espesura.

XXI

— ¡Muchachos! dijo Veneno: ¡aquí hay una bendicion! las alforjas pesan á oro y yo casi las puedo tener; el Niño está derrengado: á ver, una manta sobre la yerba.

Una manta jerezana fue estendida por uno de los bandidos.

Veneno vació sobre la manta las alforjas.

Cayó un raudal de oro.

— A contar cuatro ó cinco para acabar pronto, dijo Veneno.

Al momento se pusieron á la operacion, que duró algunos minutos.

Sumadas por Veneno las diferentes partes resultaron tres mil onzas.

— Cuenta redonda, dijo el teniente; quitando la tercera parte para el capitan, quedan dos mil onzas para nosotros; cincuenta á cuarenta, dos mil: ¡ea! tome cada cual lo suyo y que no se le ensucien las manos.

Despues de haber puesto Veneno las mil onzas que correspondian á José María en las alforjas, y

de haber tomado cada bandido sus cuarenta onzas, quedaron otras cuarenta sobre la manta.

—¿De quién es eso? dijo Veneno.

—De Chuchito, contestó uno, que ha ido con una comision del capitan.

Veneno tomó aquellas cuarenta onzas y las guardó haciéndose depositario del ausente.

Al mismo tiempo salió José María de la espesura completamente mudado y con la maleta debajo del brazo.

—¿Está hecho eso? dijo.

—Sí señor.

—¿Cuánto?

—Mil usted y cuarenta cada uno.

—¡A caballo! dijo José María poniendo la maleta sobre el Niño y montando.

Poco despues los bandidos habian desaparecido del valle.

CAPITULO II

DE COMO EL CRÍMEN RETOÑA TARDE Ó TEMPRANO

I

Benasque es un caserío situado en una vega cerca de Moron.

Tan de poca importancia es este lugar, como que se le ha considerado como una cortijada y no aparece su nombre en la carta de España.

Le componen seis casas rústicas.

Mejor dicho, las habitaciones de seis cortijos unidos entre sí que se han aglomerado en un punto.

No hay ayuntamiento.

Depende de Moron.

Una capilla y un capellan son la iglesia y el párroco por decirlo así.

Un albéitar que está sobre el camino sirve á la vez de médico.

Los de Benasque se arreglan con lo que tienen y no quieren mas.

Por el contrario, dicen muy ufanos los seis vecinos :

—Aquí estamos libres de la incomodidad del alcalde.

II

Pero toda sociedad tiene una cabeza.

El mas fuerte ó el mas rico.

Muchas veces se reunen las dos cualidades.

En Benasque sucedia esto.

El mas bruto y el mas rico de sus treinta habitantes era don Gilito Parras, moceton de veinticinco años, de alta talla y de enormes espaldas y no mal parecido.

Tenia ademas don Gilito un sobrenombre por el cual se le conocia por escelencia.

El Gallito de Benasque.

Su nombre propio habia desaparecido bajo el apodo.

III

La casa del Gallito era la mas grande y la mas rica.

Tenia algo de casa labriega.

Algo tambien de viejo palacio.

Su inmenso patio tenia regularidad y hasta belleza, y su balaustrada, de piedra berroqueña, estaba ornamentada de una espesa hilera de cabezas de jabalíes, ciervos, venados, gamos y lobos.

Aparecia tambien alguna de zorra.

El mueblaje de las habitaciones principales era rico, aunque pesado y viejísimo.

Se remontaba su arte de construccion á los usados á principios del siglo pasado.

Allí vivia solo con algunos mozos y tres ó cuatro mozas forasteras, porque el Gallito no se metia con las muchachas del caserío, nuestro hi-

dalgo campesino, porque era hidalgo y muy hidalgo, y ademas muy rico don Gilito.

Se habia quedado huérfano muy niño y le habian criado en comandita el capellan don Toribio, que ya estaba muy viejo, y el tio Celestino, viejísimo criado que habia sido y era á un tiempo aperador, mayordomo y administrador.

En sus buenos tiempos don Toribio habia sido muy cazador de monte.

Lo que quiere decir que el capellan habia sido uno de esos curas de escopeta y perro que tanto abundan en nuestras campiñas, especialmenta en las de la tierra baja, y sobre todo en las poblaciones de Sierra-Morena.

En cuanto á Celestino, que tenia el apodo no sabemos por qué etimología de Mandrágoras, habia sido y era todavía un jabalí.

IV

Con tales tutores pueden nuestros lectores figurarse cómo habria sido educado don Gilito.

Sabia leer y escribir mal, lo que debia á don

Toribio, y tenia mucha soberbia, lo que debia á sus talegas y á su ejecutoria.

Con la escopeta en la mano era temible.

Hacia cuantas cosas sorprendentes pueden hacerse al blanco.

Como ginete era una especialidad.

Como salvaje un prodigio.

Jamás salia de su chaqueton y sus bombachos y de sus botines y de su faja y de su sombrero calañés y de su capa en todo tiempo.

Pero todo esto riquísimo.

Una cadena de oro de peso de tres libras caia de su cuello sobre su pecho y se perdia bajo su faja en un bolsillo de su chaleco, unida á un enorme reló casi esférico con caja de oro incrustada y guarnecida de brillantes.

Una verdadera joya antigua.

Su camisa estaba cerrada en el cuello con dos botones que eran dos gruesos brillantes, y asimismo en las mangas, y sobre la chorrera bordada de su camisa se veia una especie de alfiler, ó mejor dicho, de cuornicopia de pedrería.

Los botones de su chaqueta, de su chaleco y de sus calzones eran de escudos mejicanos de

á cuarenta reales, y nunca se ponia espuelas que no fuesen de oro.

V

El Gallito de Benasque jamás salia á la calle, ó mejor dicho al campo, sin llevar debajo de la capa un trabuco y á la cintura un cuchillo y una charpa de pistoletes.

Como era natural y preciso, don Gilito tenia, como se dice en Andalucía, tres muertes, sobre cada una de las cuales se habia echado tierra con oro.

El escribano habia hecho parecer lo negro blanco, y habia resultado siempre que don Gilito habia matado en legítima defensa, de donde la absolucion.

En cuanto á heridas habia causado mas que dias de vida tenia, y habia pintado mas de dos docenas de jabeques.

Es decir, que habia cortado mas de dos docenas de caras.

Pero ninguna de estas fechorías las habia hecho en el caserío.

Parte habian acontecido en Moron.
Parte en Sevilla ó Córdoba.

VI

De tiempo en tiempo se daba un baile en los grandes salones tétricos del caseron-solar de don Gilito.

Una montería solia llevar á Benasque señoritas de Córdoba y de Moron y de algunas grandes poblaciones inmediatas.

Entonces el organista de Moron, el piporro y dos ó tres guitarras con un medio violin componian la orquesta ; se encendian las grandes arañas hereditarias, se sacaban los viejos tapices, se ponia don Gilito una levita larga y unos pantalones largos, pero sin dejar nunca los zapatos blancos y la etiqueta estaba servida.

Se comia por largo jabalí y venado y pavo y cordero y vaca y conejo y liebre y perdiz ; se bebia mucho vino y se habia tenido, como decia don Toribio, un sarao, una recepcion digna de la familia.

Las señoritas de Córdoba y las de Moron, po-

nian muy buena cara á don Gilito porque era muy buen mozo y muy fuerte y sobre todo muy rico, y se podia pasar bien sobre lo de muy salvaje y muy bastardeado en cuanto á educacion.

Pero don Gilito se hacia el desdeñoso y decia:

— Mis talegas no se casan por ahora : ademas á mí me gustan las mujeres que huelen á ajo y que de un puñetazo echan abajo un tabique, que fuman y que sueltan, cuando viene á mano un taco ; estas lagartijas de mis primas y de mis amigas no son para mí, no me sirven, se me quebrarian.

Y don Gilito seguia con sus hembras de aparejo redondo y de pelo en pecho, y estaba blindado contra el amor, que no le podia meter el diente.

Hé aquí cómo él recapitulaba sus necesidades:

— Mucha *comia*, mucha *bebia* y mucha *mujer*.

VII

Pero fue por el *Corpus-Cristi* á Moron á llevar el estandarte de la procesion como mayordomo del Santísimo.

Y vió á Loreto.

El blindaje del corazon del bárbaro fue roto, deshecho, destruido en una palabra, como si la hermosura, y sobre todo, los ojos de Loreto hubieran sido un cañon rayado de á quinientos cargado con fulminato de plata.

Aquello fue un desastre.

Le tembló todo lo que tenia que pudiera temblarle al salvaje, y dijo:

— Si yo no me caso con esa hembra le pego fuego á Andalucía.

Y se fue á don Luis y le dijo:

— Primo, yo quiero ser tu hijo.

— Quítate allá, bárbaro, dijo don Luis; seria lo mismo que entregar á Loreto á los jabalies.

— Y que, ¿tu Loreto no me querrá á mí? ¡pues á fé á fé que no tengo yo suerte con las mujeres, y que no soy yo buen mozo, y que no soy yo rico!

— Las mujeres son así, dijo don Luis, que por la hermosura enérgica del Gallito habia creido que Loreto se volveria loca con él: pero los padres debemos ser prudentes: tú matarias en dos dias á mi Loreto que es una diosa.

— ¿Qué sabes tú tonto? ¿pues qué trabajo

me cuesta á mí aplicarme y aprender cuatro cosas? en fin, voy á decírselo, y como quiera antes de ocho dias nos casamos, porqne es menester una escopeta para alcanzar nuestro parentesco y no son necesarias dispensaciones: y si no me quiere tú la mandas que me quiera, que para eso eres tú su padre.

— Te prohibo que hables ni una palabra á Loreto, dijo don Luis que temia que la jóven se enamorase del Gallito y fuese feliz por esos caprichos de las mujeres.

Lo que queria decir que don Luis era vulgar y materialista.

Y que Loreto poseia el don de la reserva y del disimulo, puesto que su padre no habia conocido que estaba mortalmente enamorada.

VIII

— Tanto me da á mí que me prohibas que yo *se lo diga* á mi sobrina, contestó el Gallito, y te advierto que si ella me quiere aunque tú no quieras nos casaremos.

— Eso lo veremos.

— Pues á verlo.

Y el Gallito se fue muy alentado á Loreto.

Pero cuando estuvo junto á ella se echó á temblar y se puso pálido como un muerto.

— ¡ Dios mio ! dijo Loreto con un acento problemático ; usted se pone malo, mi querido tio.

— Sí, búrlate, tirana, búrlate, dijo el Gallito que estaba atragantado y se comia con los ojos á Loreto: tú tienes la culpa; yo no sé lo que me da cuando te veo : me tiemblan las piernas, me da frio, sudo, se me quita la vista, se me amarga la saliva, y me parece que estoy borracho : ¡ vaya una hembra, señor ! ¿ no es verdad que tú me quieres mucho, Loretito, aunque no me has visto hasta hace tres dias ? yo tengo mucha suerte con las mujeres, en cuanto me ven se mueren por mí; el tonto de tu padre dice que sí, que tú me querrás, y que por lo mismo no quiere que nos casemos, porque yo no soy un señorito como los de Madrid.

— ¡ Ah ! ¿ mi padre dice que yo querré á usted ? dijo Loreto.

— ¿ Y cómo no lo ha de decir si sabe que todas las mujeres se mueren por mí ?

— ¿Y dice mi padre que yo puedo ser muy feliz con usted?

— Pues, por supuesto.

— ¿Y sin embargo se opone á que nos casemos?

— Eso es: ¡mira tú, paloma, dueño mio, cuando si á nosotros se nos pone en la cabeza querernos ¿quién lo va á estorbar?

— Nadie, dijo con vehemencia Loreto.

— ¡Si lo sabia yo! esclamó don Gilito: ¡pues! ¡como todas! ¡ya estás tú muerta por mis pedazos!

— Verdaderamente, dijo Loreto; usted tio es jóven, tiene usted cuantas ventajas personales pueda desear una mujer, y en cuanto al trato de gentes, eso que no pasa de la superficie, añadió sonriendo, se aprende muy pronto.

— Lo que yo decia á tu padre, tú me enseñarás.

— Por supuesto, y será usted un buen discípulo, porque es usted inteligente y vivo, y sobre todo muy apasionado.

— Bendita sea esa boca de claveles, dijo don Gilito: en cuanto nos casemos te tapo de diamantes y de perlas y te llevo á Madrid á que todos y

todas abran la boca : dentro de ocho dias, y en la catedral de Córdoba y con órgano y misa cantada y sermon, que yo quiero que sea en grande.

— ¿ Y si mi padre se opone ?...

— Que se ha de oponer si le corto yo el pescuezo.

— Deje usted, deje usted que yo le convenceré.

— Pues anda y háblale, que mas vale arreglar las cosas que tomarlas por la tremenda

— Mañana le diré á usted lo que haya.

— Mañana es muy tarde ; esta noche por la reja.

— Pues bien, por la reja esta noche.

— A las ánimas.

— A las ánimas.

El Gallito se fue triunfante á su primo y le dijo :

— Juanito, Loreto está derretida por mí : ¡primo! veremos á ver lo que tú haces para que no nos casemos.

IX

—¡Ah! ¡con que si le amo, sí puedo ser feliz, sí! dijo Loreto; una prueba mas: ¡las confirmaciones de la vieja Agueda, sus terribles confidencias, sus pronósticos! ¡que mi madre me dió á luz poco despues de su casamiento! ¡y esos papeles encontrados, esas cartas de un hombre desesperado, escritas á mi madre, encontradas por mí en un mueble! ¡las medias palabras del tio Damian, don Juan mi tio... desesperado... don Juan... tal vez mi padre... y Agueda, siempre sus terribles palabras: —El señor aborrecia á la señora; el señor aborrece á usted... quiere verla desgraciada... ¡Dios mio, Dios mio!... es menester que yo sepa... que yo averigüe... ¿pero cómo Dios mio, cómo?... algunas cartas oscuras, cartas que no tienen el nombre de la mujer á que se dirijen: las revelaciones á medias de mi criada, vieja ya, casi caduca; las instrucciones sombrías del tio Damian... pero aquí hay algo y es necesario disimular... es necesario sorprender...

X

En aquel momento don Juan se acercó á Loreto.

— ¿Sabes? la dijo.

— ¿Qué, papá? contestó Loreto.

— La marquesa del Carpio nos deja.

— ¡Ah! lo siento; es una escelente señora.

— Pues no lo sientas porque vas á acompañarla y estar con ella en Córdoba una temporada; esto es si tú no tienes algun grave interés en permanecer en Moron.

— Pues bien, sí: ¿por qué no he de ser franca con usted? dijo Loreto con los ojos bajos y afectando inseguridad en la voz: sentiria irme.

— ¿Y por qué?

— ¡Qué sé yo! pero sentiria irme.

— Gil ha estado hablando contigo un gran rato.

— Sí señor.

— Gil me ha dicho que tú le amas.

— ¡Yo!

— Sí, á lo menos él me lo ha dicho, y Gil no miente.

— Pues bien, como no creo que usted se oponga...

— ¿Qué? dijo alarmado don Luis.

— Es verdad: el dia que le ví me agradó.

— ¿Sí? dijo con sarcasmo don Luis.

— Es muy simpático...

— Sí, si no tuviera la vista torva...

— Papá, para mí no ha sido torva su mirada.

— Ya lo creo, porque tú has domesticado al lobo, porque le has embriagado.

— Creo que está usted muy prevenido contra el pobre Gil, papá.

— Prevenido no, opuesto sí: siempre lo he estado, y si le he recibido en casa ha sido porque al fin es nuestro pariente.

— Papá, yo seria muy feliz con él... yo creo que tiene un gran corazon.

— Un corazon de salvaje, un alma malvada... ¿entregar yo la felicidad de mi hija única á un hombre que ha cometido mas de un asesinato?...

— Calumnias sin duda, papá.

— ¿Calumnias, y he sido yo el que he mediado en este feo negocio por el honor de la familia?

— ¡ Ah ! soy muy desgraciada, esclamó Loreto.

— ¿ Tanto le amas?

— Yo no sé... pero... yo creo... creo que cada dia... yo no sé... yo no he amado nunca...

— Te prohibo que pienses en él.

— Él me ha dicho que...

— ¿ Qué ?

— Que está resuelto.

— ¿ Cómo ?

— Y yo... yo lo estoy tambien... un padre no tiene derecho para sacrificar á una hija.

— ¿ Cómo, cómo es eso, señorita, una rebelion? ¡ ah ! ¡ qué tú serias feliz con él ! ¿ y he de consentir yo un disparate semejante ?

— ¡ Papá !

— Ni una palabra mas : haz tu equipaje : esta tarde marcharás con la marquesa del Carpio : no des el espectáculo vergonzoso de una desobediencia ; no me obligues á que haga algo terrible.

— Bien, papá, bien ; iré con la marquesa.

Don Luis y Loreto se separaron muy disgustados.

XI

Loreto en realidad estaba tan contenta como podia estarlo.

Habia parado el golpe.

Se habia convencido al fin de que su sistema de defensa era fingirse muy feliz con todo lo que la propusiera don Luis.

El punto de vista de la desgraciada era un convento, y se habia propuesto procurar que don Luis la encerrara en uno, creyendo asesinarla al separarla del mundo.

Loreto siguió la intriga.

Apenas entró en su cuarto notó que la espiaba una muchachuela de la servidumbre á quien favorecia mucho don Luis.

Loreto se puso á escribir.

Hé aquí su carta :

« Mi querido tio : mi padre es un tirano ; mi padre no tiene corazon ; mi padre no quiere que yo sea feliz : yo amo á usted, le amo con toda mi alma, con todo mi sér ; estoy loca por usted :

¿por qué no he de decir yo esto á un hombre que ha de ser mi marido, que lo será? ¿qué poder hay que pueda separar á dos que se aman? Todo lo espero de usted; yo sé que para usted lo soy todo, que sin mí no puede usted ser feliz... que sin mí... ¡Sí! ¡sí! nuestros corazones se comprenden, adorado mio: ¡ah! ¡yo estoy loca! ¿cómo en tan poco tiempo ha podido apoderarse de mí una pasion semejante? Usted... pero no, no... tú; el usted es muy frio: tú debes de saberlo, Gil de mis entrañas: ¡yo que no he amado nunca! pues bien, que me maten, que me maten, que me ahorquen, que me despedacen... yo seré tuya... tuya... tuya hasta la eternidad: pero no podemos hablar esta noche, corazon mio: mi terrible padre me manda que marche esta tarde con la marquesa del Carpio á Córdoba: no te irrites, no des un escándalo; mi padre seria capaz de meterme en un convento: en Córdoba nos entenderemos, y cuando mi padre acuda estaremos casados; con dinero todo se hace: ¡oh, Dios mio, y qué felicidad! Adios: prudencia. Tuya hasta la muerte... tu Loreto »

XII

Loreto cerró esta traidora carta que estaba segura no llegaria á las manos del Gallito de Benasque.

La sobrescribió con su nombre y llamó.

Acudió la doncella espion.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Carlota ? dijo Loreto.

— Sí, yo soy, señorita, contestó la muchacha; pasaba por el corredor cuando usted ha llamado.

— Me alegro, porque te necesitaba.

— ¿A mí, señorita?

— Sí; me voy á Córdoba.

— Ya lo sé : el señor me ha dicho que yo voy tambien para servir á usted.

— ¡ Oh ! pues me alegro mucho ; yo queria hacerte un regalo, creyendo que no me acompañarias ; pero es lo mismo : ¿ te gusta esta sortija?...

— ¡ Oh ! ¡ ya lo creo ! ¡es muy hermosa !

— Guárdala.

— Muchas gracias, señorita : usted es muy buena.

— Pero muy desgraciada, Carlota.

¿Desgraciada usted?...

—Sí, hija mia, sí.

—¿Y por qué?

—Mi padre se opone...

—El señor adora á usted.

—Por lo mismo cree que si yo me casase con el señorito Gil seria desgraciada, y se opone...

—¡Ah! y usted...

—Yo... pues bien... sí... yo amo al señorito Gil: el pobre se va á desesperar... si tú quisieras hacerme un favor...

—Todo lo que usted quiera, señorita.

—Dar esta carta sin que se aperciba de ella mi padre al señorito Gil.

—¿Necesita usted contestacion? dijo Carlota con un acento singular.

—No, de ninguna manera, dijo Loreto: solo quiero que sepa donde estoy, porque mi padre no lo dirá á nadie y encargará á la marquesa, que es muy amiga suya, que guarde el secreto.

—¡Ah! ¡qué tiranía!

—¿Has visto? ¿Darás esa carta al señorito?

—Sí señora, al momento, descuide usted; pero es posible que yo no se la pueda dar, ni seria prudente... pueden observarnos: yo la dejaré

á una persona que la entregará al señorito cuando hayamos marchado.

— Sí, sí, dijo con alegría Loreto, porque habia adquirido la seguridad de que la carta iba á las manos de su padre.

XIII

En efecto, cinco minutos despues don Luis leia trémulo de furor la carta.

— ¡Las mujeres! ¡las mujeres! murmuraba con acento rugiente: ¡los buenos mozos las vuelven locas! ¡y él está loco! ¡ella es hermosísima! ¡serian felices! ¡ella! ¡ella! el fruto de un amor que es mi eterna rabia, mi eterna desesperacion: ¡de un amor que ha costado la vida á los dos malditos! ¡y no se ha saciado mi venganza, no! ¡que la meteré en un convento!... si... sí... una mujer enamorada, cuando tiene el alma de Loreto, encerrada en un convento... no muere sino á la larga y su agonía es un infierno, una blasfemia, la condenacion de su alma! ¡oh! ¡casarla yo con Gil! ¡no! ¡no! ¡el convento!

XIV

A la puesta del sol partieron Loreto y la marquesa del Carpio para Córdoba.

Cuando lo supo el Gallito de Benasque dijo á su primo:

—Luis, tú has hecho lo que has querido, pero te doy ocho dias para pensarlo: si dentro de ocho dias no me das tu hija te la robo, y si la has metido en un convento te mato.

Y despues de esto, que fue dicho con acento trágico, se alejó, dejando harto pensativo á don Luis, que sabia muy bien que el Gillito era muy capaz de hacer lo que decia.

—¡Y bien! esclamó; ¿para qué están en el mundo Damian y sus hijos?

Y envió al cortijo de las Madroñeras un criado con órden de que se trajese al tio Damian.

XV

El mozo volvió aquella noche antes de las diez.

— El cortijo está ardiendo, señor, dijo.

— ¿Cómo qué está ardiendo el cortijo de las Madroñeras?

— Sí señor, desde esta mañana.

— ¿Quién le ha puesto fuego?

— José María.

— ¡José María!

— Sí señor.

— ¿Y qué ha hecho Damian?

— Damian ha muerto.

— ¿Y sus hijos?

— Todos menos Curro han muerto tambien, y sus nietas han desaparecido.

— ¿Y quién ha hecho esto?

— José María... si ya decia yo que hubiera sido bueno pagarle seguro.

— ¿Pero qué motivo ha podido tener José María para hacer esto?

— Robar al tio Damian.

— ¡Robarle!

— Sí señor : se ha encontrado al tio Damian en el monte, junto á la peña tajada: al lado de un hoyo estaba muerto, partido de una puñalada el tio Damian ; tenia encima una cruz, señal clara de que quien le ha matado ha sido José María.

— No, porque José María no se hubiera metido en hacer un hoyo para enterrarle.

— El hoyo no se ha hecho para enterrar, sino para desenterrar.

— ¡ Cómo !

— En el hoyo se han encontrado dos ollas rotas, una chica, otra grande ; entre la tierra se han hallado diez ó doce onzas.

— ¡ Ah ! esclamó don Luis para sí ; él me decia : señor don Luis, tengo tan guardado aquel papelito que usted sabe, que quien le encuentre encontrará junto á él la prebenda que he podido ahorrar.

XVI

Un papel pues que guardaba un gran secreto, el secreto de un crímen, estaba en poder del te-

mible bandido espanto de las comarcas andaluzas.

La fortuna pues de don Luis estaba en poder de José María.

Se aterró.

— Es necesario que yo vea á ese hombre, dijo.

— ¿A qué hombre?

— A José María.

— Si usted quiere le verá.

— ¿Conoces tú á alguno que le conozca?

— A José María le conocen todos los aperadores.

— Pues vé, monta á caballo, y que se vea de qué manera puedo yo hacer para hablar con ese hombre.

El criado partió.

XVII

Aquella misma noche tuvo aviso José María de que don Luis de Villegas, alcalde de Moron, queria hablarle.

José María señaló la Barranquera de las Perdices, á dos leguas de Moron, á las doce del dia.

CAPITULO III

DE COMO JOSÉ MARÍA CREYÓ QUE HABIA SOÑADO Y QUE LORETO NO MERECIA LA PENA DE PENSAR EN ELLA

I

La Barranquera de las Perdices, llamada así por la abundancia que habia en ella de estas aves, era un lugar siniestro y solitario.

Sus altas rocas, de un color rojizo, casi negro, estaban tajadas de una manera ruda.

Una especie de parador de contrabandistas y bandidos, una especie de barraca estaba apoyada contra una de estas rocas.

Allí vivia una familia miserable que cultivaba un pequeño terreno adjunto.

II

Antes del medio dia llegó un ginete como de cuarenta y cinco años acompañado de dos criados á caballo, y preguntó al dueño de la barraca, que era un gitano viejo, si habia llegado alguna persona.

— Señor, dijo el gitano, las personas que aquí paran de siglo á siglo, me parece que no son con las que su mercé quiere tratarse.

— ¿Y no viene por aquí el señor José María?

— El señor José María anda por donde quiere, dijo el gitano: pero nunca para aquí porque esto es muy pobre, y mi mujer vieja y mi hija fea.

— El señor José María me dijo que estaria aquí á las doce.

— Pues ya, si no miente el sol, dijo el gitano, es medio dia.

— Las doce menos cinco, dijo don Luis consultando su reló.

— Pues si el señor José María ha dicho que estará aquí á las doce, no tardará mas que cinco minutos, porque el señor José María tiene palabra de rey.

III

Oyéronse entonces sobre las peñas el ruido de las pisadas de un caballo.

— En nombrando al ruin de Roma al punto asoma, dijo el gitano: ahí tiene usted al señor José María.

En efecto, apareció un gallardo ginete por entre las quebraduras, y siguiendo una estrecha vereda llegó á la puerta de la casilla.

— Buenos dias, caballero, dijo: buenos dias tio Tormenta: ¿es usted el alcalde de Moron?

— Yo soy, contestó don Luis.

— ¿Queria usted verme?

— Sí señor.

— ¿Tenia usted algo que decirme?

— Mucho.

— Pues si usted quiere nos apearemos y nos pondremos donde nadie nos vea ni nos oiga.

Don Luis se apeó.

Temblaba.

José María imponia un terror frio á todo el mundo.

—Sígame usted, le dijo José María.

Don Luis se arrepintió de haber buscado al bandido.

Pero no era ya tiempo de retroceder.

Le siguió.

José María se detuvo entre unas altísimas cortaduras.

Al principio y al fin del estrecho cañon que formaba, don Luis vió con temor un bandido á caballo.

— Aquí estamos seguros, dijo José María; quiero decir, seguros de ser escuchados ; por lo demas yo estoy seguro en todas partes : vamos á ver, ¿ qué quiere usted ?

Don Luis procuró hablar, pero no pudo.

El terror habia paralizado su lengua.

Estaba contraido, frio, rígido.

— ¡ Como todos ! dijo con despecho José María; y sin embargo, usted para otras cosas no ha sido cobarde.

— ¡ Yo ! ¡ que yo !... barbotó don Luis.

— Sí, para valerse del asesinato, para procurarse un mayorazgo y una mujer no ha tenido usted miedo.

— ¡ Cómo ! ¿ quién se lo ha dicho á usted ?..

— No importa quien me lo haya dicho : lo que importa es que el hecho es cierto : ¿ qué ha hecho usted de su hermano don Juan ?

— ¡ Yo !...

— Oiga usted, á un alcalde mayor se le puede decir : no... yo no sé... yo no he de hacer eso : á mí no... porque yo, yo sé sacarle del cuerpo la verdad al mas valiente ; ademas de esto yo no necesito que me digan lo que sé.

V

Don Juan temblaba de los pies á la cabeza. Se creia perdido.

— Vamos, no hay que tomarlo tan á pecho,

dijo José María: todo ello se reduce á muy poca cosa: á que entregue usted á su hermano su hacienda.

— ¿Pero mi hermano vive?

— ¡Vaya! en cuerpo y en alma, y está en Córdoba con su familia.

— ¿Qué dice usted? esclamó don Luis en cuyos ojos brilló una chispa sombría.

— Lo que usted oye, don Luis, lo que usted oye, dijo José María como si no hubiera comprendido la intencion siniestra de la mirada del alcalde: mas aun: como si no hubiera reparado en ello: lo que usted oye; está en Córdoba con su mujer y con sus hijos.

— ¡Con su mujer! ¡con sus hijos! esclamó con asombro don Juan.

— Pues sí señor, con su mujer y con sus hijos: ¿qué habia de hacer el pobre señor? ¿se habia de quedar toda su vida sin familia? Él no podia casarse con la madre de Loreto...

— ¡Loreto! ¡ah! ¿usted conoce á Loreto!

— Sí... sí señor... y me estoy muriendo por ella.

— ¡Ah! por eso, por eso se vuelve usted contra mí, esclamó don Luis.

— Yo no me vuelvo contra nadie, don Luís; yo paso por encima de lo que encuentro en mi camino y nada mas.

— ¡Ah! y para pasar por encima de mí ha buscado usted un hombre cualquiera para decirme: —Este es su hermano de usted don Juan que no murió en la batalla de Rioseco... si no me da usted á Loreto yo haré que ese hombre...

— ¿Y qué necesidad tenia yo de decir que su hermano de usted vivia ó no? ¿No era bastante con enviarle al alcalde mayor de Córdoba el papel que usted dió al tio Damian para que el alcalde mayor le echara á usted mano y se armará un proceso que acabaria en la horca?

Tembló de una manera mas marcada don Luis.

— El tio Damian y sus hijos están ya contándoselo al diablo, entiende usted; porque yo soy así... el que la hace la debe pagar, y yo no tengo compasion con los alevosos: un alevoso infame, un cobarde, debe morir de mala muerte: y como yo no quiero que se escapen sin castigo, vea usted que yo he sido el juez y que los he matado con mi propia mano: me he llevado á las chicas que son muy buenas mozas y que yo

amPARARÉ y estableceré, y le he pegado fuego al cortijo.

— ¡Todo por Loreto, por meterme miedo, por obligarme! esclamó alentado don Luis.

— Vamos, y si yo le digo á usted: entrégueme usted á Loreto, cásela usted conmigo y le entrego ese papel.

— La sacaria del convento.

José María se levantó y miró profundamente á don Luis.

— Convenido, dijo; pero la va usted á sacar al momento.

— Mañana á la noche dormirá en mi casa de Moron.

— ¡Ah! pues bien, mañana á la noche quiero yo hablar con ella.

— Yo introduciré á usted en mi casa.

Y habia un gozo feroz en la espresion del semblante de don Luis.

Para él todo estaba terminado.

Entregaria la mano de Loreto á un bandido á trueque de aquel terrible papel que le comprometia.

Despues, si era cierto que vivia su hermano

don Juan, no faltaria un nuevo asesino que le libertase de él.

Se levantó tambien y estendió su mano hácia José María.

—No, eso no, dijo este : yo no doy mi mano á los asesinos.

—Como usted quiera, señor José María, como usted quiera, dijo don Luis ; por eso no hemos de reñir : acabaremos por entendernos completamente.

José María iba hácia el ventorrillo con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente pensativo.

—Tio Tormenta, dijo José María al llegar al ventorrillo, los caballos.

Poco despues el tio Tormenta sacaba los caballos y tenia como un escudero el estribo á Jose Maria.

—Ahora, adios, dijo el bandido : mañana á la noche yo iré á llamar á las doce á su casa de usted.

José María dijo esto de la misma manera que hubiera podido decirlo un hombre que no hubiese tenido nada que temer de las leyes.

Picó luego al caballo y se perdió por el barranco arriba.

Don Luis tiró por el barranco abajo.

VI

—¡Ah! murmuraba: que irá mañana á la noche á las doce á llamar á la puerta de mi casa... si yo le entregase... pero no puede ser... él tiene en ese papel maldito mi vida, mi infamia! ¡fratricida! me ahorcarian sin que me pudiera salvar mi dinero... no, el dinero en casos como el en que yo me encuentro no sirve de nada... Es necesario arrancar á ese hombre ese papel, aunque antes sea necesario darle á Loreto... ¡Loreto! ¡le amará ella! ¡pero no, no! ama al Gallito... sí... le ama... yo tengo la prueba... el Gallito está furioso contra mí y es capaz de todo... ¿se atreveria el Gallito con ese terrible bandido?

Un pensamiento infernal pasó por la cabeza de aquel infame.

El principio de una intriga horrible.

Y pensando en ella y espoleando á su caballo, llegó al fin al camino y poco despues á Moron.

No se tomó mas tiempo que el necesario para descansar.

Luego volvió á montar á caballo y se puso en camino para Córdoba.

Iba por Loreto.

CAPITULO IV

ASOCIACION DE CRÍMEN

I

Loreto vió con asombro que su padre la trataba con un gran cariño, y que casi la pedia perdon de haberse enojado con ella.

—Tú harás lo que quieras, la dijo; yo me he acalorado: ¿quieres al Gallito? cásate con él: ¿no quieres casarte? en buen hora... no tengo mas hija que tú, ¿y á quien he de dar yo gusto mas que á tí?

Loreto se aterró mas y mas.

Preveia algo terrible.

Comprendia que su padre revolvia en su pensamiento algo siniestro.

Tuvo miedo de volver á Moron.

Hubiera preferido quedarse en el convento, tomar el hábito, profesar, matar allí, entre la soledad, el cilicio y la penitencia, el funesto amor que la inspiraba José María.

Este amor se hacia de dia en dia mas violento.

Loreto empezaba á discutir consigo misma de una manera demasiado peligrosa.

Loreto se hacia esta pregunta:

—¿La gloria de mi amor vale un infierno sobre la tierra y la condenacion eterna despues?

Esta pregunta se hacia por sí misma en el alma de la jóven sin que ella pudiera evitarlo.

Y cuando esto, que podia llamarse una voz íntima y tentadora, hablaba en el fondo de su conciencia, la pobre jóven se estremecia y se cubria de sudor frio.

Su virtud y su dignidad luchaban.

Pero el amor, el terrible amor, esa pasion de que tanto se ha escrito, se escribe y se escribirá, esa pasion ciega, incomprensible, la atormentaba

con cuantos géneros de tormentos puede ser atormentada una criatura, la hacia esperimentar la sed de algo misterioso, de algo desconocido, de algo incontrastable.

Ardia en el recuerdo del bandido.

Le acariciaba, se adormia en él, le rechazaba espantada y volvia á sentirse dominada por el recuerdo y á cada momento mas débil contra él.

Su razon enérgica y poderosa luchaba contra la locura.

Y esta lucha de su alma la transfiguraba.

Habia idealizado su belleza.

La habia dado un prestigio sobrenatural.

Sus ojos tenian un fulgor irresistible, una dulzura infinita, una mágia incontrastable, una ansiedad divina.

Su palidez habia acabado por hacer refulgente su blancura.

De todo su sér, de su respiracion, de su mirada, de sus movimientos, del tono de su voz emanaba algo incontrastable, algo divino.

Esa voluptuosidad que aspiraba con todo sus sentidos, ese poderoso sér única vida de la mujer, que se llama el amor.

II

Por esto, en los momentos en que la vemos, su dignidad y su virtud se sobreponian á todo, su alma desesperada se adheria al cláustro como á una santa defensa.

—¡Oh! ¡morir ó salvarme! habia dicho al entrar en el convento.

¡Y casi á las pocas horas volvia su padre por ella, la sacaba sin que ella pudiera oponerse, la llevaba á Moron!

¿Habia comprendido acaso su padre la comedia que ella habia representado?

¿Habria comprendido que la mejor manera de saciar aquel ódio misterioso, aquel ódio inesplicable, era casarla con el Gallito?

¿Habria el terrible Gallito de Benasque aterrado á su padre?

III

Loreto llegó agonizando á Moron en la tarde del dia en cuya noche José María debia ir á llamar á la puerta de don Luis.

El Gallito se encerró triunfante.

Abarcó á Loreto con una mirada hambrienta, con una mirada terrible, y luego dijo á don Luis sonriendo, como sonreiria un tigre si pudiera sonreir :

— Ha hecho usted bien en traerla, don Luis, porque yo estaba resuelto á volver á usted en aire la cabeza de un trabucazo.

— Siempre serás tú un bárbaro, Gallito, dijo don Luis ; pero deja pasar á mi hija que viene cansada y necesito hablar contigo.

Loreto se apresuró á alejarse de su salvaje amante y este siguió todo demudado y fuertemente impresionado á su cuarto á don Luis.

— Pues cualquiera diria, esclamó siguiendo á don Luis, que ha ido á Córdoba á comprar mas hermosura y á echarsela encima : ¡ poder de Dios y qué mòza ! ¡ para que yo no sea capaz de pe-

garle fuego al mundo por ella ! mire usted, don Luis, si usted no me la da... pero Señor, si usted no me la dá, yo no sé... pero ello es que... en fin... yo no entiendo lo que sucederá, pero es tan negro y tan gordo, que yo no se lo puedo decir.

— Pues mira, dijo don Luis, yo ni hago ni deshago, Gallito, ¿entiendes? si ella te quiere bueno, si no te quiere lo mismo : ¿ entiendes tú ?

— Pues no, no señor, no le entiendo á usted.

— Pues me parece bien claro.

— ¿No es usted su padre?

— Sí y no.

— Pues yo soy quien no le entiende á usted.

— Yo tengo el derecho de mandarla, porque es mi hija y menor de edad : pero ella tiene, sino el derecho la fuerza de resistir... ¿entiendes ?... y tú la conoces, porque si se la pone en la cabeza decir que no, ni tú, ni yo, ni el diablo en persona seremos capaces de poder con ella... y te digo esto porque yo no entiendo á mi hija... ¿ entiendes?...

— ¿ Qué diablos he de entender yo á usted si usted no se entiende?

— Pues voy á esplicarme... yo tengo en mi poder una carta que he cogido á Loreto...

— ¡ Una carta de Loreto ! esclamó poniéndose amarillo de cólera el Gallito : ¿ y á quién escribia Loreto ?

— A tí.

— ¿ A mí?

— Sí, á tí.

— Si me escribia á mí, ¿ cómo se ha atrevido usted á impedir que una carta que me escribia Loreto no llegase á mi poder? esclamó el Gallito cerrando los puños.

— Porque en esa carta te confiaba Loreto que te amaba, porque yo aborrezco á Loreto y no quiero que Loreto sea feliz.

IV

El Gallito abrió una boca tamaña y se le espantaron los ojos.

No comprendia aquello de que don Luis no amase á Loreto siendo su hija única, y siendo Loreto tan buena y tan hermosa.

— Usted está loco, dijo: á usted es menester darle una friega para que recobre usted el juicio: ¿ con que usted no ama á Loreto ?

— No.

— ¿Y por qué no la ama usted?

— Porque aborrezco á su madre.

— Pues si su madre se murió y dicen que fue á consecuencia del nacimiento de Loreto.

— La aborrezco despues de muerta.

— ¡Hombre!

— Sí, sí señor: tú no sabes lo que es amar: cuando se ama como yo amé á la madre de Loreto, y esta mujer nos engaña, nos vende... nos humilla, nos atraviesa el alma, nos mata, nos condena... se aborrece á esta mujer, se la aborrece despues de muerta, se aborrece á su hija.

— ¿Pero qué está usted diciendo, hombre, qué está usted diciendo? ¡usted no sabe lo que se dice! esclamó asustado el Gallito.

Y para que el Gallito se asustará era necesario no menos que lo que oia.

— ¡Yo tengo todo el infierno metido en el corazon y en la cabeza, esclamó don Luis, desde el dia en que se murió aquella mujer... vas á ver, Gallito... vas á ver.

V

Don Luis se levantó y se fue á un viejo secreter.

Le abrió.

Buscó uno de sus secretos y de él sacó un paquete de cartas.

Todas aquellas cartas, escepto una, estaban amarillentas.

Las unas se habian escrito hacia diez y nueve años.

La otra dos dias antes.

Era la intencionada carta de Loreto que habia interceptado por medio de una sirvienta traidora don Luis.

VI

—Oye, dijo don Luis sentándose frente del Gallito, y vamos á ver si alguna vez no eres estúpido.

—Oigo con mas ganas que usted cree.

— Somos dos hombres, y lo que vamos á hablar se va á quedar tan secreto como si yo se lo hubiera dicho á un roble.

— Pues sí señor.

— ¿Amas tú tanto á Loreto que nada mas que ella te importe en el mundo?

— Mas que á mi vida, mas que á mi alma, mas que á mi salvacion.

— ¿Y si Loreto no fuese sumamente rica?...

— Mire usted, yo no sé por qué no le retuerzo á usted el pescuezo como á un pollo, dijo el Gallito encaminando su mirada salvaje á don Luis; ¿pues qué se cree usted que yo quiero á Loreto porque es rica? ¿pues qué cree usted que yo no daria por ella lo que tengo, que es mucho mas que lo que usted tiene, un doble, un triple, aunque luego tuviera que robar y asesinar para que no la faltase nada? ¡Usted no me conoce á mí! ¡usted no sabe lo que yo quiero á Loreto!

— Bueno, bien, dijo don Luis, en cuyos ojos fulguraba una alegría siniestra: ¿y si Loreto no fuese mi hija?

— ¿Y qué se me da á mí que Loreto sea hija de usted ó del demonio, con tal de que ella sea la madre de mis hijos? contestó el Gallito que á

cada momento aparecia mas lúgubre y mas terrible.

—Bueno, bien, continuó don Luis: pues ni Loreto es mi hija, ni su madre ha sido mi mujer.

—Pues qué, ¿no se casó usted con ella?

—Sí.

—Y entonces...

—Hubiera sido necesario despedazarla para obtenerla... y me dominaba: una sola mirada de sus ojos negros me hacia temblar... me desesperaba, me irritaba, la amenazaba, y ella no tenia mas que decirme: —¡Sal!—y yo salia. En una ocasion pedí al boticario, diciéndole que estaba muy desvelado, algo para dormir: me lo dió y eché aquello en el vino que habia de beber ella en la cena, y lo bebió: una hora despues entré yo en su cuarto: estaba dormida... me acerqué... y me espanté... me pareció que me miraba con los ojos entreabiertos, que por su boca salia aquella palabra: —¡Véte!— y me fuí...

—¡Ah! ¡ah!

—Tú no sabes lo que es querer, Gallito, tú no sabes lo que es querer: si tú quisieras á Loreto como yo he querido á su madre no te atre-

verias á acercarte á ella si ella no te decia ¡ven!

—Pues mire usted, puede ser que usted tenga razon, dijo temblando de los pies á la cabeza el Gallito.

—¡Vaya! pues si comprendes eso amas de veras á Loreto: tú verás, tú veras si ella no te ama, y te sucede con ella lo que á mí me sucedió con su madre: acabarás por aborrecerla, por despedazarte, por desesperarte, por matar... sí, por matar á aquel á quien creas que ella ama.

—¿Pero no dice usted que tiene una carta de Loreto para mí?

—Sí.

—¿Y que en esa carta dice Loreto que me ama?

—Sí... mira.

Y sacando de debajo de la cinta que envolvia el paquete de cartas la escrita por Loreto la dió al Gallito.

VII

Este la cogió con avidez y la desplegó.

Leia muy mal, pero la letra de Loreto era muy

buena y la comprendió el Gallito como si hubiera sido de imprenta.

Renunciamos á describir el efecto estraordinario que causó en el Gallito aquella carta, cuyo contenido recordarán nuestros lectores.

— ¡ Y luego dicen que los hombres se pierden y que matan y que hacen atrocidades ! dijo el salvaje caballero de pueblo mirando de una manera aterradora á don Luis : ¿ á qué es decir que queriéndome Loreto de este modo usted se propuso quitármela y me la quitó, sin que yo supiera tanto bien como tenia?

— Fíate en la Vírgen y no corras, contestó friamente don Luis.

— ¿ Qué dice esta carta?

— ¿ Y no sabes tú que las mujeres mienten antes de nacer ?

— ¿ Y por qué habia de mentir Loreto ? ¿ quién la ha puesto un puñal al pecho ?

— ¿ Te parece poco puñal el haberla mandado que se casase contigo?

— Pues si no es lo que ella desea, ¿ cómo lo reza esta carta?

— ¡ Qué poco entiendes tú á las mujeres, y

sobre todo á las niñas que se han criado en Madrid!

— ¡Como que despues de haber leido yo esta carta va usted á hacerme creer que Loreto no me quiere y que si se casa conmigo es porque usted se lo manda!

— No seas imbécil, Gallito; Loreto sabe mas que tú y que yo: esta carta la ha escrito Loreto para engañarme.

— ¡Hombre! ¡para engañarle á usted! ¿y para qué me escribe á mí no sé cuántas ternezas?

— Loreto sabia que tú me habias de dar á leer la carta.

— ¡Y bien! ¿qué?

— Que Loreto me ha comprendido, no tengo duda de ello, y me ha comprendido tan bien que me engañó por el momento. Cuando yo leí esta carta dije: — ¿Le ama? ¿será feliz casándose con él? pues no la caso para que no sea feliz.

— ¡Pero eso seria una traicion de que yo no creo capaz á Loreto! esclamó el Gallito.

— Ni yo tampoco la creia capaz de fingir tanto: cuando la he sacado del convento, cuando la he dicho que la iba á dar gusto, que sabia que te

quiere y que la iba á casar contigo, Loreto se puso pálida como un muerto.

— ¡De tanto como me quiere!

— Se echó á temblar.

— ¡Preciso! ¡de alegría!

— De miedo: ¿si creerás tú que yo no tengo ojos en la cara? Luego me miró de una manera tal que yo conocí que me temia, como tememos a la persona que nos aborrece y que puede hacernos daño. — Vamos, dije, ya te entiendo, hija; tú no sabes los motivos que tengo para aborrecerte, pero tú adivinas que mi aborrecimiento para tí es terrible: tú has escrito esa carta para que yo no te case con el Gallito: pues allá veremos, niña mia, ya veremos. — La verdad era que lloraba y se queria quedar en el convento: ¡mira tú qué señas de cariño para tí!

— Y si eso fuera verdad, ¿qué tenia yo que hacer? esclamó inquieto el Gallito.

— Casarte con ella.

— ¿Y cómo, si la niña se empeña en decir que no aunque usted se lo mande?

— No se lo mandaré yo.

— Pues entonces, si no me quiere y usted no se lo manda, ¿cómo me voy á casar con ella?

— No se lo mandaré yo; se lo mandarán estas cartas.

— ¡Buen caso hará ella de papeles!

— Tú no la conoces... estas cartas deshonran á su madre: por la honra de su madre ella se sacrificará.

— Y me sacrificará á mí, y hará conmigo lo que su madre hizo con usted.

— Ten paciencia ó mátala; yo no puedo hacer mas que darte gusto casándote con ella.

— Muchas gracias, don Luis; ya veo que usted es mi amigo, dijo con un feroz sarcasmo el Gallito.

— No; no me des á mí las gracias, dijo don Luis; dáselas á Dios ó al diablo que han hecho así á Loreto.

VIII

— ¿Y qué dicen esas cartas? preguntó despues de algunos instantes de reflexion el Gallito.

— Son cartas de amor de mi mujer, digo mal, de mi esposa, á un *adorado mio*.

— ¡Adorado mio!

— Sí, estas cartas no tienen mas que ese nombre: cuando una mujer ama mucho á un hombre, con toda su alma, como mi mujer adoraba á la persona á quien escribia, no le llama mas que adorado mio, vida mia, alma mia...

— Y oiga usted, don Juan, ¿cuando la madre de Loreto escribia eso á su amante era ya su mujer de usted?

— No, porque la madre de Loreto no se casó conmigo sino despues de haber muerto *su adorado*.

Y don Luis pronunció estas palabras de una manera terrible.

— Pues hombre, una mujer puede tener muy bien un novio ó un *querido* antes de casarse, sin que el que se case con ella tenga derecho á quejarse, porque ha entrado *por todas* como la romana del diablo.

— ¡Bruto! que no mereces otro nombre: ¿pues crees tú que si estas cartas no valieran las hubiera yo guardado? ¡Ah! estas cartas son la deshonra de mi mujer y la mia.

— Bueno, bien, replicó el tenaz Gallito: pero usted tapó lo hecho.

— Por lo mismo estas cartas acusan un adulterio.

— Pero hombre, ¿ yo creo que una mujer soltera porque tenga amistad con un soltero no es adúltera ?

— Indudablemente ; pero por la fecha de estas cartas aparece que cuando mi mujer las escribia á su adorado, era mi mujer, que por lo tanto era adúltera, y mas aun, que meditaba mi muerte.

— ¡ Cáscaras ! pues no lo entiendo.

— Lee una de estas cartas, dijo don Juan entregándole una.

IX

El Gallito la desplegó, la miró y la devolvió á don Luis.

— Esta letra no es tan clara como la de Loreto, dijo :

— Loreto ha recibido mejor educacion que su madre, esclamó.

« Adorado mio, ven.

La situacion en que me encuentro es terrible.

No contestas á mis cartas.

No quiero creer que me has abandonado cobardemente.

Si lo creyera te despreciaria y yo no puedo despreciarte sin morir.

Seria despertar de un hermoso sueño para tocar una realidad espantosa.

Muy pronto si tú no acudes, estaré públicamente deshonrada.

La naturaleza me denunciará.

Yo no puedo sufrir á este hombre.

Es feroz: me mira de una manera espantosa, me aterra... si un dia se apercibe...

Sus celos se volverian contra mí terribles.

Libértame de él, unámonos, legitimemos nuestro amor. »

— ¡Sopla! esclamó el Gallito: pues esa le iba buscando á usted el cogote, don Luis.

— No, pero lo parece ¿no te he dicho que entonces no era mi mujer? pero el otro estaba en campaña: yo me habia quedado aquí: vivia al lado de ella, interceptaba sus cartas al otro comprando á los criados: lo sabia todo y los celos, la rabia daban á mi mirada, á mi semblante, á mi voz algo que aterraba á María: no, ella no

pensaba en matarme, pensaba solo en casarse con el otro : pero los muertos no se casan.

— ¡ Ah ! ¿ usted mató al consabido?

— No : contestó con voz ronca don Luis : le mataron los franceses, ó por lo menos se dijo que lo habian matado ; no volvió á aparecer mas y se le dió por muerto : entonces María desesperada, importándosele poco vivir ó morir, se casó conmigo : pero declarándome antes, porque creia que yo lo ignoraba, que era madre.

— ¡ Ah !

— Yo no veia nada mas que mi amor : yo estaba loco por ella ; cubierta de lepra que hubiera estado la hubiera hecho mi esposa : era pues, necesario cubrir su honor y el mio : se hizo un manejo, se figuró un casamiento secreto anterior á algunos meses, se arregló en fin la boda de tal manera, que estas cartas aparecen escritas por ella algunos meses despues de haberse casado conmigo.

De estas cartas resulta :

Primero : que durante el matrimonio y á poco tiempo de haberse efectuado , María tenia un amante.

Segundo : que estaba en cinta de él.

Tercero: que le instaba á venir para que la libertara de mí.

Cuarto: que el medio de esta libertad no podia ser otro que el asesinato, puesto que en esas cartas se habla de legitimar un amor adúltero por medio del matrimonio, para lo cual era necesario que María fuera viuda.

— ¡ Ya! ¡ ya! dijo el Gallito sonriendo de una manera feroz.

— Estas cartas te casarán con Loreto, Gallito; yo te lo aseguro: despues... despues puede sucederte una desgracia.

— ¡ Una desgracia á mí! dijo sonriendo con desprecio el Gallito; ¿ eso quiere decir que tambien Loreto tiene un amante? porque yo no creo á Loreto capaz de matar á nadie.

— Pueda ser que Loreto tenga un amante terrible, un amante que antes de permitir que sea tuya te haga pedazos.

— ¡ No hay quien me toque á mí, cuanto mas hacerme pedazos! esclamó poniéndose pálido de cólera el Gallito.

— ¡ Cuidado con esa fanfarronada, Gallito! dijo don Luis.

— ¿ Pero hay amante?

—No lo sé, lo sospecho

—¿Y quién sospecha usted que sea ese amante con tanto *poder* que es necesario echarse á temblar? dijo el Gallito cada vez mas fanfarron.

— Te he dicho que quiero que lo que hablemos sea tan secreto como si yo se lo dijese á una tapia.

— Me está usted quemando la sangre ; ¿usted cree sin duda que yo soy un chiquillo?

— ¿Conoces tú á José María? dijo don Luis.

— ¿A qué José María? contestó al Gallito.

— ¿Qué José María ha de ser cuando se trata de un hombre terrible mas que de José María á quien llaman el rey de Andalucía?

— ¡Ah! ¡ya! ¡sí! ¡el ladron! dijo el Gallito poniéndose pálido y temblando, no de miedo, sino de ira: ¿y á ese hombre quiere Loreto?

— Yo creo que sí.

— ¡Imposible! ¡querer Loreto á un canalla semejante, á un salteador de caminos!...

—¡Que quieres... ellas son caprichosas: peor que José María era el diablo y le quiso nuestra madre Eva.

— ¿Pero usted qué pruebas tiene?

— Que Loreto, á pesar de que la han pretendido los mejores mozos, los mas jóvenes y los

mas ricos de la comarca, y entre ellos muchachos muy finos que han estudiado en Sevilla y en Alcalá y en Salamanca y los ha dejado á todos con la gana.

Que Loreto vino pensativa y de dia en dia se ha ido poniendo mas triste.

Que yo sé que en el camino paró en una venta en donde estaba José María.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas.

— ¿Y no ha podido usted decirme eso hasta ahora?

— Yo queria casarla contigo, porque creia que no te queria.

— Muchas gracias.

— Despues, cuando creí que te queria, porque ella me engañó...

— ¿Y qué sabe usted si le engañó ó no, y si está ella muriéndose por mí?

— No hubiera pretendido quedarse en el convento, no hubiera llorado cuando vió que no tenia otro remedio que obedecer.

— ¿Pero á dónde vamos á parar con todo esto?

— A que José Maria quiere á Loreto y Loreto le quiere á él.

— ¡ Lo dice usted con esa seguridad !

— Escucha: ayer me llamó José María.

— ¡ Cómo !

— Sí, me dió una cita en la Sierra para hablarme de cosas muy importantes y me dió la copia de cierto papel que me compromete.

— ¡ Ah !

— Voy á acabar de decírtelo todo: José María tiene un papel por el que consta que yo mandé matar á mi hermano don Juan.

— ¡ Cáspita ! pues le van á ahorcar á usted, don Luis.

— Eso es difícil, porque el tal papel es falso.

— Pero falso y todo cuando usted le teme es señal de que con ese papel le pueden á usted hacer mucho aire.

— Lo que yo mas siento no es ese papel, porque ese papel no le dará José María si yo le caso con Loreto.

— Usted se guardará muy bien de eso.

— Déjame hablar, que de lo que yo tengo que guardarme bien lo sé: lo que yo mas siento no es ese papel, sino que mi hermano vive.

— ¿ Y qué tiene eso de malo?

— Nada, que el mayorazgo es suyo, porque yo

soy el menor : si me veo obligado á restituirle su hacienda, me quedo á pedir limosna.

— Pues mire usted : lo grande seria tener que restituirle á su hermano de usted, dijo con acento sombrío el Gallito : pero quitándole de en medio...

X

Brillaron de una manera terrible los ojos de don Luis.

Tenia en el terreno en que necesitaba al Gallito de Benasque, y lo creia bastante fuerte, bastante feroz para entenderse de hombre á hombre con José María.

— Si quieres tener á Loreto, dijo don Luis, sírveme.

— ¿ Y qué hay que hacer ?

— Me estorban dos hombres.

— A José María yo le buscaré... ¿ pero dónde está su hermano de usted ?

— En Córdoba.

— ¡ En Córdoba ! ¡ echese usted á buscar un

estudiante vestido de negro en Salamanca! ¿dónde vive ese señor?

— ¿Y para qué está la policía en el mundo? con mandar buscar á un hombre como de cuarenta años, que hace algunos dias ha venido á una de las posadas de Córdoba con una mujer jóven y bonita y dos niños pequeños, y con observar algo cuando este hombre haya parecido, hé aquí el negocio.

— Pues cuente usted con que no durarán una semana ni José María, ni su hermano de usted.

— ¡Una semana! ¡una semana! ¡sabe Dios lo que habrá sucedido dentro de una semana! dijo don Luis.

— Pues bien, dentro de tres dias.

— Tambien es tarde.

— Ahora mismo monto á caballo.

— No: esta noche á las doce vendrá á casa José María.

— ¡A casa! ¿y á qué?

— A hablar con Loreto.

— ¡A hablar con Loreto! ¿y usted ha consentido?

— ¿Y qué habia de hacer si ese hombre me tiene cogido por los cabezones?

— Esta noche le mato.

— Sí... eso es... esta noche te pones de acecho, y cuando veas que se acerca un bulto á la puerta de casa te vas á él, como si saliera de tí mismo, como si tuvieras celos... que no parezca que yo he hablado contigo.

— ¿Y á usted qué se le da si yo le he de matar?

— Por si acaso, Gallito, por si acaso.

— Bueno, bien, como usted quiera : yo le diré: Eh, amigo, por aquí no se pasea á estas horas nadie mas que yo... porque sí... ¿entiende usted?... y si usted se quiere pasear véngase usted conmigo... lo que he hecho con otros.

— Pues bien, cuidado con una imprudencia, porque no te doy la mano de Loreto.

— Descuide usted, que por Loreto soy yo capaz de echarme al fuego.

— Pues vete, y no parezcas hasta que hayas matado á ese hombre.

— Esta noche vendré yo á avisarle á usted.

— Pues hasta esta noche.

— Quede usted con Dios, don Luis.

— Anda con Dios.

Y el Gallito salió pálido, sombrío, decidido, terrible.

—Le matará, dijo don Luis: José María es un lobo, pero este es una fiera... Si yo estuviera seguro de que obligándola á casarse con un ladron seria ella desgraciada... pero yo creo que le ama, que se olvidaria de todo, que seria feliz... ¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres! ¡maldígalas Dios! Si no le mata... entonces se la daré, y porque se la dé José María lo perdonará todo.

Y don Luis se quedó pensando en su crímen, terrible y espantoso como un demonio humano.

CAPITULO V

DE COMO PARA METERSE EN GRAVES AVENTURAS ES NECESARIO CONOCER MUY BIEN Á LAS PERSONAS.

I

Llegó la noche.

Dieron las doce en el reló de la iglesia de Moron.

Era la noche lóbrega.

En los pueblos las calles quedan desiertas muy temprano, abandonadas á los perros ó á alguno que otro novio.

Es muy raro que á las doce de la noche haya

en un pueblo una persona que no duerma y que no lleve ya algunas horas de sueño.

Ahora las villas grandes como Moron suelen tener serenos.

Entonces no los tenian.

II

Nadie habia, pues, que pudiera notar la entrada de José María en la villa.

La casa del alcalde estaba á un estremo del pueblo, á la entrada de la Calle Real.

Poco despues de dar las doce se oyó el trote de un caballo, imperceptible, confuso primero, luego mas distinto, por último cercano.

Un bulto que estaba pegado al gran porton de la casa del alcalde se despegó de ella en el momento en que el ginete, que se habia detenido echaba pie á tierra.

III

— Me parece á mí, compadre, dijo el bulto que habia esperado, que has venido á dar con las narices contra la punta de un pedernal.

— ¡Oh! dijo el ginete; ¿con que tenemos portero? vaya, bueno: llama á la puerta, compadre.

— A donde yo voy á llamar es á tus entrañas, dijo el otro.

— ¿Sí? ¿y cómo va á ser eso? contestó el ginete.

— De esta manera, repuso el primero.

Y sin decir mas se fué con una puñalada hácia el ginete que gritó:

— ¡Ah, traidor, que me has matado!

— ¿Pues qué creias tú que para un José María no habia un María José y hasta un niño Jesus?

Sonó un largo silbido un silbido terrible, que haciendo un esfuerzo habia podido producir el herido.

Inmediatamente se oyeron pasos de muchos caballos.

IV

El Gallito de Benasque, que habia dado ya muestras con aquel golpe á traicion que no era ni con mucho tan valiente como decia, se aterró y escapó.

El bulto que habia sido herido estaba por tierra y se quejaba dolorosamente.

Se sintió una ventana que se abria en el primer piso de la casa de don Luis.

Este sin duda habia estado observando.

Llegaron á poco muchos ginetes á caballo.

— ¿Dónde está el capitan? dijo el herido.

— Aquí, Chuchito, aqui, dijo José María: ¿que es eso?

— Nada, no es nada; pero creo que me han partido el alma de una puñalada.

— ¿Y quién?

— Un hombre que estaba pegado á la puerta del alcalde y que se ha venido á mí cuando eché pie á tierra.

— ¡Ya lo sabia yo!... dijo José María; por eso te habia enviado delante, Chuchito.

—Pues muchas gracias, capitan; aunque bien es verdad, ¿que para qué tengo yo la vida mas que para usted?

—Me parece que hablas muy entero para que eso sea cosa de cuidado, dijo José María.

—Y si lo es, ¿qué hemos de hacerle, capitan? contestó Chuchito; se *espicha*, y en paz.

—Andresillo, dijo José María; á ver si tú te llevas á este y le curas, hijo.

Cuatro bandidos asieron de Chuchito y se lo llevaron.

—¿Lo ve usted, don Juan? dijo José María: los asesinos son siempre asesinos: á pique he estado yo de morir por servir á usted, porque contra un golpe alevoso no hay valor que valga: en fin, bueno: será necesario hacer algo que meta miedo.

—Esto es increible, horroroso, esclamó don Juan.

—Bien, mejor, mejor y mejor, dijo José María: ya sabemos lo que tenemos que hacer: hágame usted el favor, don Juan, de alejarse con Veneno; yo voy á entenderme con ese hombre: ya avisaré á usted.

—Si algo supongo para usted, dijo don Juan, respete usted la casa de mi hermano.

—Yo sé lo que tengo que hacer, dijo con voz impaciente José María; hágame usted el favor de retirarse.

—No quiero que caiga sobre mí, esclamó con energía don Juan, ni una sola gota de la sangre de mi hermano.

—No caerá... esto es cuestion mia, completamente mia, y ahora podia usted creer que le tocaba en algo mi cuestion: retírese usted tranquilo, pero retírese usted.

Esta seguridad dada por el bandido tranquilizó á don Juan que se retiró.

José María se quedó solo en medio de la oscura calle.

Hasta el caballo habia desaparecido.

—¿Y quién puede ser el infame de quien se ha valido ese hombre? murmuró: pero puede ser un accidente casual: Loreto está muy solicitada... algun pretendiente celoso... vamos: obremos con calma: á don Luis no le conviene ponerse enfrente de mí de tal manera; no se atreve.

V

José Maria se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente que estaba cubierta de sudor y procuró tranquilizarse.

Luego fue á la puerta y llamó con mano firme, como si hubiera llamado á su propia casa, como si nada hubiera tenido que temer de la justicia.

Poco despues se vió el reflejo de una luz por las junturas de la puerta, y esta no tardó en abrirse.

Apareció don Luis con una linterna en la mano.

No podia verse si estaba pálido y descompuesto ó no su semblante, porque le envolvia la sombra.

— Venga usted, don Luis, venga usted, dijo José María con la voz ronca, severa y breve.

— ¿Y á dónde he de ir yo? contestó con la voz trémula don Luis.

— Seis pasos al frente de la puerta.

— ¿Y para qué?

— Para ver si encontramos algo en el suelo.

— ¿Se le ha perdido á usted algo?

— Sí, por cierto; se me ha perdido un alevoso.

— ¡Un alevoso!

—Sí; salga usted, busque usted.

Don Juan no se atrevió á negarse y salió.

Inclinó la luz de la linterna sobre el suelo y vió un charco de sangre.

—Aquí han matada á un hombre, dijo José María.

—Yo no tengo la culpa, esclamó temblando don Luis: á Loreto la rondan á todas horas enamorados, y muchos de ellos son feroces: no es la primera vez que ha habido puñaladas por Loreto.

—Bueno, dijo José María, quédese esto aquí por ahora en este punto; pero vea usted cómo me averigua quién ha sido el que ha hecho esta hazaña.

— Lo averiguaré, lo averiguaré, dijo don Luis, lo sabré.

—Entremos, dijo José María.

Y se metió por la casa silencioso, pálido, convulso, terrible.

Don Luis le seguia temblando.

CAPITULO VI

UNA SITUACION ESCEPCIONAL.

I

Todos, hasta los perros, dormian en la casa.

Don Luis, alumbrando con la linterna, avanzaba por el inmenso patio.

José María hacia resonar sus espuelas.

Iba erguido, altivo como un rey á quien precede un servidor que se estremece de miedo.

Entraron al fin en una sala baja.

II

— Esa luz es triste, dijo el bandido á don Luis que habia puesto la linterna sobre una mesa : parece que alumbra á muertos.

Estas palabras tuvieron un no sé qué tan siniestro que el miedo de don Luis se convirtió en pavor.

En silencio encendió un gran velon de cobre que estaba sobre la mesa.

— Los cuatro mecheros, dijo José María ; es demasiado hermosa Loreto para que yo no la quiera ver bien.

— Loreto ! ¡ Loreto ! esclamó don Luis encendiendo los tres mecheros restantes.

— ¿ Creo que nada tenemos que hablar por ahora, dijo José María.

— Sí, sí, tenemos que hablar... me parece... dijo cobardemente don Luis.

— ¿ Y qué es ello ? contestó siempre con acento terrible y amenazador José María.

— Yo no sé á qué hemos venido aquí.

— ¿A qué? quiero hablar con Loreto.

— Es decir, que usted quiere que yo diga á mi hija...

— ¿A tu hija?

— Por ante mi honra, Loreto es mi hija.

— Tú no tienes honor; tú le has vendido al diablo: y mira, te advierto que no me hagas perder el tiempo: busca á Loreto, dila que aquel tio que tenia ha resucitado, que acaba de llegar, que desea verla.

— ¡Cómo! ¿está aquí mi hermano? esclamó estremeciéndose don Luis.

— Eso no te importa, dijo José María: ¿qué sabes tú si esto es un pretesto que yo te doy para que despiertes á Loreto, para que la traigas aquí?

— ¡Pero esto es demasiado.

— Lo que es demasiado es mi paciencia: ¿irás ó no?

III

Don Luis se doblegó.

El bandido le aterraba.

Salió y se fue al aposento de Carlota.

De aquella criada con quien él se entendia.

Que era su instrumento, su espía respecto á Loreto.

Carlota se levantó y fue al cuarto de la señorita.

Loreto dormia.

Pero con un sueño intranquilo, pesado, fatigoso.

Con una especie de insomnio.

— ¿Qué sucede? preguntó inclinándose cuando la despertó Carlota.

— Suceden cosas muy raras, señorita, contestó la doméstica.

— ¡Cosas muy raras!

— Sí señora, el señor acaba de llamar á la puerta de mi cuarto; yo me he despertado sobresaltada.

El señor me ha dicho.

— Vístete.

Yo me he vestido y he abierto.

— Vé, me ha dicho el señor, y dí á la señora que su tio Juan, al que creíamos muerto, está aquí.

IV

Esta noticia cogió desprevenida á Loreto y no la estimó gran cosa.

Sabia que habia tenido un tio, que habia muerto hacia muchos años.

Pero apenas habia oido hablar de él.

Por lo mismo contestó :

— ¿ Y bien, y qué? ¿ es necesario que yo me vista y me levante á estas horas ?

— Sí señora ; así lo dice el señor.

— ¡ Vaya, pues bien, vísteme !

Algunos minutos despues Loreto, vestida ya, recibia al que creia su tio en una habitacion inmediata.

— ¿ Y bien, es cierto lo que Carlota me ha dicho? preguntó Loreto.

— Sí : contestó don Luis que estaba demudado y pálido : tu tio, tu buen tio, mi hermano don Juan, no murió como se dijo hace diez y ocho años en la batalla de Rioseco : ha estado prisionero hasta la paz ; ha corrido mucho mundo, y al fin se le ha ocurrido venir ayer ; ha llegado hace me-

dia hora, y me ha exigido que te llame; quiere verte.

— Yo me alegro mucho, dijo Loreto adaptándose á la situacion: yo agradezco á mi buen tio su impaciencia: pero, ¿dónde está?

— En la sala baja: ven conmigo.

V

Al atravesar el patio, Loreto oyó ruido de espuelas como al andar de un hombre.

Esto no tenia nada de estraño.

Sin duda el buen tio habia hecho su viaje á caballo.

A ella la llevó don Luis.

Cuando la jóven hubo pasado de la puerta don Luis la cerró.

Loreto y José María estaban solos y encerrados.

Al sentir el ruido de la puerta, el bandido se volvió y encontró delante de sí á Loreto.

Esta, al reconocerle, lanzó un grito.

José María estaba inmóvil, estremecido, fijando en Loreto una mirada indescribible.

VI

—¡Oh qué infamia! dijo esta volviéndose á la puerta y procurando abrirla cuando vió que en la sala no habia otra persona que José María.

—¡Oh, sí! dijo este: infamia y siempre infamia: pero yo no soy el infame, no: escúcheme usted Loreto, escúcheme usted.

—Yo no escucho lo que no debo escuchar, respondió con una infinita altivez, con un desden supremo, con una energía inmensa la jóven; puesto que usted ha tenido poder bastante para con mi padre á fin de que haga lo que es inconcebible, use usted de ese mismo poder para libertarme de esta situacion estraña y vergonzosa.

—Usted habla de su padre, dijo José María, y usted no conoce á su padre.

—Tiene usted razon, dijo sin comprender las palabras del bandido que para ella tenian una distinta significacion Loreto: yo no le conocia, yo no le creia capaz...

—No he dicho eso, dijo José María, y voy á

hablar muy claro; es necesario hablar muy claro aunque yo al herirla á usted me hiera tambien en el corazon.

— ¿Qué significan esas palabras? dijo con estrañeza la jóven.

— Que necesito que usted me perdone por lo que voy á decirla, pero es preciso, de todo punto preciso.

— Acabe usted.

— Pues bien, dijo José María: las puñaladas se dan de una vez y con fuerza ó no se dan: el que usted conoce como su padre, Loreto, no lo es.

VII

Pasó por Loreto algo terrible.

Su mirada se hizo vaga.

Palideció de una manera intensa, y se dirigió hácia José María.

— ¿Qué ha dicho usted? esclamó: ¿que no es mi padre don Luis de Villegas? pues entonces, ¿quién soy yo?

— Una hija de la desgracia, contestó José María, una víctima de un crímen.

— Hable usted, hable usted.

— Para eso, señora, es necesario que usted me escuche con valor y con calma.

— ¿ No es esto un pretesto para hacerme estar aquí ? dijo Loreto.

— ¡ Ah, esa duda ! esclamó el bandido : ¡ creer que yo, que la amo á usted mas que á mi alma, la desgarraria el corazon con una mala intencion cualquiera ! ¡ oh, no, no ! ¡ él estará allí, me estará escuchando detrás de la puerta ! ¡ es preciso que él sea quien hable, yo no ! ¡ don Luis, don Luis ! añadió mirando terrible á la puerta : ¡ abre y entra, yo te lo mando !

A Loreto le parecia todo aquello un sueño espantoso.

Hacia esfuerzos para despertar, pero por desgracia estaba bien despierta.

José María iba tomando á sus ojos las dimensiones de un gigante, pero de un gigante siniestro.

VIII

Se abrió la puerta y encogido, terrible, feroz, como un lobo acobardado, adelantó don Luis.

José María fue á la puerta y la cerró.

Luego pasó junto á Loreto, la asió una mano y la llevó junto á la mesa.

La ofreció una silla y la dijo :

—Hágame usted el favor de sentarse.

Loreto se sentó.

José María se sentó detrás de la mesa á manera de juez.

Don Luis estaba de pie, doblegado, aterrado, delante de la mesa.

La luz de los cuatro mecheros del velon iluminaba de una manera fuerte la estraordinaria hermosura de la jóven aumentada por la situacion.

José María tenia fija en ella la mirada absorta.

Loreto miraba de una manera suprema á don Luis, que aparecia como un criminal delante del juez que debe sentenciarle.

CAPITULO VII

UN INTERROGATORIO TERRIBLE

I

— Esto se va á acabar muy pronto, dijo José María : es necesario que cuanto antes este ángel no sufra tu vista : respóndeme : tú tenias un hermano, ¿no es verdad?

De tal manera habia hecho la pregunta el bandido, con tal acento, que don Luis no se atrevió á mentir.

— Sí, dijo de una manera ininteligible.

—Te advierto que respondas de una manera clara, dijo José María: no quiero que la señorita Loreto crea que dices sí á todo lo que te pregunto de miedo: ahora respóndeme: tu hermano amaba á una hermosa jóven, ¿no es verdad?

—Sí, contestó con la voz mas alta, pero mas trémula, don Luis.

—Bien: tú te enamoraste de la novia de tu hermano.

Don Luis no contestó.

—Importa poco tu silencio, dijo José Maria: tú no viste, tú no pudiste ver á la madre de Loreto sin perder por ella la razon y la conciencia.

Loreto ahogó un gemido, pero no interrumpió aquel diálogo para ella tan terrible é interesante.

Don Luis tampoco contestó.

—Tu hermano, continuó José María, oyendo la voz de la patria, se fue á campaña ¿no es esto?

—Sí, contestó don Luis.

—Tú dijiste: á nadie asombrará que mi hermano muera; ¿á qué esperar á que le mate una bala francesa si puedo matarle yo?

—¡Ah! esclamó Loreto poniéndose de pie con un movimiento involuntario.

—Valor, Loreto, valor, dijo José María, porque lo que va usted á oir es terrible: hace muchos años que este miserable y cobarde infame está maldito de Dios.

Loreto se dejó caer sobre la silla y se cubrió el rostro con las manos.

José María la sintió llorar.

II

—Hasta ahora no he necesitado yo ser valiente, dijo; pero en fin, ello es preciso.

Y volviéndose á don Luis continuó:

—¿Tú pagaste con dinero la sangre de tu hermano?

Loreto alzó la cabeza.

Sus lágrimas se secaron.

Sus poderosos ojos negros se fijaron profundos, dilatados, terribles, en don Luis.

—No, yo no... esclamó don Luis.

—¡Que no! esclamó José María poniéndose

de pie airado: ¿quién eres tú que me desmientes?

— ¡Yo estaba loco!

— ¿Pero tú fuiste?

— Sí.

— ¿Tú diste este papel á un hombre?

Y José María sacó una cartera y de ella el terrible papel que habia quitado al tio Damian.

Don Luis se lanzó sobre el bandido pretendiendo arrebatarle el papel.

José María estaba atento.

Rechazó á don Luis de tal manera que dió algunos traspieses y estuvo próximo á caer, y mostrando el papel á Loreto la dijo:

— ¡Valor, señora! ¡lea usted!

Loreto tomó el papel y despues de haber hecho un inútil esfuerzo dijo:

— No puedo: ese papel no tiene letras para mí.

— No ha debido tenerlas nunca para nadie: haga usted un esfuerzo, yo se lo suplico: es necesario que usted conozca al hombre que se llama su padre.

Loreto logró al fin dominar su escitacion nerviosa y leyó aquel papel siniestro.

— ¡Oh! ¡qué horror! dijo.

Don Luis, no pudiendo resistir la situacion, se lanzó á la puerta para huir.

— ¡Ven! dijo el bandido que habia guardado el papel y habia vuelto á sentarse.

Don Luis volvió junto á la mesa como si José María hubiera tenido respecto á él un poder incontrastable.

III

— Tú enviaste á tu hermano el infame asesino á quien habias dado como poder de seguridad este papel; tu hermano, noble y generoso, no vió el puñal que aquel hombre llevaba oculto; no vió mas que á un criado de su casa, á un criado que iba á servirle y que sentó plaza en su regimiento: era necesario que aquel aleve estuviera junto á tu hermano en un dia de batalla; ¿no es verdad?

Don Luis no contestó.

— Responde, dijo José María, ó por mi sangre y la de Loreto me voy á Sevilla y entrego este papel al asistente. ¿No es verdad que en un dia de

batalla el infame criado que tú enviaste junto á tu hermano le dió por detrás una cuchillada tal en la cabeza que cayó del caballo? ¡responde!

—Sí, contestó don Luis como pudiera haber contestado á un terrible conjuro un cadáver.

—¡Y es eso verdad! esclamó Loreto de una manera tal que no parecia que era ella quien hablaba, sino José María.

—¡Sí! contestó don Luis que estaba ya completamente anonadado.

—¿Y usted no es mi padre? añadió Loreto con un acento imposible de describir.

—No, contestó don Luis con voz opaca, espantosa.

—¿Quién era mi padre?... gritó Loreto.

Don Luis se estremeció todo y no contestó.

—¿Quién era mi padre? repitió terrible, severa, Loreto.

—¡Mi hermano! contestó con voz sepulcral don Luis.

—¡El asesinado por usted!

—¡Yo estaba loco!

—¡Dios mio! ¡esto es un sueño del infierno! esclamó la jóven; ¡yo estoy entre un asesino y un bandido!

Se dejó ver en José María un movimiento convulsivo y un gesto de dolor como del que siente una puñalada en el corazon.

Loreto se habia replegado sobre su silla y con la cabeza doblada sobre el pecho lloraba.

Don Luis dió algunos pasos vacilantes y se dejó caer en una de las sillas de uno de los costados de la sala.

— ¡ El maldito de Dios soy yo! esclamó José María.

Y se puso á pasear agitado.

IV

De improviso se detuvo juntó á don Luis y le dijo :

— Véte ; para nada me haces falta ya ; pero no huyas : lo que ha sucedido aquí está tan secreto como lo que no ha sucedido : véte y espera.

Don Luis se levantó y con paso inseguro como un ébrio llegó á la puerta, la abrió y salió.

V

— ¡ Loreto ! ¡ Loreto de mi alma ! esclamó Jose María acercándose á ella ; perdóneme usted : yo no puedo evitar lo que sucede : esto es muy duro, pero no lo he hecho yo : era necesario que usted supiera la verdad para salvarse ; usted estaba aquí vendida : ¡ óigame usted, por Dios ! si yo hubiera sido un infame... ya lo ve usted... ese hombre la ha puesto á usted en mi poder... pero ¿qué importa, si usted para mí es sagrada? ¡óigame usted por Dios ! ¡ su padre de usted vive !

— ¡Que vive mi padre!

— Sí, y está cerca.

— ¡ Oh ! ¡ yo quiero verle ! ¡ yo quiero conocerle ! esclamó Loreto.

— Sí, sí ; pero domínese usted cuanto le sea posible : es necesario buscar á estos males irremediables su único, su solo remedio : es necesario evitar el escándalo por el honor de su madre de usted.

— ¡ Por el honor de mi madre !

— Sí... por su honor... por su nombre de usted se sacrificó su pobre madre.

— ¡Cómo!

— Sus padres de usted se habian amado demasiado, habian sido imprudentes: cuando su padre de usted partió á campaña su madre quedó en cinta.

— ¡Oh, Dios mio!

— Su padre de usted no volvió; se le tuvo por muerto; su madre de usted no llegó ni aun siquiera á sospechar que el amado de su alma hubiera sido víctima de un accidente premeditado con una maldad inaudita, con una calma espantosa. Don Luis la solicitó entonces: ¿qué hacer? ¿arrostrar la deshonra? ¿dar á luz un hijo sin nombre?

— ¡Oh, madre mia! esclamó Loreto llorando de una manera histérica.

— Pero fue noble y leal: lo confió todo á don Luis.

Don Luis convino en todo porque estaba loco de amor por su madre de usted.

Pero su madre de usted fue pura.

Era una de esas mujeres que han nacido para un hombre solo.

Respetó la memoria de su padre de usted.

No fue de don Luis, y murió al darla á usted á luz.

VI

La situacion no podia ser mas estraña.

José María guardó silencio.

— Yo espero, yo deseo, dijo Loreto que no tenga usted mas horrores ni mas desgracias que revelarme.

— No, ya he concluido, contestó lastimado profundamente por la dureza de Loreto José María: he cumplido con mi obligacion, he hecho como los buenos cirujanos que cortan pronto y de una vez lo que es necesario cortar.

— ¡ Gracias ! dijo Loreto dulcificando su acento y tendiendo una de sus hermosas manos al bandido, que este asió temblando : yo no soy dura para usted... es la situacion, perdone usted.

José María cubrió de ardientes besos la mano que Loreto le habia abandonado.

Esta sintió algo estraño.

Algo que se sobreponia á su dolor.

Algo misterioso, completamente nuevo y que le causaba un dolor mas agudo aun.

Algunas lágrimas del bandido habian caido sobre su mano.

La retiró dulcemente.

— ¿Usted ha dicho que mi padre está cerca? esclamó.

— Sí señora: está esperando.

— ¡Ah! ¿sabe mi padre esto?

— Sí señora

— Que venga, que venga... y si es necesario ir á verle, si no quiere entrar en la casa del hermano parricida y fratricida, yo iré.

— Don Juan ha perdonado á don Luis: él vendrá: voy á buscarlo.

— ¡Y entretanto yo sola con ese hombre!

— Nada tema usted; le tengo cogido, aterrado, no se atreverá á tocar á usted ni aun á la punta de un cabello, ni á decirla una sola palabra; su padre de usted espera impaciente; pero está cerca: dentro de cinco minutos estoy aquí con él.

Y José María salió.

La casa permanecia silenciosa.

El patio estaba desierto.

Nadie, á escepcion de Carlota, se habia apercibido que habia sucedido algo en la casa y Carlota era completamente de don Luis.

CAPITULO VIII

EN QUE LA SITUACION DE NUESTROS PERSONAJES NO PUEDE SER MAS EMBARAZOSA NI MAS TERRIBLE

I

No tardó cinco minutos en volver José María.

Le acompañaba don Juan.

Venia convenientemente vestido y alentado pero ansioso.

· Su aspecto era noble, simpático y sobre todo conmovedor.

La belleza de su alma se trasparentaba en su semblante pálido, melancólico, triste, iluminado

por esa suprema espresion de un padre que va á ver á una hija á quien no conoce, á la hija de sus primeros y únicos amores, desgraciados hasta el horror.

Al sentir ruido de pasos y espuelas, Loreto se acercó á la puerta de la sala.

Lo que pasó pertenece al género de aquello para hacer sentir lo cual la pluma es impotente.

Es preferible dejar al lector que se ponga en la situacion.

Todo lo demás seria pálido.

Loreto estaba predispuesta y desde el momento en que le vió se le hizo simpático su padre.

Pero no podia ir mas allá.

Hay momentos de sorpresa en que el corazon nada siente.

Todo lo que es brusco lo rechaza la naturaleza.

Una locomotora no gana en el momento de partir toda su rapidez.

No puede tampoco detenerse en el momento.

Loreto, media hora antes estaba muy lejos del punto en que se encontraba.

Para ella todo era sorpresa, y vergüenza y anhelo.

Porque el que creia su padre no lo era.

Porque su padre era para ella una novedad.

Porque todo aquello se levantaba para ella sobre una desgracia horrible, sobre la tumba de su madre.

II

Para don Juan la cuestion era distinta.

Tenia ante sí, palpitante, estremecida á una jóven hermosísima, á un retrato viviente de María, de aquella criatura adorada á quien no habia podido olvidar.

Y cosa estraña; la espresion dulce del semblante, de la mirada, de la boca de Loreto, su actitud, eran las mismas que recordaba don Juan en María cuando se despidió de ella para ir á campaña, cuando María le abrazó bañada en lágrimas, dominada por un siniestro presentimiento.

Don Juan creyó que no habian pasado diez y ocho años.

Que todo lo que habia acontecido desde el mo-

mento en que se separó de María habia sido un sueño.

Que volvia á verla un momento despues de haberla dejado.

Sintió un vértigo poderoso.

Se encontró envuelto en una atmósfera fantástica.

Y cuando haciendo un esfuerzo volvió al uso de la razon se encontró con Loreto en los brazos, besándole, acariciándole, llorando, gimiendo riendo, enloquecida, feliz.

III

José María, á alguna distancia, observaba esto de una manera singular.

Sombrío y ceñudo.

Apuraba un sacrificio.

Loreto para él era un imposible.

Aquella mujer, que tenia el corazon tan noble, y tan puro, y tan elevado, no podia ser suya.

Ni aun podia amarle.

Y él la amaba de tal manera que se sacrificaba.

La satisfaccion de su amor.

Esto es, la refundicion de su alma en la suya.

— ¡Si yo la hubiera obligado! murmuró: ¿quién sabe?

Pero no se arrepentia.

El sacrificio estaba valientemente aceptado.

Pero no sin dolor, ni sin cólera.

Y era que, á pesar de todo, y como habrán podido comprenderlo nuestros lectores, José María tenia un gran corazon.

IV

— ¡Oh, qué momento, qué momento este tan feliz y tan terrible á la par! dijo al fin don Juan.

— ¡Ah! ¡yo soy muy desgraciada! esclamó Loreto; ¡muy desgracia... y muy feliz... porque usted... ¡oh, Dios mio, usted no se parece al otro!

— ¡Oh! ¡que pasa el tiempo, que pasa pronto el tiempo, Dios mio! dijo don Juan; ¡que me conoces y que me amas!

— ¡Oh, sí, sí! esclamó Loreto; ¡yo le amo á usted, le amo á usted ya, yo siento una cosa mis-

teriosa; parece que mi madre vive en mi aliento, en mi corazon, que en mí le ama á usted!

— ¡Oh! ¡arcángel mio! esclamó don Juan; ¡qué hermosa eres y qué dolor me causas! déjame, déjame que te mire, me parece que estoy mirando á tu madre.

— ¡Oh, Dios mio! esclamó Loreto.

Y se levantó de sobre las rodillas de su padre.

Lo que habia motivado el movimiento de la jóven pasó como un relámpago: habia brillado un momento en los ojos de don Juan.

José María, que se habia retirado discretamente á la puerta de la sala, como una figura fuera de cuadro durante la natural espansion del padre y de la hija, se estremeció de una manera terrible al oir la esclamacion de Loreto y se volvió rápidamente y miró.

Don Juan se habia levantado.

Habia asido la cabeza de su hija y la habia besado en la frente.

Estaba pálido como un cadáver y temblaba.

Loreto, al sentir aquel beso purísimo, se sonrió de una manera inefable y esclamó:

—¡Oh padre mio!

V

— Yo he venido aquí para algo mas, dijo don Juan hablando con esa vacilacion, con esa atonia de los idiotas; ¡ oh ! ¡ sí ! ¡ yo habia venido para algo mas ! ¡ yo tenia un hermano !

Se oyeron resonar rápidamente las espuelas de José María atravesando el patio.

Loreto estaba reclinada sobre el respaldo de la silla en que estaba sentado su padre.

— ¿ Por qué no dominar lo punzante de los recuerdos dolorosos? dijo Loreto ; ¿ por qué abandonarse así al decaimiento por lo inútil de la lucha contra lo imposible?

— Es verdad, es verdad, dijo don Juan ; hay momentos supremos, momentos espantosos. ¡ Tu madre ! ¡ oh Dios mio ! ¡ y yo te he dado hermanos !

— ¡ Hermanos ! esclamó Loreto en un arranque de infantil alegría, pero debajo de la cual palpitaba la amargura ; ¡ hermanos ! ¡ quiero conocerlos !

— ¡ Oh ! ¡ sí ! ¡ dos pequeños ángeles rubios !

¡ ya se ve! ¿qué tenia yo que hacer aquí? yo supe en el depósito de prisioneros que tu madre se habia casado... ¡ y la maldije!

— ¡Padre!

— Sí... yo lo ignoraba todo... yo aborrecí el dia en que nací... yo aborrecí mi nombre, yo lo aborrecí todo, hasta la existencia, y si no puse fin á ella fue porque no me habia olvidado de Dios: yo no podia ser mendigo; yo debia trabajar... y si Dios no bendijo mi amor, bendijo mi trabajo: hace pocos años me encontré con una pequeña fortuna; pasó por delante de mí una pobre jóven desesperada, desventurada, y yo la llamé: no podia protejerla sin unirla á mí, y la protejí... despues... ¿por qué hacerla sentir que me habia casado con ella por protejerla?... esos dos pequeños ángeles son el fruto de mi proteccion á una desgraciada.

VI

En aquel momento sonaron pasos en el patio.

Pasos que avanzaban, que se detenian, que retrocedian.

Al mismo tiempo el rumor de dos voces que altercaban.

Se comprendia que se libraba una lucha entre José María y don Luis.

Que el primero mandaba y que el segundo se negaba á obedecer.

Debia serle terrible la presencia del hermano que habia creido muerto.

Don Juan debia ser para él equivalente á un espectro.

Los que no han cometido el crímen no pueden comprender estos estremecimientos de los asesinos.

El novelista, sin ser asesino, los comprende y los siente, porque lo siente y lo comprende todo.

O debe sentirlo y comprenderlo.

VII

Al fin José María logró hacerle entrar.

Sobrevino otro momento difícil.

Don Juan adelantó.

—¿Me conoces? dijo á don Luis.

Este retrocedió aterrado.

—Pueden ustedes hablar sin cuidado, señores, dijo José María; Loreto lo sabe todo, yo lo sé todo, todos lo sabemos todo; aquí se viene á hacer un negocio, y si alguno tiene inconveniente de hablar, yo hablaré.

—Hace mucho tiempo que te he perdonado, Luis, dijo don Juan.

—¡Perdonado! esclamó don Luis dejando ver una de esas horribles sonrisas sarcásticas que son la espresion mas punzante del despecho y del dolor; ¡perdonado! ¡perdonado!

Y aquellas palabras parecia que querian decir:

—¡Tu perdon! ¡y para qué quiero yo tu perdon!

Don Luis era un escelerato.

Se contenia porque el bandido le aterraba.

—Sí, perdonado, á pesar de todo, dijo don Juan, y perdonado desde hace muy poco tiempo: desde hace tres dias.

—¡Ah! ¡tres dias! esclamó don Luis.

—Sí... yo no sabia nada... nada mas sino que te habias casado... y bien... tú ignorabas que yo la amaba; yo no lo habia dicho á nadie: á quien yo tenia necesidad de perdonar, creyéndola cul-

pable, fue á ella... cuando lo he sabido todo me he acusado de injusto.

Loreto no pudo contener un gemido.

— Estamos perdiendo el tiempo y hablando de cosas inútiles, don Juan, dijo José María; este hombre es un lobo : usted tiene la mania de convertir á todos los hombres, y eso es un disparate ; cada cual es como Dios le ha hecho : estamos ademas atormentando á una persona que ninguna parte ha tenido en todas estas cosas, y bien merece esa persona que no se la atormente : vamos, pues, al negocio, porque yo tambien estoy perdiendo mi tiempo y me canso. Usted, don Luis, va á escribir aquí mismo, por su mano, un papel en que reconozca usted á su hermano y le entregue...

— ¿La hacienda de Loreto, no es verdad? dijo sonriendo ferozmente don Luis.

— ¡ Ah ! esclamó José Maria con el acento de un tirador á quien su contrario, al que cree inferior, da de repente un botonazo.

— ¡ Y es verdad ! esclamó fuertemente contrariado el bandido.

— ¡Es verdad! dijo don Juan.

— De otra manera, dijo don Luis ébrio de una

alegría siniestra, porque al fin podia vengarse de alguna manera, seria necesario deshonrar la memoria de su madre.

—¡Oh Dios mio! ¡esto mas! esclamó Loreto.

—¡Infame! esclamó José María echando mano á un pistolete en el colmo de su furor.

Loreto se lanzó sobre él.

—¡No! dijo; ¡no, porque yo no lo quiero, y aquí mando yo!

—¡Es verdad! dijo José María retirando la mano de su cintura; aquí y allí y en todas partes donde yo mande, manda usted. ¡Vaya con Dios! ¡bueno! pero á esto es necesario darle un corte cualquiera.

—Sí, yo debo alejarme, dijo don Juan, seguir mi duro camino.

—Sí, usted debe alejarse, dijo severamente José María, pero llevando entre las manos el pan de su familia, porque usted tiene familia; si no la tuviera usted, no hubiera usted venido á Moron.

—Yo no sabia que existia ella, mi hija...

—¡Es verdad! ¡sí, es verdad! dijo José María; todas estas cosas nacen de una sola; de la villanía y del corazon de perro... digo mal, de lobo de este hombre.

Loreto no sentirá heredar menos...

— Mis hermanos tienen derecho á partir conmigo la herencia de mi padre, dijo Loreto.

— Tambien eso es verdad, observó José María; yo me he informado, don Luis, y sé á cuánto monta su hacienda de usted : á seis millones de reales : cierto es que usted ha trabajado mucho y que ha aumentado usted su hacienda.

— Yo no quiero mas que pan para esos desgraciados, dijo don Juan ; yo no quiero robar á Loreto : si yo hubiera sabido que Loreto existia, no me hubiera casado nunca, no hubiera vuelto... ni hubiera vuelto tampoco si el mar no hubiese tragado mi pequeña fortuna.

— Lo que yo voy á decir se va á cumplir como si lo sentenciaran Las Mil y Quinientas. ¿Cuánto dinero perdió usted cuando naufragó, don Juan ?

— ¡ Treinta mil duros !... pero nada quiero...

— Será lo que mande yo, ó lo que es lo mismo, lo que mande Loreto : todo esto duele.

Ni una palabra mas.

Mirando que usted, don Juan, como ha dicho usted y yo lo creo, no tendria otros hijos si hubiera usted sabido que Loreto existia :

Mirando que don Luis ha aumentado con su

trabajo propio en dos terceras partes la hacienda, de modo que los bienes libres valen cuatro millones y los vinculados dos:

Mirando á que usted ha injuriado á un viviente creyéndole culpable, y le ha maldecido:

Mirando á que usted antes de sentenciar ha debido...

— Todo esto es inútil, dijo Loreto interrumpiendo: aquí no hay mas que una cuestion: el propietario legítimo de la vinculacion de los Villegas no ha muerto, vive: lo prueba: la vinculacion de los Villegas es suya, con mas las rentas de diez y ocho años y los intereses: esto se le debe dar y esto se le dará: yo nada supongo; yo... un dote para ser monja es cuanto necesito.

— Eso no puede ser, dijo don Juan; yo no puedo probar de derecho que soy don Juan de Villegas; ninguno de mis antiguos conocimientos me reconoceria...

— Pero os reconoce este hombre, y basta para mí á lo menos, dijo José María: usted, don Juan, recibirá en moneda contante y sonante un millon de reales, y para eso no hay necesidad de otra cosa sino de que usted, don Luis, escriba un papel en que confiese que ha entregado usted un

millon de reales á don Luis Alvarez, que así se llama ante el mundo este caballero, porque su padre de usted se lo debia al suyo, contándose los intereses; y aquí paz y despues gloria.

— Es poco, esclamó Loreto; ¿qué digo poco? debe ser todo.

— Es mucho, esclamó don Luis.

— No acabaremos nunca, observó el bandido; y lo dicho, es necesario concluir: siéntese usted y escriba, don Luis.

VIII

Este escribió lo que le dictó José María.

— Tome usted y guarde usted eso, dijo José María dando el papel á don Juan, por si á este hombre sele ocurre decirque usted le ha robado, aunque no se le ocurrirá, porque yo le tengo sujeto por la cabeza.

— ¡ Ah ! esclamó don Juan: usted tiene un papel terrible: un papel que compromete á mi hermano: es necesario que ese papel se lo entregue.

Don Luis miró con ánsia á José María.

— No, dijo este : ese papel no se lo entregaré nunca, seria lo mismo que soltar al lobo.

— Ese papel se entregará á mi... padre... sí, eso es... mi padre ante el mundo... dijo Loreto.

— ¡ Usted me manda, señora, que yo entregue este papel á ese hombre !

— Lo exijo.

— ¿ Sabe usted lo que me pide?

— Lo sé.

— Dios quiera que no se arrepienta usted tarde ; pero y bien, ¿no me quedo yo en el mundo? ¿ no soy yo tan rey como el rey de España? ¿para qué necesito yo jueces ? Pero como es necesario concluir esta misma noche, como es necesario que usted salga cuanto antes de Andalucía, don Juan, ese millon de reales va á ser entregado ahora mismo.

— ¡ Ahora ! ¿dónde tengo yo un millon de reales ?

— ¿ Dónde ? esclamó sonriendo José María: ¿ crees tú que yo no sé dónde y cómo tiene cada ricacho de la tierra baja enterrado su dinero? lo sé : ¿ y por qué no te lo llevas ? dirás tú : porque si yo quito su patrimonio á uno de los ricos hacendados de Andalucía, se espantarian los otros,

no me ampararian, me veria un dia vendido y entregado: no, yo no tomo mas que lo que va por los caminos reales, es decir, por mis dominios: concluyamos: tú tienes tu dinero... allí.

Y José María señaló un ángulo de la sala baja.

Don Luis se puso mortalmente pálido.

— No, dijo; yo no tengo ahí nada.

— Eso vamos á verlo, dijo José María.

IX

Y se fue á aquel ángulo y valiéndose de su puñal levantó algunas baldosas.

Esto fue operacion de algunos minutos.

Don Luis se habia dejado caer sobre una silla.

Se habia acercado á José María y le miraba trabajar.

Don Juan se habia sentado en otro ángulo y aparecia profundamente pensativo.

Loreto estaba pálida y contrariada.

En pocos minutos mas el bandido desembarazó de la argamasa que la cubria una compuerta.

Cuando aquella compuerta se abrió, don Luis avanzó rugiente como un tigre.

Pero le detuvo una sola mirada del bandido.

— ¡Oh! me van á arruinar, dijo.

Y se dejó caer sobre el suelo.

— Los avaros, dijo José María, serian capaces de pegarle fuego al mundo por no perder un maravedí.

Y tomando el velon que estaba sobre la mesa descendió.

Loreto le siguió maquinalmente.

X

Cuando estuvo abajo la sintió José María.

Se volvió y la dijo:

— ¿Por qué me sigue usted? ¿cree usted que yo me voy á llevar algo?

Y pasó por sus lábios una triste sonrisa.

— ¡Oh! ¡no! ¡Dios mio, no! esclamó Loreto retrocediendo; ¡yo no sé por qué estoy aquí!

— ¡Ah! ¡no, no se vaya usted! esclamó José María: cuando estoy junto á usted me parece que tengo á mi lado un ángel bueno.

— ¿Por qué, por qué, esclamó con desespe-

racion Loreto, todo ha de ser para mí adverso, contrario, terrible?

— ¡Ah! esclamó José María; ¡tú me amas, Loreto de mi alma, tú me amas! ¡tú estás desesperada!

— ¡Ah! ¡yo no sabia quién era! esclamó Loreto trasfigurada, pálida; ¡yo no tengo á nadie en el mundo, yo soy hija de la desgracia y del misterio... el crímen me rodea por todas partes!

Ya hemos dicho anteriormente el estado en que se encontraba el corazon de Loreto, la lucha que sostenia.

Todo aquel terror que habia pasado por ella aquella noche, la habia embriagado.

José María le habia parecido grande, inmenso.

No porque lo fuese, sino porque le amaba, y le veia terrible y generoso á la vez, ejerciendo un acto de justicia y completamente convertido á ella.

— ¡Dime que me amas, dímelo, y yo dejaré mis compañeros, yo huiré donde tú me mandes, y si quieres seré todo para tí.

— ¿Abandonarás tú esa vida de infamia? dijo Loreto con los ojos dilatados, con los pálidos lábios entreabiertos y convulsos, palpitante.

— ¡ Sí, sí, por tí todo! esclamó José María.

— Pues bien, yo te amo, esclamó la jóven.

— ¡ Ah ! no vuelvas á decírmelo, no me mires de ese modo, Loreto de mi alma : véte : yo volveré, volveré para decirte : sígueme, sé mi esposa y luego vámonos donde nadie me conozca.

— José, esclamó Loreto : voy á decirte lo que te hubiera dicho muy pronto, porque si tú no hubieras venido, yo te hubiera llamado : desde el momento en que te ví te amé : he luchado conmigo misma hasta despedazarme las entrañas, he querido ser monja, me he desesperado : tenia aun un resto de fuerzas ; pero las revelaciones de esta noche... ¡ ah, José, José! ¡ yo hago mal, yo me olvido de todo... de todo... pero Dios tendrá compasion de mí porque yo no puedo resistir el amor que se ha apoderado de mi alma.

Y Loreto, como espantada de lo que acababa de decir, como si su virtud arrollada hubiera recobrado por un momento sus fuerzas, huyó.

XI

Pasó por la oscura sala.

Nada se oia en ella.

Parecia que los dos hermanos la habian abandonado.

Loreto se refugió en su aposento.

Se encerró y se arrojó al pie del reclinatorio, delante de una imágen de la Vírjen de los Dolores.

— ¡ Madre mia, esclamó, sálvame ! yo he luchado, tú lo sabes, con todas mis fuerzas contra esta pasion terrible : no me abandones ; yo no tengo ya fuerzas, mi alma está pura, mi alma combate contra este recuerdo terrible y tentador; ¡ yo le amo, sálvame, madre mia !

Y Loreto dejó caer la cabeza sobre el reclinatorio y lloró.

CAPITULO IX

DE COMO JOSÉ MARÍA SE CREIA, Y CON RAZON, MEJOR QUE OTROS

I

José María permaneció por algun tiempo inmóvil despues de la salida de Loreto.

En su semblante resplandecia una alegría inmensa.

— He obrado bien, se dijo, y Dios me premia; Loreto será mi salvacion : bien mirado, ¿ para qué quiero yo seguir en esta vida ? Soy rico, muy ri-

co: puedo irme á Portugal con ella, cambiar de nombre; si alguno que me conozca va allí y hace público que yo soy José María, con irnos mas lejos asunto concluido. Vamos, vamos á despachar este negocio: es ya tarde; ¡y ese tonto de don Luis cree que yo no sabia dónde tenia su dinero! Como si mantuviera yo á Cascarrabias para nada, como si Cascarrabias no fuera un zorro que todo lo huele, que todo lo pregunta, que sabe que estos criados lugareños por una copa de aguardiente son capaces de decir cómo tienen las entrañas su amo, si se las han visto alguna vez. Y los criados lo observan todo: no duermen, no viven hasta que se apoderan de los secretos de su amo: ¿y para qué se cubre de ladrillos una compuerta que antes estaba descubierta? ¿para qué se condena un sótano? Pero Cascarrabias no sabe dónde en el sótano está escondido el dinero: no debe estar enterrado, porque si estuviera enterrado no hubiera cubierto la compuerta: tal vez entre aquellos trastos, debajo de aquellas esteras.

II

José María se fue á un oscuro rincon donde habia algunos viejos trastos y algunas viejas esteras, los apartó y encontró diez ollas en fila, cuidadosamente tapadas cada cual de ellas con una piel.

— Eso debe ser oro, dijo José María ; la plata abulta mucho menos, veamos.

Y José María descubrió una de aquellas ollas.

Estaba llena de onzas de oro mejicanas.

— ¡ Ah ! dijo ; por el bulto y por el peso apostaria que aquí no hay mas de mil onzas. ¡ Calla ! yo no habia reparado en que encima de cada olla sobre la piel hay números.

Y Jose María recogió la piel que habia quitado y la examinó.

« 1.000 onzas de oro, » decia sobre aquella piel.

Miró otras dos ollas y encontró sobre ellas el mismo guarismo.

Las restantes hasta la novena tenian un número igual.

Pero la décima, á juzgar por el guarismo, solo contenia seiscientas setenta y cinco onzas.

—¡Calla! dijo el bandido; esta no se ha llenado todavía: estará esperando ese avaro á la cosecha para llenarla. ¡Cuerpo de Patillas! ¡ciento sesenta mil onzas en tan poco terreno! ¡Diablo! ¡es una verdadera tonteria dejar aquí ni una sola onza! ¿no me voy á llevar á Loreto?... ¿no es todo esto de Loreto? pero no, no... Loreto lo sabria, creeria que yo la amaba, no por ella, sino por su dinero, aunque en verdad para llevarme este dinero no necesitaba yo de ella; pero no quiero que diga... no, no, podria despreciarme... resistamos á la tentacion... mas tarde: la quiero yo á ella mas que á todos los tesoros del mundo: el dinero para un hombre como yo está en todas partes: pero Dios no ha hecho mas que una Loreto: es necesario ahora que los mios no se aperciban: dos caballos bien pueden con siete arrobas y media, y yo cargo muy bien con una alforja que pese siete arrobas.

III

José María tomó el velon y salió.

Don Luis estaba replegado sobre una silla y dejaba oir un ronquido penetrante, sordo, como el de un hombre congestionado.

Don Juan permanecia inmóvil, con la mirada fija y espantada.

José María pasó por delante de ellos sin que ninguno le dijera ni una sola palabra.

Salió á la calle y silbó.

Acudió al momento un ginete.

—¿Es usted, señor capitan? dijo.

—Sí, Estebanuelo; vé, hijo, vé, y tráeme mi caballo y el de ese señor que es mi amigo.

—Muy bien.

—Dime, ¿cómo va el Chuchito?

—¡Qué, capitan! ¡si no ha sido nada! una puñalada de traidor: se conoce que el que se la dió no está acostumbrado á darlas.

—Mas vale así: bien empleado le está al Chuchito por confiado: anda, anda por los caballos; yo espero aquí en esa puerta.

El bandido se retiró.

José María se quedó esperando.

Cinco minutos despues Estebanuelo llegaba con los caballos.

José María los tomó por las riendas.

— Véte, dijo, y que se retire la gente; pero vuelve tú: á tí no te conoce nadie en Córdoba, ¿no es verdad?

— No, capitan.

Reflexionó un momento José María.

— No, no vuelvas, dijo al fin; á marchar al momento.

— Buenas noches, capitan.

— Buenas noches, Estebanuelo.

El bandido se alejó.

José María metió los dos caballos en el patio y cerró la puerta murmurando:

— Mas vale así, sin testigos: á mí me conocen muy pocos; no entraré en Córdoba; y si me conoce alguno, ¡qué diablo! ya veremos por dónde salimos.

IV

Quitó las alforjas á los caballos y entró con ellas.

Atravesó la sala sin que ninguno de los dos hermanos le hablase.

Bajó.

Poco despues volvió á subir cargado de una alforja, pero dejando conocer que tenia unas grandes fuerzas, porque marchaba de una manera desembarazada

Entonces don Luis se alzó en un movimiento desesperado y se lanzó con las manos crispadas hácia el bandido.

—¿Y bien, qué? dijo este lanzando una mirada sombriamente amenazadora á don Luis.

Este retrocedió aterrado y volvió á dejarse caer sobre la silla.

José María salió.

Poco despues volvió á entrar.

Bajó y apareció en un breve espacio con las otras alforjas.

Atravesó la sala.

Salió y volvió á entrar de nuevo.

Entonces se dirigió á don Luis, se detuvo delante de él, sacó su cartera y despues el papel terrible.

—La reina de mi alma dijo José María, me ha mandado entregarte este papel que te compromete.

— ¡Ah! esclamó don Luis apoderándose con ánsia de aquel terrible papel.

Y se leventó y se acercó á la luz como para examinarle.

Apenas se hubo enterado de su contenido le aproximó á la luz.

El papel ardió.

— Sí, sí, dijo José María; has hecho bien: esos papeles deben quemarse: lo mejor es no escribirlos nunca.

— ¡Ah! esclamó don Luis mirando con una espresion de hiena á José María.

— ¡Qué me importas tú! dijo este con desprecio: ¿crees que porque no tengo ese papel podrás atreverte á mí? vergüenza me daria de conservar seguridades contra tí: ese papel ha desaparecido ya: ahora escucha: Loreto me ama, ¿entiendes?... ¡me ama! la dejo en tu poder porque estimo su honra. ¡Cuenta con lo que haces de

ella!... ¡cuenta conmigo! ¡adios! Sígame usted, don Juan.

Don Juan se levantó y siguió á José María como un ébrio, sin volverse siquiera á saludar á su hermano.

— Ahí tiene usted su caballo, le dijo José María.

Don Juan tomó las riendas

— En ese caballo y en el mio van cuarenta y ocho mil duros: creo que con eso podrá usted dar pan á sus hijos.

— ¡Gracias! dijo don Juan con voz ahogada.

Salieron de la casa y José María encajó la puerta.

Montaron.

— Ahora, al trote y silencio, dijo José María: sígame usted.

Los caballos partieron.

V

Muy pronto estuvieron fuera del pueblo.

A alguna distancia de él, José María dijo:

— ¡ Y ni aun ha querido usted despedirse de Loreto !

— No, esclamó don Juan con voz ronca : no existe Loreto para mí.

— ¡ Ah !

— ¡ Loreto es para mí su madre ! esclamó don Juan.

— Ustedes están malditos de Dios, esclamó José María ; un hombre que no ve en su hija mas que su amante, muerta hace diez y ocho años, debe morir de mala muerte, Dios no puede ayudarle : usted no acabará bien.

Un nuevo gemido fue la contestacion de don Juan.

VI

Antes del amanecer llegaron á la Alcolea.

Tanto habian corrido los caballos á pesar de que iban cargadísimos.

José María se detuvo y echó pie á tierra.

— Desmonte usted, dijo á don Juan.

Este desmontó.

José María quitó á su caballo las alforjas y las puso sobre el de don Juan.

—Vaya usted con Dios, le dijo, ya está usted socorrido.

—¡Ah! ¡usted es un hombre de corazon! esclamó don Juan.

Y se arrojó á los pies de José María.

—Levántese usted, dijo este, y váyase: á mí me da vergüenza de estar mas tiempo que el necesario al lado de usted. ¡Dos hermanos que Dios ha hecho el uno para el otro! ¡malditos! ¡el uno no conoce á su hermano y le mandó matar! ¡el otro... el otro nó conoce á su hija... no ve en ella mas que una mujer y la espanta y la escandaliza. ¡Váyase usted! ¡José María el ladron es mas honrado que ustedes dos!

Y poniéndose de un salto sobre su caballo huyó á la carrera hácia la sierra.

CAPITULO X

DE COMO POR HABLADOR SE COMPROMETIÓ GRAVEMENTE SIN SABERLO EL GALLITO DE BENASQUE

I

El Gallito de Benasque, despues de haber dado la puñalada, habia escapado.

Para él era indudable que habia matado á José María.

Habia cogido su caballo y se habia ido á Córdoba.

Tenia miedo, no de que le hiciesen responsable de la muerte del bandido, que por el contra-

rio por esto esperaba un premio, sino receloso de que si dejaba conocer en el pueblo que le habia matado, si permanecia en él, no pudieran librarle en el primer momento los de Moron de la venganza de la gente de José María.

Este bandido y los suyos imponian un terror que tenia algo de supersticion, porque se exageraba hasta lo infinito el poder de los bandidos.

Se propuso guardar silencio acerca de la hazaña que creia haber hecho hasta que terminase su segunda hazaña.

Esto es, matar á don Juan.

De esta manera don Luis no podia decir que aquel habia resucitado.

II

El Gallito, bien provistos los bolsillos de oro, se entró en una posada de Córdoba donde era muy conocido porque paraba siempre en ella.

Habia llegado poco despues del amanecer.

Estaba rendido y se acostó.

Cuando se levantó á las doce, pidió de almor-

zar y mientras almorzaba dijo al mozo que le servia:

— ¡Qué tal Silverio! ¿cómo te va, muchacho?

— Bien, muy bien, dijo el mozo sonriendo: la semana que viene me caso.

— ¡Cómo!

— Sí, con Pascuala.

— ¿Con la moza de la posada?

— ¡Pues con quién ha de ser!

— Vamos, pues, envíamela por aquí: Pascuala y yo somos muy buenos amigos y la daré algo para ayuda del dote.

— Muchas gracias, señor don Gil, usted es muy bueno, dijo Silverio sonriendo de una manera estúpida.

— ¿Y qué noticias hay por Córdoba?

— Mire usted, dijo Silverio mordiéndose un dedo, lo que hacia que su voz produjese un sonido muy raro; ayer no habia ninguna noticia, pero hoy hay una.

— ¿Cuál?

— ¡Calle usted, señor! ¿cuándo se acabará esto? ¡esto es un escándalo! ¡á las puertas de

Córdoba y un hombre tal, ya se ve como que ese hombre era José María !

— ¡ José María ! ¿ y qué ha hecho ? dijo el Gallito creyendo que la última hazaña del terrible bandido habria tenido lugar, como era natural, antes de su muerte.

— ¡ Qué ha de haber hecho ! que ha robado á diez arrieros y los ha hartado de golpes á las mismas puertas de Córdoba este amanecer.

— El amanecer de ayer dirás, tonto ; esclamó terrible el Gallito.

— El amanecer de hoy, repitió con firmeza Silverio chupándose siempre el dedo.

— Vamos, tú estás loco· ó borracho, ó soñando.

— ¡Mataban! esclamó Silverio.

— Mira no te suelte un morrillazo que te haga juntar la cabeza con los pies, tunante, dijo irritado el Gallito : ¿te quieres tú burlar de mí?

— Yo no quiero burlarme de usted, señor, dijo Silverio ; pero digo la verdad : ¡ si conocerá el tio Piqueras al señor José María ! ¿ digo? y con esta le ha robado cinco veces.

— ¡ Cuando te digo yo que José María la entregó anoche !

— Entregaria todo lo que usted quiera menos el pellejo, contestó Silverio : en fin, si usted quiere, el mismo tio Piqueras, que está deslomado en la cama, se lo dirá.

— El tio Piqueras será tan embustero como tú, ó habrá visto visiones.

— El tio Piqueras vé mas que un grajo, y en echando él una vez el ojo á una persona no se le despinta aunque pasen cien años : ademas que se ha preso á un individuo sospechoso que se cree que tenga que ver con el señor José María, porque ha entrado esta mañana al amanecer con una carga de dinero.

— ¡Cómo! ¡cómo!

— Y ha llegado un propio del alcalde de Moron hoy á las cinco, diciendo que esta noche José María le ha hecho un robo de cuarenta y ocho mil duros y como cabalmente, registrada que ha sido esa persona sospechosa, se le han encontrado en su cuarto, aquí al lado, porque paraba en la posada, cuarenta y ocho mil duros en onzas de oro, el alcalde mayor ha depositado el dinero y ha metido al tal señor en la cárcel; por mas señas que cuando salió entre los alguaciles decia:

— ¡Yo estoy maldito de Dios!

— ¡Oiga! esclamó el Gallito que se iba poniendo sério.

— Y por mas señas que la mujer de ese hombre sospechoso, que hace cuatro dias andaba llena de andrajos, se colgaba á él, y á él se colgaban llorando los dos chiquillos.

— ¡La mujer, los chiquillos!

— Sí señor, una mujer muy jóven y muy guapa, muy rubia y muy blanca que parece de *estrangis* y que habla muy mal el español.

— ¿Y esa mujer está aquí todavía?

— Sí señor, porque á mas de los cuarenta y ocho mil duros de que había dado parte el alcalde de Moron tenia veinticinco ó treinta, ó yo no sé cuántas onzas, y el señor alcalde mayor, en caridad y movido de sus lágrimas, no ha querido embargárselas, y como tiene con qué pagar está ahí.

— ¿Y podré yo ver á esa señora?

— Yo no sé, porque se ha encerrado.

— Mira, anda y dile que aquí hay un caballero que es muy amigo del alcalde de Moron, que tiene aquí en Córdoba muy buenas relaciones y que podrá servirle de mucho á su marido.

— ¡Bah! pues allá voy, dijo Silverio y salió.

III

Poco despues volvió Silverio.

— Esa señora dice que puede usted ir cuando quiera.

— Pues allá voy : mira dame un limpion con el cepillo.

El Gallito no se queria presentar de cualquier manera delante de una mujer guapa, porque aunque estaba ciegamente enamorado de Loreto, esto no impedia le gustasen las demas.

— Vea usted aquí, decia mientras le acepillaba Silverio, de qué manera me ahorro yo tiempo y dinero : no tengo que buscar á la policía, ni andar de ceca en meca : me he encontrado á mi hombre debajo del brazo, y una buena moza, mujer de un marido viejo que está en la cárcel: en cuanto me vea á mí con mi *labia* y mi buena cara y mi robustez tenemos un buen entretenimiento, y muy á gusto, porque á nuestros enemigos contra una esquina : ¡ y vaya si es nuestro enemigo ese hombre ! ¡ el picotazo ha sido flojo! ¡ cuarenta y ocho mil duros de menos del dote de

Loreto! pero se los han cogido; del mal el menos: ¿pero quién sabe? es necesario averiguar lo que es esto.

Y como Silverio hubiese acabado de acepillarle se arregló el pañuelo encarnado de seda de la India, que le servia de corbata, se estiró la chaqueta, que no gastaba otra cosa sino en los dias de ceremonia, se puso la capa de la cual no se desprendia en ningun tiempo, y se colocó el sombrero de medio lado y echado sobre los ojos á lo guapo.

En esta disposicion se entró en el cuarto de la desconsolada señora, al que le llevó Silverio.

IV

Este se bajó al portal de la posada.

El mozo de paja y cebada estaba sentado en ese banco largo y estrecho y generalmente cojo que hay en todas las posadas, y junto á él partia piñones con una dentadura blanquísima y fuerte como la de un lobo un personaje lo mas lijeramente vestido del mundo, y á quien ya conocemos.

Este personaje era el pillete Cascarrabias, el espolique de los ladrones, que habia sido comisionado para observar la posada del *Huevo de Oro*, que así se llamaba, y que acababa de llegar y de pagar la *hebra* con el mozo de paja y cebada.

Los tunantes, aunque no se hayan visto se conocen y son siempre amigos, porque á primera vista simpatizan.

Cascarrabias, con una gran habilidad, habia traido al Loro, que así se llamaba el mozo de paja y cebada, á la conversacion que le convenia.

— Vaya, hombre, decia Cascarrabias al Loro en el momento en que llegaba Silverio: ¡ pues la noticia es menuda ! ¿ con que le han robado esta noche pasada al alcalde de Moron en su propia casa cuarenta y ocho mil duros ?

— ¡ Con los divinos dedos! dijo el Loro : vamos hombre, ¡ se le hace á uno la boca agua ! los alguaciles iban cargados como mulos : ¿ quién habia de creer que aquel viajero zarrapastroso era compañero de José María ?

— ¿ De José María ? dijo Cascarrabias abriendo tanta oreja.

Silverio escuchaba tambien esperando una ocasion de tomar parte en el diálogo.

— ¿Pues quién ha de haber sido mas que José María? dijo el Loro.

—Muy de prisa lo dices tú, contestó Cascarrabias: ¿á qué diablos habia de entregar á nadie José María cuarenta y ocho mil duros? y luego, ¿á qué habia de enviarle con ellos á Córdoba?

— Yo digo que debe de haber sido José María, dijo el Loro, porque mira tú: don Juan llegó esta mañana al amanecer con un caballo cargado y bien cargado, eso lo sé yo porque ayudé á don Juan á subir la carga: don Juan habia venido por la puerta de Alcolea: pues bueno, á la hora en que llegaba aquí don Juan José María robaba y apaleaba al tio Piqueras y á los otros en el puente de Alcolea, á una media legua.

— Eso no quiere decir nada, dijo Cascarrabias.

— Eso quiere decir, insistió el Loro, que José María ha venido acompañando á don Juan.

— Si te oyese el Gallito de Benasque, dijo Silverio, te diria que mentias

— ¡A mí!

— ¡ Vaya ! ¡ si el Gallito de Benasque dice que anoche mataron en Moron á José María!

— ¡ Que se vaya á paseo el Gallito de Benasque! ¡ qué le diga al tio Piqueras que á José María le mataron anoche !

— Mira, cada loco con su tema ; yo no me he metido á disputar, porque el Gallito siempre que viene cuando se va me deja cuatro duros ó media onza, segun el tiempo que ha estado, y es menester darle gusto : ¡ á ver como no dice que han matado á San Rafaél el del triunfo !

— Pues cuando lo dice, saltó Cascarrabias, será por algo.

— A mí se me figura, dijo Silverio, por lo lleno de aire con que me lo dijo el Gallito, que él cree, como cree en Dios, que ha matado anoche á José María : que diga lo que quiera ; á todo amen : me voy á hacer las camas que es ya tarde.

— Y yo á dar pienso.

Los dos se fueron separando de Cascarrabias como si se hubieran separado de un poste.

Cascarrabias se levantó y se salió á la calle murmurando:

— Vamos á decir al capitan lo que sucede, y

que ya se sabe quién ha sido el que ha dado esa mala *mojada* de anoche al Chuchito.

Cascarrabias tomó á buen paso hácia la puerta de Alcolea, y cuando estuvo en el camino real tomó una senda á campo atraviesa y partió á la carrera.

Recorrió en un cuarto de hora una media legua y se metió por un encinar.

Una vez dentro silbó.

A poco apareció uno de los hombres de José María á caballo.

Cascarrabias saltó á la grupa con la agilidad de un mono y dijo :

— Mucha espuela, señor Bartolo, mucha espuela, es necesario llegar en tres credos á donde está el capitan.

CAPITULO XI

DE COMO LA FATALIDAD IBA DETERMINANDO LOS SUCESOS DE ESTA VERÍDICA HISTORIA

I

El Gallito, cuando hubo entrado en el aposento á donde le habia conducido Silverio, se encontró con una jóven como de veintidos años, blanca, rubia, esbelta, muy modestamente vestida, pero muy hermosa.

Dos niños, el uno de cuatro y el otro de cinco años, pobremente vestidos, estaban asidos á la

falda de esta jóven y miraban con recelo, pudiéramos decir que con miedo, al Gallito.

Los niños poseen un maravilloso instinto.

Esta jóven tenia los ojos encendidos de llorar, y en su dolor, y con el descuido de su traje y de sus cabellos, aparecia mas hermosa.

II

El Gallito se impresionó y empezó por estremecerse.

Pero no por un sentimiento noble.

Era que, como suele decirse, le habia llenado el ojo la rubia.

— ¡Válgame Dios, señora! dijo, ¡válgame Dios, y qué cosas pasan en el mundo!

— ¿Usted es pariente del alcalde de Moron? dijo la jóven hablando con facilidad y correccion, pero con un marcadísimo acento estranjero.

— Pariente no, dijo el Gallito; por ahora á lo menos: mañana será otra cosa, porque Loreto me quiere y yo la quiero á ella y nos casaremos; entonces seré hijo político de don Luis, ahora no soy mas que muy amigo suyo, mucho.

Y el Gallito daba vueltas en las manos á su sombrero calañés y se comia con los ojos á doña Luisa, que así se llamaba la esposa de don Juan.

—Pues su grande amigo de usted acaba de hacer una infamia con mi marido, con su hermano, dijo con una estraordinaria vehemencia la jóven.

—¡Con su hermano! ¡válgame Dios! dijo el Gallito procurando aparecer admirado; pero, señora, si don Luis no tenia mas que un hermano y este murió cuando los primeros franceses.

—No murió, dijo doña Luisa; Dios no quiso que muriese: su hermano lo sabe bien: ¡esto es horrible! pero siéntese usted, deje usted el sombrero.

El Gallito puso el sombrero sobre la mesa y se sentó.

Junto á él se sentó doña Luisa á alguna distancia.

Habia comprendido que necesitaba mostrarse séria con su visitante.

—Le he recibido á usted, dijo acentuando estas palabras, porque el criado de la posada me ha dicho que usted es muy amigo de... de mi cuñado.

—Sí, sí señora; yo soy muy amigo de don Luis y puedo hacer por él mucho.

—No, no, dijo doña Luisa; yo no quiero que haga usted nada en el sentido de interceder, no: entre ese hombre y nosotros no puede haber mas que guerra á muerte.

—¡Guerra á muerte, señora! ¡válgame Dios! esto se arreglará.

—Sí, lo arreglarán las leyes... las leyes, sí señor, añadió doña Luisa respondiendo á un movimiento grosero que no pudo contener el Gallito: y tan lo arreglarán, que creo que muy pronto quien tendrá que suplicar no seremos nosotros, sino él.

—¿Pues entonces para qué me necesita usted, señora? dijo el Gallito desconcertado porque vió que no tenia emboque con la hermosa rubia.

—Quiero que me haga usted el favor de llevar un mensaje mio á ese hombre.

—Lo que usted quiera, señora, lo que usted quiera.

—Dígale usted que mi marido, que es muy bueno, ha podido conformarse con los cuarenta y ocho mil duros que le dió, y que yo me hubiera conformado tambien por no disgustarle y por-

que no soy avara ; pero que habiéndose atrevido á dar parte al alcalde mayor de que mi marido, valiéndose de un ladron, le ha robado, pidiendo se le prendiera, no es ya posible generosidad alguna : yo tengo hijos y les corresponde de derecho el nombre y la herencia de su padre : que le intimo retire su acusacion, satisfaga la honra de mi marido, le reconozca como hermano mayor y le entregue su hacienda, ó de lo contrario, cosas pueden sobrevenir que cuesten muy caro á ese hombre... puede ser que vaya á la horca.

— ¡ A la horca !

— Sí, porque á la horca van los fratricidas.

— ¿ Y cómo probará ese señor que es el hermano mayor de don Luis?

— El alcalde que ha venido á prenderle le ha reconocido.

— ¡ Reconocido !

— Sí, en cuanto le vió : es un antiguo compañero de armas de mi marido.

— ¡ Es estraño ! dijo mirándole ; se prende á usted por un parte del alcalde de Moron, y usted se parece á él ; sí : yo creo que estoy hablando con el alférez de Saboya don Juan de Villegas.

— Y yo estoy hablando con el alférez don Pedro

Soto, dijo mi marido que miraba fijamente al alcalde.

Este se ha puesto pálido y ha dicho al escribano que le acompañaba :

— Usted librará testimonio de que el señor don Juan Alvarez, como se dice en el parte del alcalde de Moron, ó el señor don Juan de Villegas, como yo lo creo, me ha reconocido como su antiguo amigo el alférez de Saboya don Pedro Soto.

Entonces mi marido se ha abierto los cabellos y ha mostrado una larga cicatriz al alcalde.

— Esta es la cicatriz de la cuchillada que recibí en Rioseco y por la que se me tuvo por muerto.

— Dos compañeros nuestros, dijo el alcalde, viven en Córdoba : hay ademas ocho soldados de nuestro escuadron : se hará una instruccion minuciosa... se obtendrá una prueba... yo nada te he dicho... que conste esto, escribano... te voy á incomunicar : tú harás una relacion de la batalla, de las personas que te rodeaban cuando fuiste herido... ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ vamos ! ¡ vamos ! ¡ alguaciles ! ¡ que nadie hable con el preso !

— ¿Todo eso ha sucedido? dijo confuso el Gallito.

—Sí, todo eso; ademas mi marido tiene un papel firmado por ese hombre.

—¿Y qué dice ese papel? dijo completamente aturdido el Gallito acordándose del terrible papel de que le habia hablado don Luis.

—Dice, contestó doña Luisa, que entregó de buena voluntad y en pago de una deuda antigua de en tiempo de su padre á mi marido un millon de reales.

El Gallito respiró.

Ella habia notado la turbacion del Gallito.

— Ademas, dijo á la aventura con una sagacidad estrema, tiene otro papel... terrible.

—¿Cuánto quiere por ese papel su marido de usted? dijo el Gallito.

—Nada ó todo, dijo doña Luisa.

—Yo no sé, yo no sé, dijo el Gallito á cada momento mas desconcertado; en fin, yo iré á hablar á don Luis: yo no sabia nada; estas son cosas de familia.

—Por lo mismo es necesario que se arreglen en familia y cuanto antes.

III

En aquel momento tocaron á la puerta.

—Adelante, dijo doña Luisa.

Entró un anciano de aspecto noble y respetable, blanca la cabeza, completamente vestido de negro, sério y grave y con apariencias de gran señor.

El Gallito se puso pálido y se levantó vivamente.

Aquel caballero era el alcalde mayor de Córdoba.

Este, aunque le conocia mucho, no reconoció por el momento al Gallito.

Su atencion estaba fija en doña Luisa.

—Señora, la dijo, yo soy don Pedro de Silva, alcalde mayor de Córdoba.

—¡Ah, señor! ¡mi marido!... esclamó doña Luisa.

Y rompió á llorar.

—Tranquilícese usted; sentémonos, dijo el alcalde mayor, tenemos que hablar.

Y como reparase en el Gallito le dijo:

—¡Ah! ¿es usted, don Gil?

— Sí señor, servidor de usted, contestó turbado el Gallito.

— ¿Cuándo ha venido usted, amigo mio? preguntó severamente el magistrado.

— Esta mañana al amanecer.

— ¿Y cómo es que está usted aquí, en el cuarto de esta señora?

— He sabido que su marido habia sido preso por un robo, segun se decia, hecho á nuestro amigo don Luis de Villegas, y he venido á intervenir...

— ¿Y á qué ha venido usted á Córdoba?

— A... á pasearme, á divertirme.

— Segun creo, hay ciertos tratos de matrimonio entre usted y la hija de don Luis de Villegas... nuestro amigo.

— Si señor...

— Es usted, pues, un pariente interesado de la familia de don Luis de Villegas.

— Sí señor, indudablemente... pero...

— Pero viene usted á buscar la familia de un preso misterioso...

— ¡Yo!... esto ha sido una casualidad.

— Hay casualidades que comprometen, señor

don Gil: yo, en homenaje á la justicia, me veo obligado á prender á usted.

—¡Prenderme á mí! dijo poniéndose pálido de cólera el Gallito: mire usted lo que hace, señor alcalde mayor.

—Yo prendo á usted, dijo con firmeza el magistrado; despues veremos lo que sucede: y como es usted rico y puede usted seducir al alguacil, y ponerse en connivencia con él ó escapar, yo no le dejo á usted salir de aquí.

Y levantándose y yendo á la puerta dijo:

—¡Hola, alguaciles!

El alcalde mayor llevaba siempre de dia algunos alguaciles de su ronda de noche.

—Que nadie salga de este aposento sin que lo mande yo.

Se retiró y cerró la puerta, sentándose de nuevo.

IV

—Estas son cosas que á mí me suceden, dijo el Gallito, por meterme en lo que no me impor-

ta, porque yo no necesito que Loreto sea rica; soy yo diez veces mas rico que su padre.

— Bien, bien, ya hablaremos de esto: me espera esta señora con una impaciencia muy natural. Ahora bien, como usted va á ser incomunicado, por ser así necesario á causa de los indicios vehementes de complicidad en un crímen de usurpacion capciosa y violenta de estado civil, importa poco que usted oiga lo que voy á decir á esta señora.

— Yo saldré bien, dijo el Gallito.

— Yo lo creo... pero saldrá usted mucho mejor si revela lo que sepa.

— Yo sé...

— Mas tarde, mas tarde, señor don Gil. Ahora, señora, me apresuro á decir á usted que esté tranquila: la Providencia ha hecho que vivan, que estén en Córdoba y en posiciones importantes hombres que han conocido mucho á su marido de usted, al padre de estos angelitos.

Y el alcalde mayor acarició á uno de los pequeñuelos que se habia acercado á él.

— ¡Gracias á Dios! esclamó doña Luisa levantando al cielo los ojos llenos de lágrimas.

— Una de esas personas, señora, continuó el alcalde, soy yo.

Juntos estuvimos su marido de usted y yo en el seminario de Córdoba.

Ni él ni yo teníamos vocacion para la iglesia.

Eramos grandes amigos, aunque yo tenia diez años mas que él.

Nos unia una igual apreciacion de las cosas, una igualdad de gustos.

La invasion francesa vino á libertarnos del seminario.

Entrambos tomamos las armas por la patria.

Pero fuimos destinados á distintos cuerpos, á distintos ejércitos.

Yo no le volví á ver.

Me dijeron que habia muerto en Rioseco y le lloré.

Hoy por la mañana he recibido un parte terrible.

Mejor dicho, dos partes.

El uno era el del alcalde de este barrio.

En él me decia que un arriero se habia presentado maltratado y robado en esta posada al amanecer.

Que quien le habia robado era ese funesto José María.

Que en la posada habia un sugeto sospechoso que se llamaba don Juan Alvarez

Que este sugeto, que parecia miserable, habia llegado antes de que llegase el arriero robado con una carga de dinero, y que este podia tener alguna relacion con José María, que habia estado al amanecer junto á las puertas de la ciudad.

En vista de este parte libré, como era justo y necesario, auto de prision contra el don Juan Alvarez, comprobado que fuera por algun indicio el parte.

El ministro de justicia que vino á prenderle encontró en efecto cuarenta y ocho mil duros en este aposento, cuya procedencia no pudo esplicar el preso mas que presentando un papel firmado por el alcalde de Moron.

Pero este papel era inverosimil.

No se comprendia cómo podia haberle dado aquel papel sin formalidades de ningun género, sino solo un papel simple y sin fuerza de ley.

Ademas acababa yo de recibir un propio que me enviaba el alcalde de Moron con el parte de que un don Juan Alvarez, amparándose del ban-

dido José María, habia entrado en su casa á la media noche, le habia sorprendido y le habia robado cuarenta y ocho mil duros, haciéndole firmar un papel de resguardo que no tenia ni podia tener fuerza alguna.

Su marido de usted por consecuencia se encontraba en una situacion muy difícil.

Pero el alcalde que habia venido á prenderle le habia reconocido, y él, sin antecedente ni palabra alguna, habia reconocido al alcalde.

En cuanto acabé mi audiencia, me trasladé yo á la cárcel con un escribano, y á primera vista reconocí á su marido de usted.

Él me reconoció tambien.

Para que constase, y en presencia de testigos, le hice muchas preguntas sobre nuestra vida del seminario.

Asistieron algunos de los antiguos compañeros que han quedado en el seminario como maestros y todos le han reconocido y convenido en los hechos.

Preguntado acerca de la batalla de Rioseco, ha declarado cosas importantísimas, en que despues han convenido al pie de la letra.

La identidad, pues, de don Juan de Villegas

está probada, y como no se le puede acusar de ladron de lo suyo, solo queda que responda al hecho de haberse amparado de un bandido.

— Ese bandido ha sido para nosotros muy generoso, señor alcalde mayor, dijo doña Luisa.

— Sin embargo, ha sido un medio estraño, peligroso... en fin, ya veremos... ya veremos... su marido de usted me ha esplicado... sus esplicaciones no satisfarán á la severidad de la ley, pero en todo caso un indulto lo arreglará todo. Entretanto yo no puedo permitir que la esposa de mi antiguo compañero permanezca en una posada teniendo yo casa.

— ¡ Ah, señor ! esclamó doña Luisa.

— Nada, nada... mi coche está á la puerta, usted se va en él y yo me llevaré á este buen mozo.

— ¿ Podré esperar de usted una gracia ? dijo doña Luisa.

— Cuanto usted quiera que sea posible.

— Supongamos que este señor ha venido á espiarnos...

— Señora, esclamó el Gallito : juro á Dios y á María Santísima que ha sido una casualidad : yo puedo probar que paro siempre en esta posada.

— Bien, dijo ya mas blando el alcalde mayor: ¿ pero por qué ha venido usted á Córdoba ?

— ¡Huyendo ! esclamó el Gallito.

— ¿Huyendo de quién ?

— De la venganza de los compañeros de José María.

— ¡ Cómo !

— Yo creia que anoche, á la media noche, habia matado á José María.

— ¡ Cómo !

— Como yo quiero á Loreto, estaba rondando por ver si otro la hacia la ronda.

— Ya.

— Sentí un caballo que se acercaba : se puso junto á mí : yo, que habia caido en sospecha, le dí el alto : el hombre dijo : — Nadie da el alto á José María.

Entonces yo cerré con él y le herí : porque yo por lo menos le herí ; de eso no tengo duda.

— Pues si le hirió usted, dijo sonriendo el alcalde mayor fue muy ligeramente. José María ha acompañado esta madrugada al marido de esta señora hasta Córdoba y al volverse ha robado y maltratado á unos arrieros.

— Está visto, dijo el Gallito : es que tiene siete vidas como los gatos.

— Primero porque creo que es usted un caballero, dijo el alcalde mayor, despues porque mi esperiencia en los negocios criminales me dice que no falta usted á la verdad, levanto mi mano de sobre usted y le dejo libre, esperando que comprenda que las apariencias condenaban á usted.

— Si, sí señor, yo lo conozco: casualidades endiabladas : si yo venia á consolar á esta señora y á mediar en este negocio.

— Basta, basta, no sea que me ponga usted en la necesidad de prenderle : está usted libre, y en prueba de ello...

El alcalde mayor se levantó, fue á la puerta, la abrió y dijo :

— ¡Alguaciles ! retirénse ustedes.

Luego volvió.

— Pero ya que ha querido usted ser intermediario, diga usted á don Luis, nuestro... amigo, lo que ha oido y lo que sucede : que lo mejor es un buen arreglo y que se levante la mano de esto.

— Es que yo no voy á Moron, señor don Pedro.

— ¡ Ah ! ¿ le hace á usted cosquillas José Maria ?

— ¡ A mí ! no señor : pero todo el mundo sabe lo templado que yo soy y el mal génio que yo tengo, me temen y no tengo necesidad de dejarme matar á traicion de un trabucazo por cualquiera de esos canallas de José María.

— Para ver á don Luis de Villegas no tiene usted que ir á Moron.

— ¡ Cómo !

— Con un parte me ha enviado una carta don Luis diciéndome que por temor á otra escena de José María se habia puesto en camino muy bien escoltado con Loretito, en el momento mismo en que espedia el parte para mí... que le contestara á Sevilla con lo que hubiera.

— Pues á Sevilla me voy yo para entenderme con él, dijo el Gallito, y diré á don Luis lo que he oido, lo que sucede.

Ademas yo haré lo que usted no espera.

— ¿ Qué ?

— Dar á don Luis mas que lo que don Luis ha

dado á don Juan, pero á condicion de que me case con Loreto... estoy loco por ella.

— Esas son cosas de familia, dijo el alcalde.

— Yo tengo para enterrar en oro á don Luis y al que sea mas rico en Córdoba, y sin un cuarto me quedaria yo por ella.

— Cosas de ustedes son esas repito: pero vamos, vamos, señora, á casa; venga usted con nosotros don Gil, nos acompañará usted á la mesa y cuanto antes á Sevilla: es necesario que esto se arregle, yo ganaré tiempo.

V

— ¡Señor alcalde mayor! dijo á la puerta un alguacil con el acento mas respetuoso del mundo.

— Adelante, con permiso de usted, señora.

Entró el alguacil.

— ¿Qué sucede tan importante, dijo el alcalde mayor, que se me busca?

— Este pliego, señor.

— ¿De quién?

— De José María, respondió temblando el alguacil.

— ¡De José María! esclamó asombrado don Pedro. ¿Quién lo ha traido?

— ¡Un ladron!

— ¡Cómo! ¿y ese ladron no ha sido preso?

— No señor, imposible.

— ¡Imposible! ¿cómo ha sucedido?

— Estaba yo en el patio cuando oí un fuerte aldabazo á la puerta; salí y ví en el portalon un buen mozo á caballo.

En cuanto me vió se salió á la calle.

No tenia trazas de ladron, señor; nada: ni siquiera llevaba escopeta.

Era un muchacho casi sin patillas.

Ni veintidos años siquiera.

Venia muy bien vestido á lo curro.

En cuanto estuvo en la calle me dijo, haciendo volver su caballo para arrancar:

— ¡Toma, lebrel! para el señor alcalde mayor de parte del señor José María.

Y me tiró este pliego á las narices y escapó mas lijero que el viento.

Yo grité con todas mis fuerzas:

— ¡A ese, á ese, al ladron!

Pero cuando acudió gente ya el ladron no parecia por el mundo ni habia señal de él.

—Bien, bien, dijo el alcalde mayor: esto es un escándalo; retírese usted.

El alguacil salió.

VI

—Veamos, veamos esto, esclamó el alcalde mayor abriendo el pliego.

Decia así:

«Señor alcalde mayor de Córdoba:

Muy señor mio y mi dueño.

Despues de saludar á V. S. con el mayor respeto, paso á decirle:

Primero: que al llegar esta mañana cerca de la villa de Moron, de vuelta de las puertas de Córdoba en donde he dado los buenos dias á unos arrieros para que dijesen á V. S. lo cerca que V. S. me ha tenido, me encontré con que el bribon de don Luis de Villegas se habia ido con su hija escoltado por mas de cien escopeteros camino de Sevilla.

Como esto significa que quiere hacer una mala jugada á un señor á quien yo protejo, y se pone á salvo para que yo no le castigue, allá me fuí yo con los mios detrás de ellos, y los alcancé en las Ventas...

— ¡ Que los alcanzó ! esclamó el Gallito poniéndose violentamente de pie.

— Deje usted, deje usted, no me interrumpa, porque esto es gravísimo.

Y el alcalde mayor siguió leyendo :

« Empezó el tiroteo.

El canalla habia tomado la precaucion de dejar á una legua detrás de sí la mitad de su gente.

Confieso que me engañó, porque yo creí que allí iban todos.

Delante se veia un coche.

He matado diez hombres, he herido siete, he perdido cuatro compañeros, me he apoderado del coche y he visto que era viejo, que en él no habia nadie y que llevaba á la zaga baules vacios.

Don Luis me pagará esta broma aunque se meta en el centro de la tierra.

Irritado por esto, como V. S. se hubiera irritado en mi lugar, seguí al alcance.

Pero estaba de Dios que yo no les echase mano.

Cuatro de los mios que iban delante llegaron á rienda suelta y me dieron parte de que venia por el camino de marcha un regimiento entero de infantería.

Las condiciones del terreno no me permitian flanquear el camino, y como V. S. conoce muy bien no soy yo tan necio que me atreva sin necesidad con un regimiento de tres mil hombres.

Los montes me obligaron á dar un gran rodeo.

Se me escaparon al fin.

Estoy en las *Ventas*

En ellas uno de mis espías me ha dicho que don Juan Alvarez ha sido preso porque tenia cuarenta y ocho mil duros que el alcalde de Moron ha dado parte á V. S. le habian sido robados con mi ayuda.

¡Que se suelte á don Juan, ó por la Santísima Vírgen del Cármen mi patrona, le pego fuego á Córdoba por los cuatro costados!

Y luego que V. S. es justo.

¿Qué culpa tiene don Juan de que su hermano sea un canalla?

Su hermano, sí, su hermano.

Prenda V. S. á don Luis de Villegas, aprételе V. S., tome informaciónes, oiga á don Juan, y se convencerá de que don Juan no ha podido robar tomando una parte de lo que es suyo y dejando generosamente el resto.

Si V. S. quiere mas esplicaciones, esté V. S. esta noche en las Zorreras, que yo iré á hablar con V. S.

V. S. mande á este su servidor

José María.

VII

—¡Oh! esto es terrible, terrible, esclamó el alcalde mayor; la insolencia de este hombre no conoce límites... pues bien, iré, sí, iré.

—¿Que irá usted? esclamaron á un tiempo doña Luisa y el Gallito.

—Sí, esclamó el alcalde mayor; no quiero que ese miserable diga que he tenido miedo.

—Pero eso es tentar á Dios, dijo doña Luisa.

—Eso es responder á una provocacion... ese hombre se jacta de caballero á su manera; veremos hasta qué punto lo es: pero vamos, señora,

vamos, usted no debe permanecer aquí : vamos, señor don Gil.

Poco despues el alcalde mayor conducia en su carruaje á su casa á doña Luisa y al Gallito de Benasque.

CAPITULO XII

EN QUE LA JUSTICIA SE PONE EN UNA SITUACION AMBIGUA

I

Aquella noche un hombre solo á caballo se detenia en la encrucijada de dos caminejos que corrian sobre el lugar que á poca distancia de Córdoba se llama las Zorreras.

Delante de un espeso tallar habia una cruz de piedra sobre tres gradas.

A alguna distancia las ruinas de una ermita.

Aquel hombre echó pie á tierra, dejó su caba-

llo libre y se sentó al pie de la cruz permaneciendo inmóvil y pensativo.

El caballo se acercó al matorral y se echó sobre la yerba.

La noche no era ni clara ni oscura.

Podian distinguirse muy bien los bultos, pero no podian determinarse.

En el momento en que el hombre se sentó al pie de la cruz se oyeron á lo lejos las campanas de Córdoba que tocaban á la oracion de las ánimas.

— Vendrá, sí, vendrá : es valiente y sabe que yo no soy traidor : ya han dado las ánimas, no puede tardar : ¡ y haberme yo olvidado de señalar precisamente el sitio y la hora !. .

Por estas palabras habrán conocido nuestros lectores que el que esperaba era José María.

II

Al mismo tiempo otro hombre á caballo llegaba al principio de las Zorreras acompañado de algunos otros hombres á caballo tambien.

Cuando hubieron llegado allí dijo á los que le acompañaban.

— Esperadme en el ventorrillo.

Nadie le replicó.

El alcalde mayor, que él era, avanzó al trote por el uno de los dos caminejos que se cortaban junto á la cruz en la cual esperaba José María.

Apenas don Pedro habia adelantado un tiro de fusil del lugar en donde se habia separado de su escolta, cuando de entre un matorral salió una voz que dijo con acento natural y sin nada de amenaza :

— ¿Es V. S. el señor alcalde mayor?

— Yo soy, respondió la misma voz.

Y á seguida un ginete salió de entre la espesura.

— ¿Eres tú José María? preguntó tranquilamente el alcalde.

— No señor, dijo el ginete que se habia acercado quitándose el sombrero : yo soy Bartolo.

— ¿Y quién es Bartolo?

— Yo soy de la cuadrilla.

— ¡ Ah ! ¿ tú eres de los de José María ?

— Sí señor, para servir á V. S.

— Muchas gracias, hombre , dijo el alcalde

mayor, pero yo venia á buscar á tu capitan, ¿no se ha atrevido á venir?

— Mi capitan, señor alcalde mayor, dijo de una manera impaciente y altiva Bartolo, se atreve á todo: ademas que mi capitan sabe que V. S. es valiente y que mas de una persona de respeto ha dicho á V. S. que él no es traidor: pero ha de saber V. S. que á mi capitan con la prisa se le ha olvidado poner en la carta el sitio fijo y la hora.

— ¿Eres tú el que has llevado esta mañana la carta de tu capitan á mi casa?

— Sí señor.

— Pues eres valiente: vive Dios que me alegraria de conocerte.

— Pues si V. S. quiere, tenemos que pasar por un ventorrillo antes de llegar donde está el capitan.

— No, no quiero que nadie sepa que me trato con vosotros.

— ¿Y eso que tiene? mi capitan ha dado á V. S. una cita y V. S. acude: eso es ser valiente.

— No lo es menos tu capitan citándome y se-

ñalándome un sitio : yo he podido echarme sobre él con mi gente.

— Que se le quite á V. S. eso de la cabeza: con los cuatro gatos que V. S. ha traido no tenemos nosotros para empezar : perdone V. S. pero es la verdad.

— ¿Es decir que estais aqui todos?

— Sí señor, menos cuatro pobres que han muerto este al medio dia y tres heridos.

— ¿Y cuántos sois?

— Cuarenta y uno con el teniente Veneno y sin el capitan.

— ¿Y por qué andais en esta vida?

— ¿Por qué es V. S. alcalde mayor? cada uno anda en su vida : y si no hubiera *muchachos* por los caminos, y otros que sin ser muchachos andan en poblado, y muchos que dan puñaladas y hacen lo que las leyes no quieren que se haga, los alcaldes mayores estarian de mas en el mundo : desengáñese V. S., es menester que haya de todo; por eso hay pobres y ricos y porque hay pobres y ricos andamos nosotros por el camino.

— ¡ Escelente teoría !

— Mire V. S., señor, yo no sé lo que quiere decir teoría, pero si quiere decir así como tonte-

ría, nosotros no tenemos ni un pelo de tontos, y la prueba es que por mas que V. S. hace no puede dar con nosotros.

— Os ayudan los de la tierra.

— Para que nosotros les ayudemos: y mire V. S. que nolo hacen de valde, porque el que nos sirvan nos cuesta un ojo de la cara: en fin, que esto se va poniendo malo y no tiene cuenta andar al camino: pero mire V. S., señor alcalde mayor allí, al pie de aquella cruz, está el capitan.

III

José Maria se apercibió delos que se acercaban, se levantó y salió al encuentro del alcalde mayor.

— Buenas noches, le dijo: muchas gracias: véte tú.

Bartolo se alejó.

— ¿Por qué muchas gracias? dijo el magistrado?

— Porque V. S. ha tenido confianza en mí, bien es verdad que en ello no ha hecho V. S. mas que hacerme justicia.

— Te engañas, dijo severamente el alcalde mayor; yo he venido para que no puedas decir que he tenido miedo.

— El que no ha nacido para temer no teme nunca; esto va en génios y en encarnaciones: ¿ha soltado V. S. ya á don Juan Alvarez?

— ¿A don Juan de Villegas querrás decir?

— ¡Cómo! ¿V. S. sabe?...

— ¡Todo!

— ¿Y entonces por qué no ha preso V. S. á don Luis de Villegas?

— ¿He de prenderle porque es hermano de don Juan?

— ¡A dónde vamos á parar si se nos prendiese porque tenemos hermanos que resuciten! pero cuando esos hermanos resucitan de la muerte que les hemos dado...

— ¡Cómo!

— Siéntese V. S.: yo he llamado á V. S. para decirle cosas que no se deben decir en una carta que puede perderse.

Los dos se sentaron.

— Esplícame, dijo el alcalde mayor.

IV

José María contó al alcalde mayor todo lo que sabia.

El alcalde habia escuchado atentamente.

—Esto es horrible, dijo.

—Estos son los hombres que deben ahorcarse; los asesinos cobardes, los que se bañan en su propia sangre, los que se atreven á todo como si no hubiera hombres de buenos sentimientos que toman la defensa de los afligidos, aunque yo le digo á V. S. que los dos hermanos valen muy poco.

—¡Cómo! ¡Don Juan!...

—Don Juan vale muy poco: abandonó á una mujer que le amaba y con la cual pudo casarse antes de ir á campaña; nadie habia que lo impidiese: cuando un hombre va á poner en un peligro manifiesto su vida debe arreglar sus asuntos: cayó prisionero y por vanidad ocultó su nombre; supo que su amante se habia casado, aborreció á

aquella infeliz, la condenó sin oirla y no volvió por no matar á su hermano.

— Tú ves las cosas por el lado negro ; yo veo grandes virtudes en lo que tú crees faltas.

— Qué quiere V. S., así es el mundo : cada cual tiene su manera de pensar : ese hombre corre la caravana, hace algun dinerillo, se enamora de una mujer, se casa con ella, se viene á España, naufraga en el camino y cuando se ve pobre...

— Todo lo que ha hecho don Juan es admirable y me lo recomienda mas y mas : ¿por qué te vuelves contra él y al mismo tiempo intercedes por él, ó mas bien por él amenazas?...

— ¡ El infame ! ¡ no ha visto en Loreto á su hija, sino á su amante resucitada ! ¡ cuando yo no le maté !

— Un momento de debilidad : no la conocia, no sabia que existiese... el amor vivo aun de una mujer, primera causa de todas sus desdichas... pero el arrepentimiento y la vergüenza de un momento de debilidad le doblegan, huye de una tentacion, se aleja...

— Señor alcalde mayor, un hombre así está maldito de Dios, y V. S. lo verá : le sucederá al fin una gran desgracia.

— Pero en último resultado, ¿á tí que te importa?

— Yo adoro á Loreto.

— ¡Tú!

— ¿Pues qué no soy yo un hombre? ¿ó es que V. S. me cree una fiera? pues mire V. S. tengo yo un corazon mas grande que de aquí á Filipinas.

— ¡Pero eso es imposible!

— ¡Imposible! Loreto me ama y será mi mujer.

— ¿Y vas á unirla á tu mala suerte?

— Por eso mas que por otra cosa queria yo hablar con V. S.

— Si Loreto está loca y tú la amas verdaderamente no debes consentir que haga una locura.

— ¿Y si yo pidiese mi indulto?

— ¡Tu indulto! ¿pedir tu indulto? no te lo concederian.

— Pues peor, señor alcalde mayor, porque yo haré tanto que se arrepentirán de no haberme indultado.

— Ese indulto seria una ofensa gravísima á las leyes, un escándalo, una vergüenza para el rey.

— Pero se quedarian tranquilas las Andalucias.

— Cuando tú desaparecieras apareceria otro.

— Le cogeria yo en cuanto saliese : ¿ cree V. S. que se puede *caballear* en Andalucía sin que lo consienta yo ?

— ¡ Imposible ! ¡ imposible !

— ¿ Y si V. S. aconsejara mi indulto ?

— Es que yo no lo aconsejaria : creerian que me habia vendido.

— ¿ Y si yo envio al rey un memorial ?

— Yo informaria en contra.

— ¿ Y qué daño le he hecho yo á V. S. ?

— Ponerme en ridículo : todos mis esfuerzos son inútiles para cojerte ; pero yo te cojeré.

— ¡ Bah ! señor alcalde mayor, me gusta la frescura con que V. S. dice que me cojerá : ¿sabe V. S. por qué en vez de citar á V. S. en las Zorreras no he ido á verle en su propia casa ? por no dar á V. S. un susto y por no tener que matar á alguien en la casa de V. S.

— ¿ Es decir que tú me respetas?

— ¿Pues si yo no respetase á V. S. permitiria que V. S. me hablase de tú como un cualquiera? á mí no me habla de tú mas que Loreto.

— ¡ Hola, hola !

— Yo soy un rey... mas temible que otros muchos reyes.

— ¡Rey de los caminos reales!

— ¿Y qué mas da? yo mando, me obedecen, me temen, grande ó chico yo tengo un ejército, cobro contribuciones; ¿quiere V. S. un rey mas rey que yo?

— ¿Y quieres hacer reina á Loreto?

— Lo que quiero es tenerla mia.

— ¿Pero no consideras que Loreto se avergonzará un dia de tí y de sí misma?

— Una mujer que quiere á un hombre no se avergüenza nunca de él.

— La deshonrarias haciéndola tu esposa.

— Yo no deshonro á nadie.

— Estraña aberracion: ¿tú crees que no haces mal?

— No: yo tomo lo que puedo tomar: soy fuerte: que tengan paciencia los pobres diablos, yo no.

— ¿Y no has pensado en que tus hijos se avergonzarán?

— El hijo que se avergüenza de su padre es un infame, y yo no creeré mi hijo al que se avergüence de mí.

— Yo impediré ese casamiento.

— Deje V. S. de meterse en la renta del escusado y créame V. S.; no me vuelva V. S. en enemigo suyo cuando no lo soy: persígame V. S. todo lo que pueda, y si logra cojerme ahórqueme: V. S. cumplirá con su obligacion y yo no me quejaré; pero no pretenda V. S. tocarme al alma, porque entonces haré lo que no ha sido visto ni oido: en fin, ¿V. S. dice que no es posible mi indulto?

— No.

— Paciencia: hablemos, pues, de otra cosa.

— Sí, hablemos de otra cosa: ¿tú dices que don Luis pagó el asesinato de su hermano don Juan?

— Sí señor.

— ¡La prueba!

— En ninguna parte.

— ¡Cómo! ¿y sin pruebas acusas?

— Yo he tenido la prueba.

— ¿Y qué has hecho de ellas?

— Segun.

— ¿Cómo segun?

— Sí, las pruebas eran un hombre y un papel.

— ¡Ah!

— El hombre tenia el papel.

— ¿Y mataste al hombre?

— Era justo.

— Ante las leyes.

— Yo soy la ley.

— Tú estás dejado de la mano de Dios.

— Aquel hombre era el asesino.

— ¿Y quién era ese hombre?

— El tio Damian, el cortijero de las Madroñeras, antiguo criado de don Luis.

— ¿Y el papel?

— Él le tenia enterrado; yo le engañé, me llevó á donde estaba el papel, le desenterró y me le entregó; entonces maté á aquel hombre, porque los asesinos infames no deben vivir.

— ¿Y el papel?

— Era el recibo de la cantidad dada por el asesinato.

— ¿Y constaba así en el recibo?

— Sí señor.

— ¿Y qué has hecho de él?

— Le entregué á don Luis.

— ¿Por qué?

— Por su hija.

— ¡Pero eso es una infamia!

—Yo estoy loco de amor.

—¿Y qué ha hecho don Luis de ese papel?

—Le quemó.

V

Hubo un momento de solemne silencio.

En el fondo de las revelaciones del bandido habia un principio de justicia y la disculpa de una pasion.

—¿Te envió un papel para obligar á don Luis á que diese cuarenta y ocho mil pesos á su hermano don Juan?

—Sí.

—¿Y ahora le persigue?

—Cuando se ha visto libre: por lo mismo es necesario que ponga V. S. al momento en libertad á don Juan.

—Le pondré en cuanto conste que él no se ha amparado de tí, sino que tú le has obligado: ademas, yo creo que cuando yo escriba á don Luis este se dará por muy satisfecho con reconocer á su hermano y evitar que la ley entre en averiguaciones.

—¿Es decir que V. S. tambien va á faltar á la justicia.

—¡Cómo!

—Dejando impune un fratricidio.

—No hay queja de nadie, y luego las pruebas las has destruido tú.

—Pero queda siempre la confesion del criminal.

—Don Luis negará.

—Ya lo sabia yo; negará, negará hasta jurar por la salvacion de su alma.

—Ya no hay tormento.

—Y muy bien quitado: yo he oido decir á viejos que el tormento obligaba á acusarse á inocentes.

—No hay, pues, medio de castigar ese crímen.

—No se quedará sin castigo.

—¡Dios! ¡siempre Dios!

—Pero antes que Dios en la otra vida es esta.

—Si es cierto ese crímen Dios se hubiese valido de tí.

—¿Quedamos, pues, en que V. S. pondrá en libertad á don Juan?

—¿Y por qué te interesas tanto por don Juan si le aborreces?

— Porque es padre de Loreto.

— ¡Ah!

— Sí; y por Loreto todo.

VI

Sucedió otro momento de silencio.

— Oiga V. S., dijo al fin el bandido; V. S. tendrá cuanto antes carta de don Luis: entretenga V. S. ese negocio, sin escribir sobre lo de haberse amparado de mí don Juan, que esto podria comprometerle, y don Luis pedirá á V. S. el parte que le ha dado, yo se lo aseguro: don Luis reconocerá como hermano suyo á don Juan y le devolverá la hacienda.

— ¡Y se quedará pobre!

— No, porque á don Luis le quedan siempre dos millones de reales en onzas de oro que tiene enterradas.

— Pero es avaro.

— Yo le daré otros dos millones porque reconozca á su hermano.

— ¡Tú! ¿tanto dinero tienes?

— ¿Y para qué soy yo rey de Andalucía? Si V. S. necesita algo...

— ¡Cómo! esclamó dolorosamente el alcalde mayor: ¡este insulto á mí! ¿y hay un hombre que se haya atrevido!

Y el alcalde se precipitó á su caballo.

— Basta, basta, dijo José Maria interponiéndose con una rapidez maravillosa: ¿quiere V. S. un pistolete para soltarme un tiro.

— Tú me has ofendido de una manera mortal.

— A nadie ha pedido José María perdon, contestó con altivez el bandido: á nadie se lo pediria mas que á Dios, y ahora se lo pide á V. S.

— Yo no te perdonaré nunca la injuria que me has hecho y que tengo bien merecida, puesto que he venido á hablar contigo.

— ¡Es V. S. muy rencoroso!

— Soy muy honrado.

— Bueno era saberlo, y yo lo sé; acabemos; le he dicho á V. S. cuanto le tenia que decir, le he pedido perdon, me ofrezco á V. S. para todo; si me cogen y me ahorcan no me quejaré, porque V. S. habrá cumplido con su obligacion; V. S. se ha negado á informar bien mi memorial de indulto: paciencia; ahora quede V. S. con Dios.

Y sin que el alcalde pudiera esplicarse cómo, un momento despues de sus últimas palabras José María habia desaparecido.

Poco despues se oia el galope de un caballo.

— ¡ Oh ! esclamó el alcalde mayor : este hombre es verdaderamente estraordinario.

Y montando á caballo se dirigió al ventorrillo donde le esperaban sus gentes.

CAPITULO XIII

DE COMO DON LUIS DE VILLEGAS NO RECONOCIA OTRO PODER MAS FUERTE QUE EL DEL DINERO

I

Estamos en la calle de Vizcainos de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, y delante del viejo café del Romano que hà ya muchos años ha desaparecido.

La casa á que nos referimos ha desaparecido tambien.

Era grande, inmensa, destartalada.

Por la parte posterior corrian las tapias de un inmenso jardin.

Esta casa pertenecia al mayorazgo de los Villegas.

A ella se habia ido con Loreto y con su dinero don Luis huyendo de José María, y resuelto á no salir de Sevilla.

Para él era seguro que el bandido no se atreveria á entrar en la ciudad.

Todo se reducia á no salir ni á paseo fuera de puertas.

Habia perdido el miedo.

La prueba de su crímen habia sido destruida.

Los cuarenta y ocho mil duros que le habian sido arrebatados serian cogidos por el alcalde mayor de Córdoba.

Casaria á Loreto con el Gallito.

La justicia echaria á presidio á su hermano y si era necesario el Gallito le mataria.

No podia darse un pensamiento mas pavoroso que el de don Luis.

Una maldad mas refinada que la suya.

Habia tenido astucia bastante para engañar al escapar hácia Sevilla á José María.

Ademas la casualidad le habia amparado cruzando un regimiento al paso del bandido.

II

Habian pasado tres dias desde los acontecimientos anteriores.

Don Luis dormia tranquilo, porque los malvados, cuya conciencia calla, duermen tranquilos creyendo no les amenaza ningun peligro.

Aun no habia llegado á Sevilla el Gallito porque habia tenido miedo de ponerse en camino sin saber si José María estaba lejos de Córdoba.

III

Eran las doce de la noche y estaba oscura y tenebrosa.

Una sombra blanca, á juzgar por el farol de un sereno que dormia descuidadamente con el chuzo arrimado á una pared y el farol pendiente de él, apareció en un estremo de la callejuela ante

la cual habia un postigo que correspondia al jardin de la casa de don Luis.

De improviso el sereno se despertó y vió que una figura blanca y alta, que á nada se parecia mas que á un fraile, una especie de fantasma se apoderaba de su chuzo.

El pavor se apoderó del sereno.

Creyó tener delante de sí un alma del otro mundo.

Quiso gritar y no pudo.

Abrió desmesuradamente los ojos y la boca, estiró los brazos y cayó sin sentido sobre uno de sus costados.

IV

Entonces aparecieron otras dos sombras blancas enteramente semejantes á la primera y en la misma direccion.

— Cargad con ese hombre y seguidme, dijo el primer fantasma apagando de un soplo la luz del farol.

La voz que acababa de sonar revelaba á José María.

Este se dirigió á un postigo inmediato y llamó.

Inmediatamente se abrió el postigo.

Esto demostraba que antes que José María alguno habia entrado en la casa ó que se habían entendido con algun criado.

En efecto, se habia entendido uno de sus hombres con Carlota, pagándola á peso de oro.

José María entró seguido de los dos hombres que conducian al sereno.

Dentro con Carlota habia otros dos hombres.

Se cerró el postigo.

V

— Ven acá, buena moza, dijo á Carlota José María ; ¿ estás contenta ?

— Sí señor, contestó Carlota ; ¿ á qué estamos en este mundo mas que á ganar ? lo demas es una simpleza ; y luego que á usted no se lepuede negar nada, señor José María.

— ¿ Están asegurados los perros ?

— Sí señor, les he dado adormideras.

— ¿ Y los criados ?

— Están en siete sueños en el otro lado de la casa.

— Me alegro, así no será menester hacer nada y podremos hablar algun tiempo.

— Todo el que usted quiera, señor José María.

— ¿Cómo está la señorita?

— Muy triste.

—¿Muy triste?

— Sí señor, y muy enamorada; no hace otra cosa que rezar y suspirar y no desea mas que entrar en un convento.

— ¡Qué desgraciado soy! esclamó José María.

— ¿Y por qué no se la lleva usted? dijo la infame doméstica.

— ¡Ah, no! Loreto no me lo perdonaria nunca: es necesario rogarla, suplicarla, yo hablaré con ella.

— Puede usted hablarla esta misma noche y en su mismo cuarto.

— No, no; tampoco me lo perdonaria; es necesario que ella consienta en hablarme; tú la darás esta carta mañana.

Y José María dió una carta á Carlota.

— ¿Y qué la diré?

—Que te la ha dado un caballero.

—Muy bien.

— Ahora llévame al cuarto de don Luis.

— Venga usted conmigo.

VI

La doméstica y José María atravesaron el jardin.

Entraron en un patio

Subieron unas escaleras.

Al fin de un corredor Carlota abrió una puerta.

— Atraviese usted esa habitacion, le dijo, abra usted la mampara y se encontrará usted en la habitacion de don Luis.

— Deja abiertas las puertas por donde he pasado.

— Yo voy á esperarle á usted aquí, y si es necesario escapar, con usted me escapo.

— Dices bien, eso es lo mejor.

Y el bandido adelantó, abrió una mampara y se encontró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de noche.

VII

En un gran lecho dormia tranquilamente don Luis.

Tranquilamente porque los criminales de alma dura no sienten el remordimiento.

Lo que los desvela, lo que los detiene es el terror de que sus crímenes sean descubiertos.

Por esta parte don Luis estaba tranquilo.

El hombre que le habia servido de instrumento para atentar á la vida de su hermano habia sido muerto por José María.

Un muerto no puede hablar.

Los bandidos no pueden presentarse en juicio ni puede darse crédito á una declaracion escrita de ellos, porque están inhabilitados y no pueden ser oidos como testigos.

La última prueba, el escrito en que don Juan mandaba el asesinato de su hermano, le habia quemado él mismo.

En cuanto á los cuarenta y ocho mil duros cierto estaba de recobrarlos y de que por resultado de la violencia conque aquellos cuarenta y ocho

mil pesos le habian sido arrancados con el socorro de un bandido, don Juan seria sentenciado á presidio.

En cuanto á José María, don Luis creia firmemente que no se atreveria á entrar en Sevilla.

En lo referente á Loreto podia sacrificarla vengándose de su madre en ella casándola con el Gallito.

Podia esplotar el amor violento, ó mas bien el deseo de este por Loreto.

Dormia, pues, tranquilo y profundamente don Luis.

La luz de una lámpara de noche, ó sea una *mariposa*, como se dice en Andalucía, colocada sobre una mesa, á poca distancia del lecho, iluminaba de lleno el siniestro semblante de don Luis.

VIII

—No hay mas que mirarle para conocer que es un malvado, un canalla, dijo José María contemplando durante algunos segundos á don Luis dormido.

Luego le movió.

Don Luis se incorporó sobresaltado y vió delante de sí un monje blanco con la capucha completamente echada.

El pavor le heló la sangre.

Quiso gritar y no pudo.

José María le asió por un brazo y con una fuerza prodigiosa le arrancó del lecho.

Don Luis creyó que Satanás se apoderaba de él y cayó de rodillas delante del que él creia un fantasma.

Esto surgió un pensamiento á José María.

Pasar ante los ojos de don Luis por un sér sobrenatural.

Ahuecó, pues, la voz, la desfiguró y le dijo.

— Levántate y no tiembles, dijo José María con la voz hueca y sepulcral: en tí consiste que la ira de Dios no caiga sobre tí.

Tan terrible, tan fanático era el acento de José María, que don Luis se afirmó en su creencia de que estaba delante de un alma del otro mundo.

— ¿Y qué he de hacer? dijo.

— Remediar el mal que has hecho.

— ¿Y cómo?

— Restituyendo á tu hermano lo que es suyo y respetando su vida.

La avaricia y el ódio pudieron mas en don Luis que su temor.

— No, dijo; yo no me despojaré de mi hacienda.

— Te condenarás.

Don Luis lanzó una carcajada de loco.

El avaro hacia al réprobo.

— Si tú no no la devuelves te la quitarán, dijo José María.

— ¡Que me la quitarán! ¿y cómo?

— Tu hermano ha sido reconocido por las autoridades de Córdoba como don Juan de Villegas; muchas de esas autoridades han sido amigos suyos; tú has dado lugar á esto haciéndole prender.

— Sostendré un pleito.

— Le perderás.

— Mi hermano no puede probar...

— Te engañas... la prueba es completa.

— ¿Y qué me podrá suceder peor que perder el pleito? en todo caso yo podré esquilmar mis tierras y sacar de ellas un dinero que guardaré;

yo haré de manera que el pleito dure años y años.

— El pleito será muy corto.

— Esquilmaré mas y mas.

— ¿En cuánto estimas tú lo que puedes sacar totalizando tu cuenta, que es lo único que puedes hacer?

— Lo menos en un millon de reales.

— Sí, eso es : y con dos millones que tienes ya en metálico se hace una buena renta.

— Sí : tres millones son mas que lo que vale el mayorazgo.

— Pues bien, yo te daré ese millon.

—¿Tú? pues qué, ¿las almas del otro mundo tienen dinero? esclamó don Luis que se iba reponiendo de su terror é iba reparando en ciertas particularidades.

— No, pero las almas del otro mundo pueden hacer de la ceniza oro.

— ¡Y despues convertir el oro en ceniza! esclamó don Luis soltando una carcajada.

José María comprendió que don Luis se iba acostumbrando á su alma del otro mundo, que hablaba demasiado y que sobre todo no le hacia daño.

— ¿ Y si yo fuera un hombre de carne y hueso ? esclamó.

— ¡ Ah ! dijo don Luis, ya lo sabia yo.

Y su carcajada fue mas hueca y mas larga.

IX

El bandido se echó atrás la capucha.

— Mira, dijo, mira y dime si yo te puedo dar ó no ese millon de reales.

— ¡ José María ! esclamó mucho mas aterrado que antes don Luis.

— Sí, yo soy : dijo el bandido : tú te creias seguro de mí en Sevilla y me tienes á tu lado cuando menos lo esperabas.

— ¿ Y qué quieres?

— Que dejes de ser infame.

— Es decir, que me despoje de lo que poseo.

— ¿ Y de qué te despojas, si quedas con mas de lo que ello vale?

— ¿ Y por qué haces tú eso por mí?

— Por Loreto.

— ¡ Ah ! ¿con que tú quieres mas que á un millon á Loreto?

— La quiero mas que á mi vida.

— Pues entonces, José María, esclamó soltando una carcajada de triunfo, nada me importa de tí.

— ¡ Nada !

— ¡ No, nada !

— ¿ Y por qué ?

— Porque tú no querrás destrozar el corazon de Loreto diciéndola que yo no soy su padre; porque no lo podrás probar ; porque si lo probaras deshonrarias á su madre.

— ¡ Tú estás loco ! ¡ tú te olvidas ! ¡ si Loreto lo sabe todo !

— ¡ Ah ! es verdad, esclamó desesperado don Luis que se habia olvidado en efecto de los hechos recientes.

— Yo prometo atormentarte causando la alegría de Loreto.

— ¡ Ah ! esclamó don Luis volviendo á sonreir triunfante ; es verdad que Loreto sabe que no es mi hija, que sabe que es hija de mi hermano Juan ; pero sabe tambien que para probar eso seria necesario deshonrar la memoria de su madre: y si esa memoria no la deshonraba, resultaria siempre para ante el mundo que ademas de ha-

berse unido á un bandido, este bandido habia matado á su padre, porque el mundo me cree padre de Loreto.

— ¿Es decir, infame, que nada puedo contra tí? esclamó José María á quien aturdia esta alternativa.

— Nada : yo me rio de tí, terrible José María, porque Loreto puede mas que tú, y la honra y el corazon de Loreto me protejen.

— Ya lo sabia yo eso, dijo José María haciendo un poderoso esfuerzo para contenerse; por lo mismo te he ofrecido un millon de reales; puedes tener fé en ello : yo quiero hacer ese servicio á Loreto; quiero evitar un pleito en que pueden salir cosas que aflijan demasiado á Loreto; de otra manera ¿por qué te habia yo de haber ofrecido un millon de reales?

X

Don Luis inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó.

Era indudable el reconocimiento de su hermano don Juan por personas conocidas y dignas de

todo crédito, y en ese caso el pleito seria muy breve; á no existir esto el bandido no le hubiera ofrecido como indemnizacion un millon de reales.

Esto probaba que José María adoraba á Loreto.

Loreto adoraba á José María.

Don Luis no tenia duda de ello desde poco tiempo antes.

Una nueva infamia iluminó de una terrible alegría su alma negra.

— Y bien, dijo, acepto: ¿cuándo me darás tú ese millon de reales?

— Mañana á la noche.

— ¿Dónde?

— Aquí.

— ¿Á qué hora?

— A los doce.

— ¿Y con qué condiciones?

— Con la de que reconozcas solemnemente á tu hermano.

— ¿Y cómo puede ser eso delante de tí que no puedes dejarte ver de nadie?

— Yo traeré estendido el reconocimiento en forma; tú lo firmarás: las otras firmas vendrán ya.

— ¡Ah! ¡tú tienes medio para todo!

—Sí.

—Convenidos.

—Una condicion mas.

—¿Cuál?

—Loreto.

—Eso es cuenta de ella.

—Bien, no insisto; y como nada mas tenemos que hablar, adios, hasta mañana.

Y el bandido salió.

XI

La primera idea que tuvo don Luis al verse solo fue cerrar la puerta por donde habia salido el bandido, abrir un balcon y gritar.

—No, no, dijo reflexionando rápidamente: tiene que traerme un millon, me lo traerá: ¡está loco por ella! despues... despues no me faltará ocasion.

Y don Luis volvió á meterse en el lecho.

Pero no se durmió.

Se ocupó en meditar otra nueva infamia.

CAPITULO XIV

DE COMO Á VECES PARECE QUE DUERME LA PROVIDENCIA, Y EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO AMABA Á LORETO JOSÉ MARÍA

I

Al dia siguiente don Luis recibia dos cosas á un mismo tiempo.

Un hombre y una carta que llegaban juntos.

El hombre llevaba la carta.

La carta era del alcalde mayor de Córdoba ; el hombre que la llevaba el Gallito de Benasque.

— Lea usted esa carta, don Luis, le dijo el Gallito, y verá que está usted cogido como un ra-

ton: despues, si no tiene usted bastante con la carta, yo le diré á usted algo.

Don Luis leyó la carta.

A medida que la iba leyendo su palidez crecia.

— ¡ Con que la prueba es indudable ! ¡ con que no hay ni siquiera lugar á pleito ! esclamó.

— No, mi queridísimo don Luis, dijo el Gallito; ni hay siquiera el medio de dar una puñalada á ese señor, porque ¿qué se adelantaria? yo se la daria de buena gana, pero nos comprometeriamos en un mal asunto y heredaria el mayorazgo uno de sus chicuelos: tiene usted que tener paciencia, y yo me alegro mucho, don Luis.

— ¿ Que te alegras ?

— Sí por cierto, porque de esa manera se queda usted hecho un mendigo.

— Sí, completamente arruinado, esclamó el astuto don Luis.

— ¡ Bueno ! así me dará usted mucho mejor á Loreto, porque necesitará usted de mí.

— Yo no te la daré.

— Vaya si me la dará usted.

— Muy seguro lo crees.

— Oiga usted, don Luis; ¿no le pareceria á usted bien que yo diera en dote á Loreto en bie-

nes libres tanto ó mas que lo que vale el mayorazgo que tiene usted que entregar á su hermano?

—¿Y qué me importa á mí Loreto, que no es mi hija?

—Pero todo el mundo la cree hija de usted.

—Loreto será rica, pero yo me quedaré en la miseria.

—No por cierto, porque yo dejaré á usted el usufructo vitalicio de esos bienes que completarán el dote de Loreto.

—¿Te formalizas en tu proposicion?

—Sí.

—Pues bien, acepto; pero será necesario obligar á Loreto, porque Loreto te aborrece.

—¿Y no puede usted obligarla?

—Sí.

—¿Cómo?

—El cómo lo sé yo; y porque me tarda véte á buscar un escribano y dos testigos: cuando vuelvas Loreto habrá consentido.

—Pues cuerpo de cribas, dijo el Gallito, que aunque estoy fatigado del viaje no he de perder un momento.

Y el Gallito se levantó y salió.

II

Don Luis se fue inmediatamente al cuarto de Loreto.

Al sentir pasos que se acercaban Loreto escondió una carta que habia ya leido cien veces y que habia contestado.

Aquella carta era de José María.

Se la habia dado Carlota con el pretesto de que al ir aquella mañana á misa se la habia entregado con grandes súplicas un caballero.

La carta de José María era la de un amante desesperado.

Entre otras cosas decia :

« Loreto, tú me has confesado que me amas; si esto es cierto no me dejes agonizar : yo estoy desesperado : yo he hecho por tu padre y por la honra de tu pobre madre todo lo que he podido hacer : ¿ por qué no has de tener tú compasion de mí ? »

En esta carta, por último, José María la suplicaba que hablase con él entre dos y tres de la mañana por una reja.

Loreto fue prudente.

No contestó por escrito á esta carta.

Se limitó á decir á Carlota:

—Responde de mi parte á ese caballero que esta noche á la hora que me ha pedido hablaré con él por la reja.

Loreto estaba ya completamente rendida á su amor, resuelta á todo.

III

Al ver entrar á don Luis se estremeció.

En su malvado semblante lucia una alegría siniestra.

—Ha llegado la hora de concluir, dijo á Loreto.

— ¿De concluir qué? contestó la jóven.

— Voy á reconocer como mi hermano á tu padre.

— Hace usted muy bien.

— Pero me quedo completamente pobre, y por consecuencia tú te quedas pobre tambien.

— ¿Y qué hemos de hacer? ese reconocimiento y esa devolucion son justos.

— Pero yo, aunque no lo creas tú, te amo demasiado para no afligirme por tí.

— Yo entraré en un convento.

— No, eso seria lo mismo que enterrarte viva.

— Pues qué, ¿no tengo yo muerta el alma?

— Por caprichos... por exigencias... cuando podeis ser muy feliz.

— ¡Muy feliz!

— Sí; don Gil te ama con locura.

— ¡Jamás!

— Piénsalo bien.

— Yo no le amo, yo no le puedo amar, yo amo á otro de quien no puedo ser esposa: por consecuencia mi destino es el claustro.

— Tú te casarás con don Gil.

— No: mil muertes primero.

— Don Gil te da en dote en tierras libres mas que el valor del mayorazgo de tu padre y me deja á mí el usufructo.

— Menos aun, dijo Loreto: eso seria venderme.

— ¿Te niegas, pues, decididamente?

— De todo punto.

— ¿Y crees que puedes negarte?

— Soy libre.

— Te equivocas: los pecados de tu familia te hacen esclava.

—¿Y qué tengo yo que ver con los pecados de mi familia?

— Pero tienes que ver con el honor de tu madre, porque yo puedo probar que eres hija del adulterio.

Loreto lanzó un horrible grito.

— ¡Silencio! esclamó don Luis, no hay necesidad de que nadie se aperciba de lo que sucede entre nosotros: yo aborrezco la memoria de tu madre, yo aborrezco á tu padre, yo te aborrezco á tí, fruto impuro de estos amores.

— ¡Dios mio, Dios mio! esclamó Loreto: ¿qué he hecho yo para que me entregues á este mónstruo?

— Concluyamos, concluyamos, dijo don Luis; yo no me he de resignar á la pobreza por no sacrificar á una familia que aborrezco: decídete, ó tu casamiento con don Gil ó la deshonra de tu madre.

— Mi madre fue pura como un rayo del sol, dijo Loreto: mi madre se sacrificó por mí; la costó la vida á la infeliz su sacrificio: y en m vida, toda de lágrimas, hay algo de deshonra, de

infame, de horrible ; todo eso pertenece á usted, á usted solo.

— Yo puedo probar que tu madre fue adúltera.

— ¡ Cómo !

— Por estas cartas.

Y don Luis sacó aquellas funestas cartas y dió una de ellas á Loreto.

IV

Aquella sola carta probaba el adulterio de una manera indudable.

En ella hablaba María desesperada á don Juan de su hija, y la fecha de aquella carta era anterior á la de la partida de desposorios de la madre y de la de bautismo de la hija.

Loreto se dejó caer sobre una silla como herida por un rayo.

— ¿ Serás ahora la esposa de don Gil ? la preguntó con una alegría feroz don Luis.

— Sí, contestó con voz ahogada Loreto : todo por mi madre ; yo moriré como ella, pero no dejaré hijos que se vean un dia en la situacion en que yo me veo.

— Ya lo sabia yo, dijo don Luis; pero prepárate, vístete: estoy esperando al notario y á los testigos para celebrar el contrato.

Esto será secreto, muy secreto.

Tengo motivos para creer que en mi casa hay alguno que sirve á José María, á tu noble amante; tú debes conocer á esa persona, pero nada la digas porque si impides lo que yo necesito que sea estas cartas las verá todo el mundo.

Y don Luis salió.

V

Una hora despues se firmaba secretamente encerrados todos en la habitacion de don Luis el contrato matrimonial.

Aquel contrato aseguraba á don Luis el usufructo de de una gran fortuna.

El Gallito no podia estar mas galante y esperaba que este gran sacrificio le produciria la recompensa del amor de Loreto.

Cuando esta y don Luis quedaron solos él la dijo:

— Ahora es necesario que completes tu obra,

que José María huya de tí desesperado : ya sabes lo que le tienes que decir.

— Sí, romperé con él, le quitaré toda esperanza, por el honor de mi madre... por el mio ; yo no me pertenezco ya.

VI

Aquella noche José María entró en la casa de don Luis á la media noche.

Apenas entró puso un saco sobre la mesa.

— ¿Qué es eso? dijo don Luis.

— Esto es un millon en pedrería, contestó el bandido : aquí tiene usted una carta del platero Pedrosa, en que se obliga á pagar por las piedras preciosas que en él se encuentran un millon de reales.

Todo está prevenido para que usted no tenga ningun compromiso.

Ese saco es de usted en el momento en que usted ponga la única firma que falta á esta escritura de reconocimiento de su hermano de usted y de devolucion de sus bienes.

Aquí hay otro escrito.

Es una carta para el alcalde mayor de Córdoba en que usted le suplica no estime en nada el parte que le dió contra su hermano.

Firme usted estos dos papeles.

VII

Don Luis leyó minuciosamente la escritura y la carta y la otra carta del platero Pedrosa.

Despues examinó la pedrería y á primera vista se convenció de que era de gran valor.

Firmó, pues, aquellos dos documentos.

José María entregó á don Luis la pedrería y la carta de Pedrosa.

— Hé aquí, dijo, que alguna vez habia yo de ser robado: pero todo por ella.

Quédate tú con Dios y da gracias á ella de que has escapado de mis manos despues de haberte atrevido á mí.

Y José María salió.

— Sí, sí, anda con Dios imbecil: dijo don Luis; ella te dará el premio de tus sacrificios.

Y guardó la pedrería en el mismo secreter donde habia guardado el contrato de desposorios.

Reconocia á su hermano, le devolvia sus bienes, pasaba por hombre de bien, apartaba de su cabeza toda responsabilidad legal y al mismo tiempo sacrificaba á la mujer que aborrecia.

VIII

El tiempo que pasó hasta que llegó la hora de la cita con José María, equivalió para Loreto á cien eternidades del infierno.

Las dudas, las tentaciones de arroyar por todo, las recaidas en el desaliento y en la desesperacion se sucedian sin intérvalo.

Aquello era una agonía horrible.

Pero siempre triunfaba en la pobre jóven el recuerdo de su madre.

Y á vueltas de esto su amor por José María no podia ser mas íntimo, mas terrible.

Y es que el amor crece tanto y tanto mas cuanto mas se le oponen dificultades.

La situacion de un sentenciado á muerte que espera la hora en que se apodere de él el verdugo, no era comparable á la situacion en que se encontraba Loreto.

IX

Sonaron al fin graves y penetrantes en el reló de la Giralda aquellas dos campanadas tan lúgubres para Loreto.

Se abrió la puerta y apareció Carlota.

— Ese caballero espera, dijo.

Loreto se levantó de una manera nerviosa.

Siguió á la criada.

Esta la condujo á una habitacion del piso bajo y abrió una reja.

Junto á aquella reja por la parte de afuera habia un bulto.

Loreto se acercó temblando.

X

— ¡ Ah ! ¡ por fin ! dijo José María ; yo me estaba muriendo.

— ¿ Y por qué ? contestó con voz firme á causa de un nervioso esfuerzo Loreto.

— Porque creia que no ibas á venir.

— Yo cumplo lo que ofrezco, y he venido.

— Loreto, esclamó José María con la voz alterada, me parece que te has cambiado ; me hablas de una manera...

— Hablo con la voz de la razon.

— ¡ Loreto !

— Ayer era otro dia...

— ¡ Acaba, acaba ! me estás matando.

— Ayer era yo rica.

— ¿ Y qué?

— Ayer podia hacer una locura sin que se pensase quc me vendia : podian decir : la ha arrastrado el amor.

— ¡ Loreto !

— Hoy dirian : se ha casado con José María por no ser pobre.

— ¡ Loreto !

— Don Luis ha reconocido como su hermano á mi padre, y le ha entregado su mayorazgo : hemos quedado en la miseria.

— Yo he entregado á don Luis un millon de reales, dijo José María.

— ¡ Esto mas ! esclamó con altivez Loreto ; ese hombre me ha vendido... ¿ y á cuánta gente, señor?

— ¿Es que te ha vendido á otro?

— No ; yo no lo sé, esclamó Loreto interrumpiendo sus palabras ; pero lo temo.

— ¿Y á quién temes que te haya vendido?

— No lo sé, no tengo antecedentes.

— ¿Pero y yo?...

— Tú eres indigno de mi amor.

— ¡ Indigno !

— Yo he sido comprada por tí...

— ¡ Ah ! ¡ no, no ! yo he dado un millon por tu padre !

— ¡ Por mi padre! ¡por mi padre! esclamó con amargura Loreto : y bien, ¿qué culpa tiene él? ¿qué culpa tiene la pobre madre mia?

— Tú me amas, Loreto.

— ¡ No !

— Tú me lo has dicho.

— Yo he mentido : yo tenia miedo de encontrarme sola contigo : ¿cómo has podido tú creer que yo pudiera amarte, á un hombre cuya cabeza tiene pregonada la justicia ?

Y Loreto soltó una horrible carcajada.

XI

El dolor, la cólera, los celos, la rabia, la vanidad, cuantas pasiones pueden combatir el corazon humano, se sublevaron potentes, terribles en José María.

—¡Ah! esclamó; ¡tú me desprecias! ¡tú me insultas! ¡tú me desafias!

—¡Yo! ¡no! esclamó con voz ronca y estraña Loreto; ¡no! ¡es que yo no puedo deshonrarme! ¡yo no puedo deshonrar á mi madre!

—¡Ah! ¡y yo oigo esto, y yo lo sufro, y yo no me vengo!

—¡Amenazas!

—¡Ah! ¡no! ¡no por Dios, Loreto! yo estoy loco; óyeme, escúchame, atiéndeme: yo soy tu esclavo; yo abandonaré mi vida de perdicion, yo no me casaré contigo... pero te veré desde lejos, sabré que me amas, que á nadie amas mas que á mí, que solo por mí vives, como yo viviré solo por tí.

—¡No! repitió Loreto; yo no tengo necesidad de sacrificarme: ¡véte! ¡yo te aborrezco!

XII

Sucedió en aquel momento una cosa horrible.

José María hizo un movimiento enérgico.

Loreto, á la escasa luz de la noche, vió en su mano un puñal, vió que se heria en el pecho y que caia.

— ¡Socorro! ¡socorro! gritó Loreto.

Pero una mano terrible tapó su boca, un brazo rodeó su cintura y la arrancó de la reja.

— ¡Silencio! la dijo la voz convulsa de don Luis que habia estado espiando la conversacion de los dos jóvenes; ¡silencio! ¡que muera, que muera! ¡acuérdate de tu madre!

— ¡Oh! ¡maldito seas tú, infame! esclamó Loreto.

XIII

Entretanto habian acudido algunos hombres que estaban cerca y que habian oido el grito de Loreto: eran compañeros de José María.

Le levantaron y le llevaron consigo.

Por la mañana se vió un charco de sangre al pie de la reja donde José María habia hablado con Loreto.

CAPITULO XV

EN QUE SE VIENE Á PARAR AL PUNTO MISMO EN QUE ENTRABA CASA DEL ALCALDE DE MORON JOSÉ MARÍA

I

La pobre jóven estuvo muchos dias enferma.

Al fin su enérgica naturaleza triunfó.

Nadie se habia apercibido del lance conmovedor que habia tenido lugar, nadie mas que Carlota, y esta habia vuelto á ponerse de parte de don Luis.

En cuanto al cuerpo de quien era aquella sangre la justicia no pudo sacar nada en claro.

II

No se sabia lo que habia sido de José María.

No se hablaba de él.

Parecia como que él y su partida habian desaparecido de Andalucía.

Uno de sus hombres, antes de que él fuese á la cita de Loreto, habia partido á revienta caballo para Córdoba, llevando la escritura y la carta que habia firmado don Luis.

En vista de estos documentos se habia puesto en libertad á don Juan.

El alcalde mayor intervino y se llegó á una reconciliacion aparente entre los dos hermanos.

En público todo el mundo decia que don Luis se habia alegrado mucho de que hubiera aparecido su hermano, á quien tantos años hacia se habia tenido por muerto, y se elogiaban su probidad y su desinterés.

Faltaba poco para que pusiesen sobre un altar á aquel infame.

El mundo siempre ha juzgado, juzga y juzgará por las apariencias.

Siempre ha condenado y salvado, y siempre condenará y salvará por ellas.

Sin embargo casi siempre las apariencias son lo opuesto de la realidad.

Por eso la opinion pública, que solo juzga por las apariencias, se engaña casi siempre.

Y por eso la humanidad anda de cabeza.

III

Loreto habia acabado por resignarse á su suerte.

Comprendia que habia nacido predestinada al martirio y le aceptaba.

Aparecia tranquila.

El Gallito de Benasque habia llegado á concebir esperanzas de ser amado.

Sin embargo, la enfermedad de Loreto habia retardado la celebracion del matrimonio.

El Gallito de Benasque habia querido galas magníficas para los desposorios y habia ido por ellas á Madrid.

Allí le habian dicho que en Paris las encontraria mejores.

Como tenia la seguridad de casarse con Loreto se habia ido á Paris.

La gran capital le habia aturdido y permaneció en ella mas tiempo del que habia pensado.

Cuando volvió se detuvo tambien en Madrid.

En fin, habian pasado cuatro meses desde el dia en que se celebró el contrato hasta el en que se celebraron con gran pompa en Moron los desposorios.

IV

Decimos en Moron, porque don Juan habia sido generoso.

Habia cedido la casa solar de Moron á su hermano.

Pero en realidad esto consistia en que no queria vivir en un pueblo y en una casa que debian recordarle sus desgracias pasadas.

De la misma manera se escusó de asistir á la boda de Loreto como pudo, pretestando una enfermedad de su mujer.

Aquella boda era para él un remordimiento.

Mejor dicho, un crímen.

Dejaba sacrificar á su hija.

Si él hubiera tenido el espíritu levantado habria podido salvarla.

Pero siempre habia sido débil é indeciso.

V

Loreto apuró el sacrificio hasta lo sublime.

Pero cuando se vió casada, cuando pensó en el momento en que despues de la fiesta de bodas debian salir los convidados, se estremeció.

La faltó todo su valor.

Se arrepintió.

Escribió á José María del cual habia empezado á hablarse de nuevo.

Le escribió á la aventura, de la única manera que podia escribirle.

Llamó, aprovechando un descuido, á uno del pueblo y le dijo dándole un puñado de oro :

—¿Puedes tú hacer que esta carta llegue á José María?

—Con llevarla á un cortijero él le buscará.

—Pues no pierdas tiempo, mata tu caballo.

VI

La casualidad protegió á Loreto.

Al arrancar el lugareño al gran galope por el camino se le cruzó un buen mozo.

Este buen mozo era cabalmente Quirico, á quien José María habia enviado á Moron á buscar como otras veces noticias de Loreto.

— ¡ Alto ahí ! dijo por costumbre al lugareño.

— ¡Ah! me alegro, dijo este: ¿ tú eres de José María ?

— Sí, ¿ y qué ?

— Que yo voy buscando á José María.

— ¿ Para qué ?

— Para darle una carta.

— ¿ De quién?

— De la señorita Loreto.

— Dame.

El labriego se la dió.

— La señorita Loreto se ha casado hoy.

— ¿ Que se ha casado hoy ?

— Sí.

— ¿Hoy mismo?

—Sí,

—¡Habrá boda!

—Pues por supuesto; todos los vecinos del pueblo están convidados.

—¿Y durará mucho?

—Lo menos hasta la media noche.

El bandido apenas oyó estas palabras escapó desgarrando los hijares de su caballo.

VII

Era antes del mediodia, porque para velarse al mismo tiempo se habian casado por la mañana.

Ya sabemos como Quirico encontró á José María.

Hemos, pues, esplicado ya en un largo relato por qué entraba José María decidido á todo en la casa del alcalde de Moron.

CAPITULO XVI

EN QUE DA FIN Y REMATE ESTA PRIMERA PARTE

I

Dejamos á José María entrando en la abierta casa del alcalde, segun las costumbres de los pueblos, en las que todo el mundo puede entrar en las fiestas y en las bodas.

El Gallito habia tenido el mal gusto de que todo el mundo asistiera á su boda.

No habia un solo convidado de Córdoba. Aquella era una fiesta de gente rústica.

II

José María habia entrado en una gran sala baja que estaba magníficamente iluminada y amueblada con gran lujo, aunque con un lujo antiguo.

Los paletos parecia que estaban como pinchados en aquellos sillones colocados sobre aquel ancho pavimento de mármol blanco, en presencia de los viejos retratos de la familia.

Por lo mismo una gran multitud de hombres y de mujeres estaban sentados en el suelo.

Eran de todas edades.

Todos eran de la misma facha.

Todos estaban vestidos con los pintorescos trajes de dia de fiesta de la gente de pueblo de Andalucía.

Los señoritos y las señoritas de la villa estaban en el testero de la sala, junto á los novios y al padre de la novia.

Los criados entraban sin cesar cargados de ban-

dejas llenas de grandes vasos de vino y de aguardiente, el mejor refresco que podia darse á la gente curra.

Para los señoritos, el refresco se componia de resoli, dulces y vizcochos.

III

En medio de la sala habia un gran espacio descubierto donde bailaban el fandango algunas parejas.

Al fondo de la sala, como hemos indicado, estaba lo que podia llamarse la presidencia.

Don Luis, Loreto, el Gallito y las señoritas y señoritos del pueblo.

El Gallito de Venasque estaba terrible, feroz, triunfante.

No cabia en sí de vanidad, porque se habia casado contra viento y marea con Loreto, con aquella beldad tan suspirada por todos, hasta por el terrible rey de Andalucía.

El Gallito vestia entonces, por la primera vez, un frac, que habia hecho reir mucho á los del

pueblo, donde los mas estirados solo gastaban evita en las grandes ocasiones.

IV

La pobre Loreto, hermosa como una ilusion, estaba pálida como una muerta y tenia los ojos hinchados de llorar.

Estaba vestida de blanco con un riquísimo traje.

La habian puesto perlas y diamantes, y sus cabellos estaban ceñidos por una corona de flores de azahar de la que pendia un rico velo de blonda.

V

Su vista se fijaba con mas ansiedad en la puerta de entrada del salon á medida que pasaba el tiempo.

Esperaba.

Y esperaba con todo el afan de su alma.

De improviso dió un lijero grito ahogado de alegría.

Una alegría inmensa, infinita.

En la puerta del salon habia aparecido un hombre.

Aquel hombre llevaba sombrero calañés.

Le envolvia una magnífica manta jerezana.

Bajo ella se veian la estremidad de las piernas cubiertas por botines.

Llevaba espuelas vaqueras.

VI

Loreto le reconoció.

No tuvo duda : era él.

Llegaba á tiempo.

Loreto no se tomaba ya el trabajo de medir las consecuencias de la presencia de su amante desesperada en aquel lugar, en aquella situacion.

Él estaba tambien desesperado.

VII

José María adelantó lentamente haciendo resonar sus espuelas de una manera enérgica sobre el pavimento de mármol.

Al grito de Loreto el Gallito volvió la cabeza, miró á Loreto y siguiendo la direccion de la intensa mirada de la jóven vió á José María.

Pero no le reconoció.

Estaba completamente cubierto.

El Gallito se levantó lentamente.

Se estiró el chaleco y el frac y dijo:

— ¡Eh! ¡el embozado de Córdoba, compadre, ¿es usted sordo?

José María siguió adelantando.

— ¿No oye usted? dijo el Gallito poniéndose pálido de cólera y avanzando hácia José María.

VIII

Don Luis se habia puesto tambien de pie.

— Vengo por mi mujer, dijo con voz profunda y firme y sonora José María.

Y arrojó lejos de sí la manta.

Don Luis retrocedió como un griego antiguo que hubiera visto la cabeza de Medusa.

— ¡ José María ! esclamó.

— ¡ Sí, yo ! esclamó este.

En su mano brillaba su ancho puñal-bayoneta.

— ¡ Vengo por mi mujer ! repitió : ¿ no lo oyes Loreto ?

IX

La jóven estaba inmóvil, como petrificada.

La helaba el terror.

Se arrepentia tarde.

— ¡ Tú mujer ! esclamó con una sonrisa sesgada el Gallito cuando le dejó hablar la cólera : ¿ pues cuántos maridos va á tener Loreto ?

— ¡ Uno solo, porque yo la voy á dejar viuda ! rugió José María.

Y se vió al Gallito vacilar y caer.

José María habia saltado como un tigre y de una sola puñalada le habia abierto el pecho.

— ¡ Afuera, afuera todo el que no quiera morir ! gritó José María blandiendo su terrible cuchillo que destilaba sangre.

X

Loreto estendió los brazos hácia él.

Luego cayó de rodillas.

Miró á José María de una manera suplicante.

Quiso hablar y no pudo.

Al fin cayó desmayada.

XI

Todos se habian arremolinado.

Todos habian huido, como si en el salon hubiera entrado una fiera.

Tal temor causaba José María.

Todos, incluso don Luis, habian huido á la calle, gritando y dando la alarma.

Tan aturdidos iban que no se les ocurrió apoderarse del caballo de José María.

XII

Poco despues salió este llevando en sus brazos á Loreto desmayada.

La puso sobre su caballo.

Montó y partió á la carrera.

Al salir del pueblo encontró á los suyos que llegaban.

— ¡ A la Sierra, muchachos ! les dijo ¡ á la Sierra, no quiero mas sangre esta noche ! ¡ quedaos con Dios por ahora ! no me sigais, yo volveré.

Y lanzó su caballo al escape.

XIII

Tres dias despues entraba en Portugal con Loreto que continuaba pálida como un cadáver.

Al pasar la frontera se volvió hácia España quitándose el sombrero, y esclamó :

— ¡ Quédate en paz Tierra Baja, quédate en paz ! ¡ ya tengo mi tesoro, ya no volverá á atormentarte el mas desgraciado de tus hijos !

Y adelantó por la tierra portuguesa llevando su caballo de la brida y del brazo á Loreto.

¿Qué fue de ellos?

Un dia, si esta primera parte os agrada, os contaremos la historia entera del *Rey de los bandidos Andaluces*.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

Capitulo primero. — De como José María era un hombre que valia lo menos por tres fieras 1
Capitulo II. — De como el crímen retoña tarde ó temprano. 35
Capitulo III. — De como José María creyó que habia soñado y que Loreto no merecia la pena de pensar en ella . . . 65
Capitulo IV. — Asociacion de crímen. 77
Capitulo V. — De como para meterse en graves aventuras es necesario conocer muy bien á las personas. 107
Capitulo VI. — Una situacion escepcional. 117
Capitulo VII. — Un interrogatorio terrible 129
Capitulo VIII. — En que la situacion de nuestros personajes no puede ser mas embarazosa ni mas terrible.. . . . 145
Capitulo IX. — De como José María se creia, y con razon, mejor que otros. 167
Capitulo X. — De como por hablador se comprometió gravemente sin saberlo el Gallito de Benasque. 181

Capitulo XI. — De como la fatalidad iba determinando los sucesos de esta verídica historia.. 195
Capitulo XII. — En que la justicia se pone en una situacion ambigua. 223
Capitulo XIII.— De como don Luis de Villegas no reconocia otro poder mas fuerte que el del dinero. 245
Capitulo XIV.— De como á veces parece que duerme la Providencia y en que se vé hasta qué punto amaba Loreto José María. 265
Capitulo XV. — En que se viene á parar al punto mismo en que entraba casa del alcalde de Moron José María.. . 285
Capitulo XVI. — En que da fin y remate esta primera parte 295

PARIS. — IMP. SIMON RACON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.



